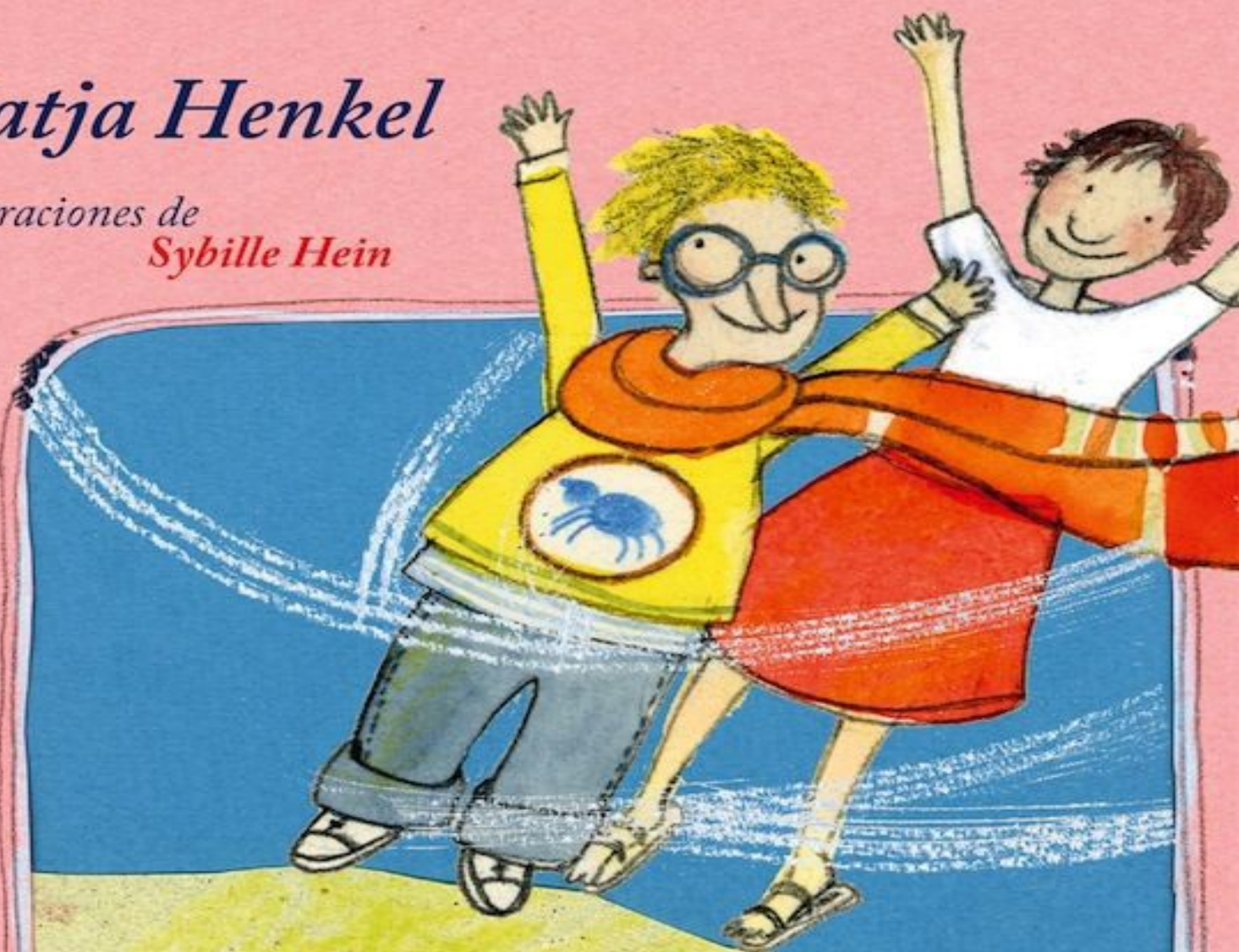


Katja Henkel

*Ilustraciones de
Sybille Hein*



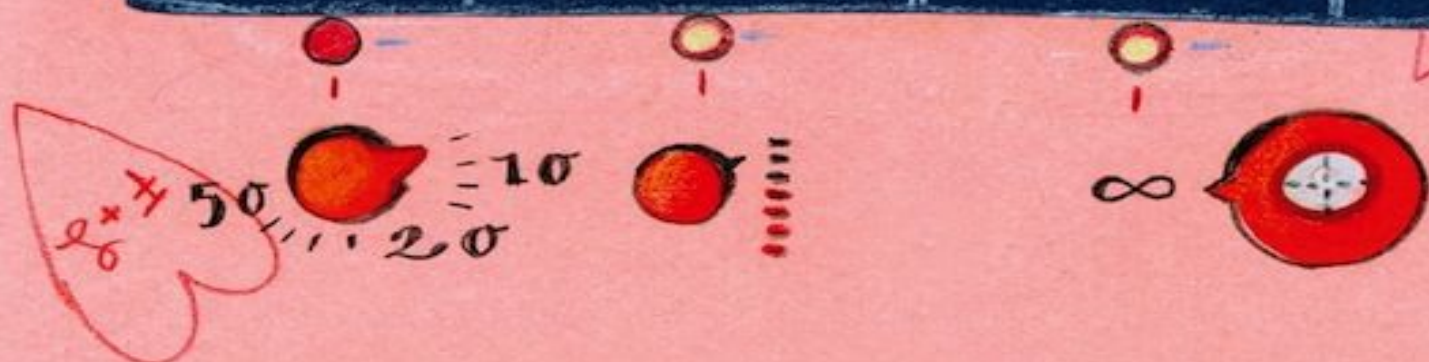
La risa de Lina

Siruela

Hora

Años

Días



La risa de Lina

Katja Henkel



Ilustraciones de
Sybille Hein

Traducción del alemán de
María Esperanza Romero

Siruela

Las Tres Edades

Índice

Cubierta	
Portadilla	
La risa de Lina	
Primera parte	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Segunda parte	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20: ¡Fin!	
Colofón	
Créditos	

Para todas las arañas del mundo

La risa de Lina



Capítulo 1



Sentada sobre el contenedor de la basura, Lina miraba a las musarañas. El sol bañaba su corto pelo castaño, los pájaros trinaban y las flores perfumaban el jardín. Pero Lina estaba de malhumor.

Otro martes de esos, pensó. Los martes eran aburridos. Y eso no quiere decir que los demás días no lo fueran, pero los martes le resultaban especialmente pesados, pues, de un tiempo a esta parte, ese día Yuta la arrastraba al museo de etnología. Llevaba unas cuantas semanas haciéndolo.

Lina, que no era tonta, sabía perfectamente por qué lo hacía. Yuta se pasaba todo el rato en la tienda del museo lanzando encendidas miradas al chico de la caja. Pero ¿de qué sirve saber una cosa, si no puedes remediarla? ¿Si los padres constantemente toman decisiones sin contar contigo creyendo además que es lo mejor para ti?

Lina se bajó un calcetín para tenerlo bien arrugado y abultado a la altura del tobillo. El otro lo dejó tal cual. Observó sus delgadas piernas morenas y le gustaron más de esa manera, con un calcetín arriba y el otro abajo; al menos así no tenían un aspecto tan aburrido. Suspiró hondo. Ni siquiera sus calcetines eran rebeldes, no se bajaban ellos solos, como Dios manda.



Se diría que en la vida de Lina todo marchaba a pedir de boca. Por las mañanas su padre, antes de ir a la oficina, la llevaba con el coche hasta la entrada de la escuela, le alcanzaba la mochila y le ayudaba a colocársela. La mochila pesaba mucho, como si alguien, por pura maldad, la hubiera llenado de ladrillos. Su padre, sin embargo, no parecía darse cuenta. Tampoco se enteraba de que, cada vez que Lina se levantaba del asiento con la mochila a cuestas, se tambaleaba un poco, como si luchara por no perder el equilibrio, porque la cantidad de libros, cuadernos y atlas que cargaba amenazaban con tirarla hacia atrás. No, su padre se limitaba a mandarle un beso con la punta de los dedos y, luego, a salir disparado, con los pensamientos ya en otra parte.

Su madre tampoco se daba cuenta de nada porque por la mañana no salía de casa, se instalaba en su despacho y ayudaba a personas que venían a verla para consultarle sus problemas. A menudo entraban con ojos llorosos y salían sonrientes. Pero muchas veces era justo al revés. Y había quien lloraba antes y después de haber estado dentro. Eso probablemente quería decir que las cosas no iban bien.

Por lo que Lina sabía, su madre no hacía otra cosa que hablar con esas personas. Y escucharlas. Cuando pasaba por delante de la puerta, a veces oía murmullos o sollozos, pero nunca palabras. Estaba segura de que toda esa gente estaba chalada. Y a su madre le pagaban por tratar de remediarlo.

A Lina le encantaría coger el autobús por las mañanas, aunque tuviera que cargar durante más tiempo con la mochila de marras. Al fin y al cabo ya ha empezado la ESO y es lo suficientemente grandecita como para que su padre la tenga que acompañar hasta la puerta de la escuela. Pero tanto para él como para su madre ella

sigue siendo la niña pequeña. Y, en efecto, es la menor de la clase porque el año anterior sus profesores decidieron cambiarla al curso superior al ver que las clases le resultaban demasiado fáciles y por considerar que podía rendir más.

Aunque no ha ido nunca en el autobús escolar, Lina se imagina que debe de ser algo muy emocionante. Risas, intercambios de merienda, niños copiando frenéticamente las tareas, miradas conspirativas entre amigas, chicos fanfarroneando para llamar la atención de una chica...

¿Y Lina qué? Lina tiene que ir en el confortable coche de su padre al que, según ella, no le interesa nada que no sean las noticias. El día entero parece girar en torno a ellas. Por las mañanas, durante el desayuno, ya pone la radio en la cocina para escucharlas, luego por nada del mundo puede perderse el resumen de prensa, aunque Lina sigue sin entender de qué le sirve. En cualquier caso, el dichoso resumen empieza siempre a la misma hora y su padre incluso aparta el periódico (en el que también lee noticias) y le pide a su madre, sentada al lado de la radio, que suba el volumen.

¡Son las siete y media!
¡Las noticias!



Luego en el coche vuelve a oír noticias. Y cada cierto tiempo suelta un «chisss, calla un momento» y sube el volumen; Lina por su parte juraría que nunca dicen nada que no hayan dicho una hora antes. Una vez incluso se lo comentó, y su padre primero la miró sorprendido y luego se rio e hizo lo que ella más odiaba que hiciera por las mañanas, le desordenó el pelo y dijo: dentro de unos añitos lo entenderás. Lina odiaba esa frase casi tanto como el propio gesto.

Después de las clases –y desde que tenía nuevos compañeros de curso el tema escolar le resultaba tan desagradable que prefería no pensar en él– sus compañeros subían al autobús, iban en grupo a tomar un helado o se reunían en la parada; a ella, en cambio, la venían a buscar, Yuta o su madre. Puede que Yuta fuera simpática, pero Lina tampoco hacía esfuerzos por descubrir su simpatía.

En realidad, de un tiempo a esta parte, Lina no se esforzaba en nada. Ni en la clase de violín ni en la de yoga. Ni en las clases particulares de matemáticas, que sus padres se empeñaban en que tomara porque hacía poco había llegado a casa con un cero; aunque todo fue por un malentendido. El cero no se lo habían puesto por no saber matemáticas; lo que pasó es que el día del examen se había sentido tan triste que de repente se le armó un galimatías de números en la cabeza. Además, la profesora la miraba todo el tiempo como enfadada, con esa cara tan llena de arrugas que Lina, en más de una ocasión, quiso preguntarle por qué no se las planchaba un poco de vez en cuando.

Por cierto, sus padres no se enfadaron por el cero, solo se preocuparon. Su madre la abrazó con fuerza y le dijo:

–No vayas a llorar, morritos.

Y eso que Lina no había sentido para nada la necesidad de llorar. Además ya le había dicho cien veces, o más, que no quería que la llamase «morritos».

–Y no te olvides de respirar –había dicho su madre–. Respirar acompasadamente. Aspirar y espirar. Aspirar y espirar. Es muy importante.

El caso es que sus padres llamaron a la escuela inmediatamente para preguntar si Lina tenía problemas y si les podían recomendar un profesor particular. Desde entonces el chico venía cada jueves, aunque hasta ahora nunca le había explicado a Lina algo que ella no supiera. Pero a él le daba lo mismo, se pasaba el rato jugando con su teléfono móvil mientras ella resolvía un problema tras otro.

Lina balanceaba las piernas, luego aceleró el ritmo haciendo chocar los pies contra el contenedor de la basura, lo hizo repetidas veces y cada vez más rápido hasta producir un verdadero redoble de tambor. Como era de esperar, al poco rato su madre asomó la cabeza por la ventana y dijo:

–Lina, morritos, seguro que puedes divertirte haciendo un poco menos de ruido. Sabes que estoy trabajando. Gracias por tu comprensión.

¿Qué comprensión?, pensó Lina. Esta y la de cómo debía respirar eran las frases preferidas de su madre. Constantemente estaba dando las gracias por una

comprensión que nadie le había ofrecido. Pero Lina moderó el ruido que hacían sus piernas chocando contra el contenedor. De todos modos no se divertía. En el preciso instante en que calculaba cuánto tiempo hacía que no se reía con ganas, Yuta salió por la puerta, lista para la visita al museo de etnología.

Yuta era bastante mayor, debía de tener al menos veinticinco años, aunque no lo parecía, a juzgar por cómo se comportaba siempre. Estudiaba pedagogía –cosa que su madre valoraba mucho–, y se ganaba un dinerito ocupándose de Lina tres tardes a la semana.

Para eso se había enfundado hoy su ropa de combate. Sandalias con tacón alto, una minifalda ondeante y unas pestañas largas de un color negro azabache que Lina, por más que lo intentaba, no lograba explicarse. ¿De dónde habían salido de repente semejantes pestañas? Mientras Yuta se le acercaba taconeando, Lina se preguntaba por enésima vez por qué todos, salvo ella, hacían como si comprendieran. Por qué sus padres hacían como si nada y no le preguntaban a Yuta por qué iba maquillada y con tacones al museo de etnología.



–Ven, Lina, date prisa –dijo Yuta con voz de pájaro y cara radiante de felicidad–. Se nos hace tarde.

¿Para qué?, quiso preguntar Lina, pero se mordió la lengua.

–Jolín, Lina, ¿por qué tienes que poner siempre esa cara agria? Un día se te quedará así para siempre. Entonces parecerás una vieja arrugada y fea. No te gustaría, ¿verdad que no?

¡Y se supone que esta estudia pedagogía..., ciencias de la educación! A Lina le habría gustado que su madre escuchara lo que ella acababa de oír porque seguro que mandaba a Yuta a paseo, y entonces, adiós a la visita al museo de etnología. Porque para su madre lo importante, según decía siempre, era animar al otro con comentarios positivos. Y esto de positivo no tenía nada, aunque saliera de una boca sonriente.

–En fin, no es indispensable hablar si no quieres –masculló Yuta subiéndole, sin avisar, el calcetín izquierdo.

En ese instante Lina tomó la decisión de no volver a usar calcetines hasta la rodilla. En cualquier caso, a sus casi doce años ya era demasiado mayor para seguir llevándolos, dijera lo que dijera su madre.



Capítulo 2

Gustav VII se aburría. Desde hacía una eternidad solo flotaba; al menos eso le parecía a él. Si esto era lo único que los ángeles podían hacer todo el santo día en el cielo, quizá él se había equivocado de profesión, pensaba. ¿Qué gracia había en eso de flotar por los aires como una niebla cargada de energía sin tener nada más que hacer?

Eso pensaba cuando de repente oyó aquella voz explicándole que era absolutamente imposible que estuviera aburrido, porque aburrirse es no saber cómo matar el tiempo y en el cielo el tiempo ni se mata ni existe.

—Puede que sea así —dijo Gustav VII, aunque solo para sus adentros, claro. Pues Gustav era un ángel y los ángeles no tienen cuerpo ni boca. De manera que aquello fue algo así como un pensamiento—. Pero me siento aburrido, qué más da que sea posible o no. Qué le voy a hacer si es así.

Eso quiere decir, comentó la voz, que no estás lo suficientemente preparado. No hay otra explicación para este fenómeno. ¡Aburrirse en el cielo, cuándo se ha visto tal cosa!

—¿Y no podría hacer algo para remediarlo? —preguntó Gustav VII esperanzado—. ¿Algo que no sea flotar?

—¿Qué, por ejemplo? —preguntó la voz.

Ese precisamente era el problema, que Gustav, por no tener cuerpo, carecía también de imaginación.

Hummm..., murmuró la voz. Claro que, si en realidad Gustav no se sentía feliz, tampoco tenía mucho sentido dejar todo como estaba; al fin y al cabo el cielo está para eso, para ser feliz.

—Quizá podría volver un rato a la Tierra. Solo un tiempo. ¿Qué tal estaría esto? ¿No hay nadie que necesite mi ayuda ahí abajo? ¿Un poco de ayuda tal vez?

La voz callaba.

El silencio quizá no era buena señal, pero Gustav no quería darse por vencido a la primera. Ya una vez había cumplido una misión en la Tierra. Bueno, en realidad, no había sido en la Tierra. Aquella vez tuvo que pasar un tiempo al lado de una anciana terca en una especie de antesala del cielo. La anciana, una tal Litalotte,

había muerto, pero se negaba rotundamente a marcharse con él al cielo, a pesar de que a Gustav le habían encomendado expresamente que la acompañara. Gustav VII tuvo que hacer acopio de todo su poder de convicción para que cediera y conseguir volar con ella rumbo al cielo.

–Bueno, una vez cumplí bastante bien la misión que me fue encomendada. ¿No es verdad?

No hubo respuesta.

–¿Verdad? –insistió Gustav–. ¿No lo habrás olvidado? –preguntó, aunque era impensable que la voz pudiera olvidarse de algo.

Que nadie había olvidado nada, se apresuró a decir la voz.

Entonces Gustav se lanzó a hablar y no había quien lo parara.

–Sus nietos no querían dejarla marchar e hicieron toda clase de travesuras para conseguir que volviera a la Tierra. Y si se me permite la observación, diré con toda humildad que no fue fácil poner orden en semejante desbarajuste. No, de verdad, no fue fácil; tuve que movilizar todo mi saber y sensibilidad para que todo saliera bien. Y ahora Litalotte está a gusto aquí en el cielo, ¿no es así? Y al fin y al cabo fue gracias a mí.

Que los ángeles, en general, eran un poco más modestos, dijo la voz en un tono fulminante. Que cómo se atrevía él a presumir así de su éxito.

–¿Presumir yo? Para nada –se apresuró a explicar Gustav–. Nada más lejos de mi intención; cómo iba yo a atreverme. Lo único que siento es un pelín de orgullo...

La voz encontró que ya estaba bien, que no tenía sentido seguir discutiendo y que evidentemente Gustav VII estaba lejos de ser un ángel que flota por los aires satisfecho.

Ahora Gustav callaba. ¿Había cometido un error? ¿Tendría que haberse guardado sus deseos y seguir ondeando así, sin ton ni son por los siglos de los siglos?

De todas formas, había que reconocer, añadió la voz, que la perseverancia de Gustav era muy notable, por lo cual se merecía un elogio. Y ya que, por otra parte, nadie en el cielo tenía interés en que hubiera ángeles aburridos, le sería encomendada una tarea en la Tierra.

Si Gustav tuviera corazón, en ese momento habría pegado un brinco de alegría.

Que en la Tierra había una niña, explicó la voz, que había perdido su risa. Estaba siempre triste, muy triste. Las nubes se disiparon. Gustav VII divisó un *bungalow* blanco con jardín y árboles alrededor. Delante se extendía un gran patio. El sol brillaba y una mariposa bailaba en el aire. Allí aterrizó, sobre un contenedor de basura, junto a una niña delgaducha y cariacontecida, vestida con falda de tela vaquera, camiseta, calcetines hasta la rodilla y zapatillas de deporte. Su pelo era castaño y corto como el de un chico, y la mariposa, que con alas trémulas rondaba su cabeza, pasaba desapercibida para ella. –¿Cómo sucedió? –preguntó Gustav.

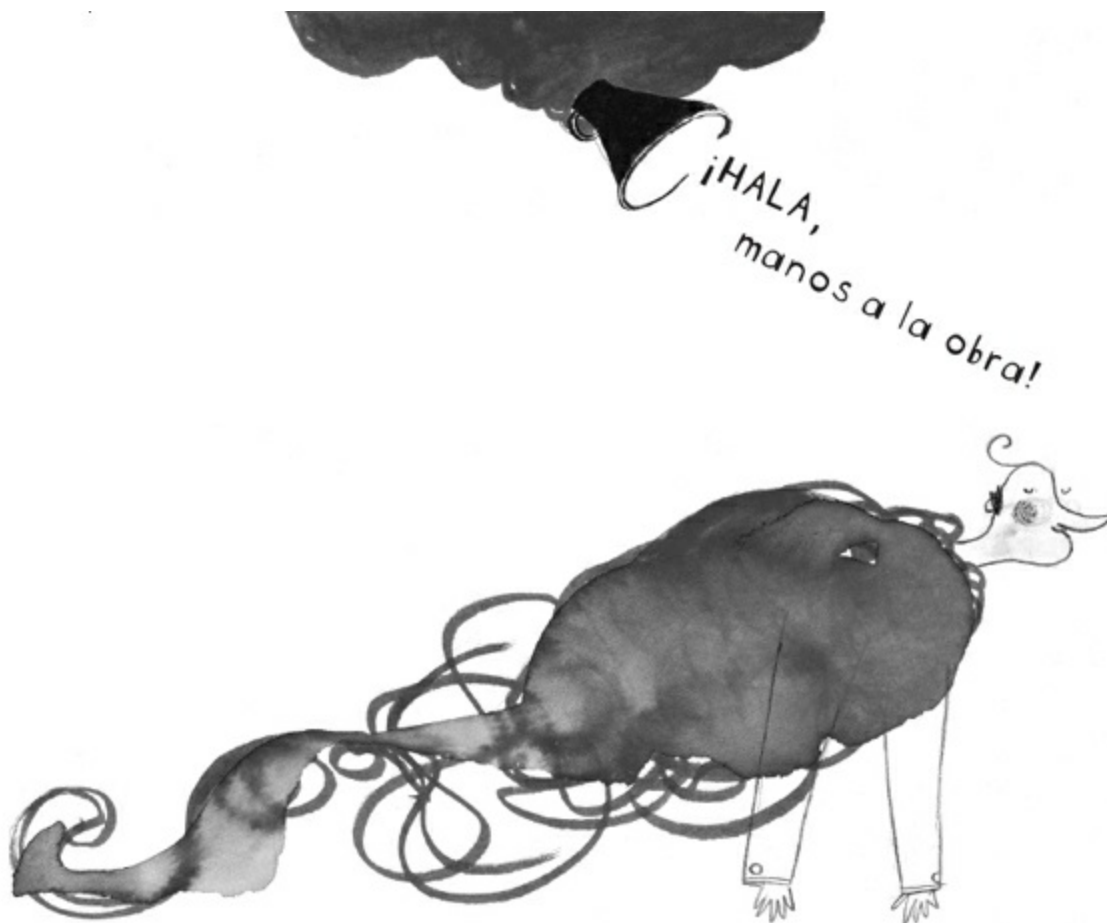
Que la niña se llamaba Carolina, explicó la voz, Carolina Mücke, para ser exactos, pero la llamaban Lina. No tenía amigos de verdad y había olvidado que sabía sonreír. La misión de Gustav consistía en hacer que esto cambiara.

–Pero ¿cómo? –preguntó Gustav consternado.

Por favor, esa es una pregunta indigna de un ángel, exclamó la voz. Era él quien tenía que idear la manera. ¿Acaso no deseaba que le encargasen una misión?

–Sí, claro, por supuesto –se apresuró a contestar Gustav VII–. No hay ningún problema. Ahora mismo me pongo en marcha hacia la Tierra y luego ya veré.

Gustav observó que una joven se acercaba a Lina, le arreglaba el calcetín izquierdo y le pedía que bajara del contenedor.



–Bien, manos a la obra –dijo Gustav impaciente por comenzar.

–¡Espera! –dijo la voz en un tono muy contundente–. Primero has de conocer a Agathe.

–Hola –dijo una voz clara y sonora.

Gustav hizo como que no la oía y preguntó:

–¿Por qué?

–Agathe te acompañará.

–Pero si no hace ninguna falta.

¿Quién decide lo que hace falta y lo que no?, preguntó la voz en tono conminatorio y añadiendo que, si Gustav no se mostraba dispuesto a cooperar, ya podía ir olvidándose de su misión.

Gustav respondió con un «hummm».

–Hola –repitió la voz en un tono claro y sonoro–. Soy Agathe, me alegro de conocerte.

–Bueno, yo... eh... también –logró responder Gustav, aunque no era verdad, y mentir no sirve de nada en el cielo; a continuación, creyó haber oído una risita, ¿o acaso se equivocaba?

Que los dos trabajarían juntos, explicó la voz. En absoluta igualdad de condiciones. Serían enviados a la Tierra, donde nadie podría verlos; solo el uno al otro. Cosa importante para la colaboración.

–Ya sé qué aspecto quiero tener –anunció Gustav VII, excitado–. Quiero unos rizos largos y rubios, un halo de santidad, al menos uno pequeño, enormes alas blancas y resplandecientes...

Que él mismo acababa de mencionar el último encargo que había recibido, dijo la voz. Conservaría el aspecto que había tenido en aquella ocasión. Era mucho más conveniente. Y para Agathe ya se le ocurriría algo.

Ofendido, Gustav guardó silencio. Primero le endilgaban a esa Agathe y ahora esto.

Que si estaba de acuerdo o si prefería pensárselo de nuevo, le preguntó la voz.

Esto era un chantaje.

–Si no hay más remedio.

¿Acaso había un deje de inconformidad en su respuesta? En tal caso ya podía...

–No, qué va, qué va. Todo perfecto –dijo Gustav intentando fingir entusiasmo–. Que ni pintado. Vamos, fantástico. Me alegro un montón.

Que no tenía por qué exagerar. Contaban con tres días exactamente. Tiempo de la Tierra. Y ahora, hala, manos a la obra.

Capítulo 3



Lina y Yuta entraron en el grande y majestuoso edificio. Yuta con cara expectante, Lina con cara inexpresiva.

—Quizá le convendría sacarse un abono anual —sugirió la pelirroja de la taquilla—. Lo digo porque viene usted muy a menudo con su... ¿hija?

—¡Pues solo me faltaba eso! —exclamó Yuta descortésmente. Luego hurgó en su bolso en busca de calderilla y masculló para sus adentros—. Espero que pronto no sea necesario volver.

La mujer abrió mucho los ojos, con lo cual las gafas se le escurrieron hasta la punta de la nariz.

—¿Necesario? —preguntó desconcertada.

Lina podría haber puesto fin a su curiosidad. Diciendo: ¿sabe usted, buena mujer?, lo que pasa es que esta petarda lleva más de cuatro semanas queriendo comerse con los ojos al chico que trabaja en la tienda del museo, ¿comprende? No siempre estoy aquí para presenciarlo porque me despacha enviándome a ver la exposición de turno yo sola, pero sospecho que hasta ahora no se ha atrevido a invitarle a tomar un café ni a pedirle que la acompañe al cine. Igual está esperando que lo haga él. Y el día que lo haga, podría haber dicho Lina, me apuesto el calcetín izquierdo a que este museo no nos vuelve a ver ni en pintura.

Sí, todo eso podría haber dicho Lina, pero ¿para qué? ¿Qué habría cambiado? De modo que se cruzó de brazos y empezó a soplarle el flequillo.

Yuta dejó tintinear unas monedas sobre el platillo de la taquilla y dijo en tono altanero:

—A usted no tiene por qué importarle. ¿Nos da nuestras entradas o qué?

La mujer lanzó a Lina una mirada ofendida como si ella tuviera la culpa del mal comportamiento de Yuta y masculló secamente:

—Aquí tiene.

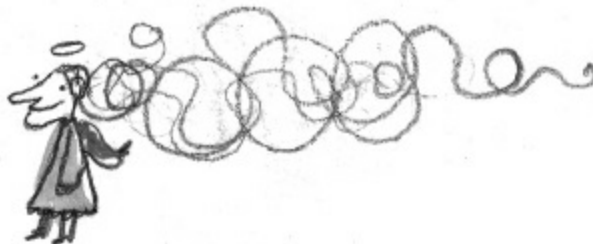
Yuta cogió las entradas echando la cabeza hacia atrás sobre la nuca.

—Vamos, anda.

Entró empujando a Lina por delante de ella en la tienda del museo, ante cuya

puerta se detuvo un momento, respiró hondo, se arregló el peinado y puso cara radiante.

Capítulo 4



Gustav VII se miró de arriba abajo lanzando un suspiro. Todos sus temores se habían hecho realidad: la barriguita redonda y las piernas cortas y macizas que asomaban por debajo de una camisa de un color indefinido que le llegaba más allá de las rodillas. Con un poco de buena voluntad hubiera podido decirse que la camisa era casi blanca, pero, a decir verdad, en realidad era gris. Aunque no tenía necesidad de cerciorarse, echó un vistazo por encima del hombro y, como era de esperar, no encontró ni rastro de alas.

Gustav revolvió los ojos.

—¡Al menos podría ponerme zapatos! —exclamó—. No será mucho pedir, ¿verdad? ¿O es que tengo que llevar a cabo la misión descalzo? ¡Habrase visto!

En un abrir y cerrar de ojos, sus pies lucían unas modernas zapatillas de deporte con gruesa suela acanalada. Respiró aliviado.

—Algo es algo —murmuró. Debería dar las gracias —se dijo, pero le faltó tiempo.

—¡Qué zapatos más chulos! —oyó que alguien decía a su lado con voz de campanilla. Se giró vertiginosamente y descubrió que había sido obra de Agathe. ¿Cómo lo había conseguido? Gustav refunfuñó enfadado—. ¡Me has robado mi pelo!

Agathe se rio.

—Si hubiera querido hacerlo, te lo habría quitado todo, pero tú aún conservas uno.

Consternado, Gustav se llevó las manos a la cabeza. En efecto. En cambio Agathe lucía una impresionante melena de rizos rubios. Justo como la que habría querido tener él, o quizá un poco más larga.

—¡Estupendo! —exclamó Gustav—. Comenzamos bien —y lanzó una mirada hacia el cielo—. Que conste que no es justo.

Pero por encima de su cabeza no vio cielo alguno, solo un techo de madera, así que volvió a dirigir su mirada hacia Agathe. En realidad llevaba la misma camisa que él, aunque en ella parecía en cierto modo distinta. Es decir, le sentaba mejor. Pero no tenía —y Gustav tuvo que sonreír al descubrirlo— zapatos. Y tampoco alas.

—Este es el lugar —dijo Agathe en tono conspirativo—. O sea que es este el aspecto

que tiene la Tierra.

Ambos miraron a su alrededor, descubrieron estanterías llenas de libros, la mayoría con fotos; además estantes para postales, vitrinas llenas de bisutería y cofrecitos y variedades de té de todas partes del mundo.

–Bueno, esto no es exactamente la Tierra –empezó a decir Gustav–. Tú no puedes saberlo, Agathe, pero en cada sitio la Tierra tiene un aspecto diferente. Y ahora mismo nos encontramos..., nos encontramos... –Gustav reflexionaba febrilmente. Buena pregunta. ¿Dónde se hallaban en realidad?

–¡Mira, Gustav! –exclamó Agathe en voz baja, tirando de la manga del ángel y señalando hacia la izquierda.

Él siguió su dedo y vio que allí había tres personas, dos de las cuales ya conocía. Eran Lina y Yuta. Las dos estaban de pie ante un chico con el cabello cortado al rape y una barbilla insignificante.

–Nos encontramos en el museo de etnología –dijo Gustav terminando la frase, como si nunca hubiera tenido la menor duda.

–Esta es ella, Lina –susurró Agathe–. Lina Mücke en persona.



Agathe hacía muchos aspavientos, como si se hubiera topado con una estrella de cine. Por supuesto que era Lina, porque por ella era por lo que habían venido, ¿no?

–Ven, vamos a acercarnos –Agathe se le arrimó y en cámara lenta comenzó a aproximarse a hurtadillas.

–No tienes que andar con la punta de los pies –dijo Gustav sacudiendo la cabeza con gesto compasivo–. Ellos no te pueden ver.

–Chiss –dijo Agathe llevándose el dedo a los labios–. No tan fuerte.



–Tampoco te pueden oír –este, pensó, era el problema de trabajar con principiantes.

Entre tanto los dos se hallaban justo delante de Lina.

–De acuerdo –susurró Agathe–. Pero ¿estás seguro?

Gustav torció la boca con desdén, pero no contestó. Entonces, Agathe empezó a dar botes como picada por una tarántula. Luego cerró las manos en puños y boxeó en el aire. Justo ante la cara de Lina.

–¡Pero qué es esto! –exclamó Gustav enfadado.

Agathe se detuvo en mitad de un salto y dijo:

–Lo siento. Solo quería asegurarme –se dejó caer al suelo con las piernas cruzadas y exclamó–: ¡Una locura! No me lo imaginaba así. En realidad no me lo imaginaba de ninguna manera, pero, desde luego, así, para nada. Verdaderamente es de locos.

–De locos. Sí, de locos –Gustav se preguntaba si no era tal vez Agathe la que estaba loca–. ¿Y ahora qué quieres hacer? ¿Quedarte ahí en el suelo y seguir perpleja?

–Necesitamos un plan.

–¡No me digas!

Agathe se quedó mirándolo. Sus ojos eran tan azules como el cielo. Gustav volvió a pensar que era injusto.

–¿Qué hacemos entonces? –preguntó Agathe.

–¿Cómo que qué hacemos?

–Bueno, como tú siempre sabes mejor que nadie lo que hay que hacer, tendrás un plan, ¿no?

–¿Un qué? –preguntó Gustav sin entender.

–¿Un p-l-a-n? –deletreó ella.

Gustav se quedó como de piedra.

–¿Qué pasa, que te han comido la lengua los ratones?

–Claro que no. Vamos a ver, eh...

–¡Qué idea más estupenda! –rio Agathe burlonamente–. Un plan excelente. Eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Capítulo 5



Lina cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro. Yuta se había plantado con todos sus encantos ante el chico. Con los brazos en jarras y la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, sus ojos miraban ansiosos a través de sus negras y hoy muy largas pestañas.

–Hola –musitó la chica.

Lina se preguntaba qué habría hecho con su voz, que de repente sonaba al menos una octava por debajo de lo normal y casi un poco ronca.

–Hola, Peter –volvió a decir Yuta.

O sea que se llama Peter, se dijo Lina tomando nota.

El interpelado se puso rojo como un tomate de los pies a la cabeza.

–Hola, Yuta. Me alegro de verte.

–Es que Lina está tan fascinada con este museo que siempre me pide que vengamos –aseguró Yuta con su nueva voz–. ¡Se pone tan pesada! ¡Y aquí me tienes!

Indignada, Lina tomó aire, pero antes de que pudiera abrir la boca Yuta la pisó para que entendiera, pero sin que Peter se diera cuenta.

–¿Verdad, Lina?

Lina misma no supo por qué asintió. Tampoco hubiera sido necesario puesto que Peter no le prestaba la más mínima atención.

–Me parece... estupendo –dijo el chico, mirando fijamente a Yuta–. Es más, maravilloso.

–¿En serio? –Yuta sonrió, bajando un poco la mirada.

–Lo has oído, ¿no? –dijo Lina malhumorada y preguntándose qué significaba semejante espectáculo.

Yuta dio un paso más hacia Peter dirigiéndole una sonrisa y luego dijo:

–Pero como no soy yo la que quiere ver todos estos cachivaches, sino Lina, la peque puede muy bien darse una vuelta por ahí ella sola y hacer todo lo que le venga en gana..., quiero decir, todo lo que esté permitido en el museo. Y mientras tanto yo me quedo... ¿aquí? Sonó como si lo preguntara. Luego miró a Lina con desdén y le preguntó levantando las cejas en señal de amenaza:

–No te importa, ¿verdad?

Lina sacudió la cabeza en silencio. En realidad no le importaba, al menos era

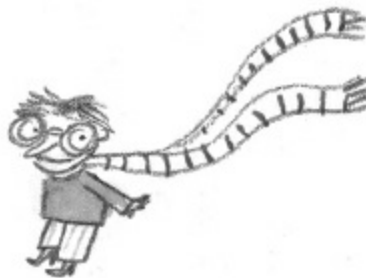
mejor eso que ser llamada peque.

Yuta le dio un empujón poco delicado diciendo:

–Pues hala, lárgate. Ya sabes el camino. En una hora estás de vuelta –y mientras decía esas palabras no despegó ni por un segundo los ojos de Peter.

Lina dio media vuelta y se alejó a paso menudo.

Capítulo 6



Entre tanto, y a falta de una idea mejor, Gustav se había sentado cómodamente junto a Agathe en el suelo.

—No me gusta esa Yuta —exclamó Agathe agitando con furia uno de sus rizos rubios.

Gustav pensaba lo mismo, solo que no quería de ninguna manera decirle a esta desmelenada que compartía su opinión.

—Somos ángeles y no podemos permitirnos no querer a alguien.

—¡Tonterías! ¿Por qué no? Yo soy un ángel libre que vive en libertad...

Gustav hizo un gesto con la mano como limpiando el aire.

—Olvidalo. No tiene importancia.

—¿Quieres oír mi propuesta?

No, pensó Gustav, pero dijo:

—Si no hay más remedio.

—Ahí va —dijo Agathe incorporándose y poniéndose muy derecha. ¡Qué presumida es!, pensó Gustav—. Ojo al parche: nos dividiremos. Tú sigues a Lina a pie o volando o como quieras. Y yo mientras tanto me quedo aquí y pienso en algo simpático para esta Yuta.

—¿Qué, por ejemplo? —preguntó Gustav picado por la curiosidad, sobre todo porque esperaba que ella le diera alguna pista de lo que debía hacer él con Lina.

—Ya lo verás. ¡Hala, vete, no pierdas de vista a Lina!

Gustav tardó en levantarse para ganar tiempo.

—Bien —dijo demorándose—. Entonces me pondré en camino.

—¡Suerte, compañero! —Agathe extendió una mano en el aire. ¿Esperaba en serio que él se la estrechara? Durante unos minutos ella lo miró con ojos grandes, luego retiró la mano.

Gustav decidió volar un poco, al fin y al cabo Lina ya estaba fuera de su alcance. Volar sin alas era su fuerte, nadie lo hacía mejor que él. Para tal efecto las zapatillas de deporte eran más bien un estorbo, pero, como eran tan chulas, no quería prescindir de ellas. Encontró a Lina en la tercera sala que estaba un poco en

penumbra. Se hallaba delante de una gran vitrina. Parecía tan perdida y sola que a Gustav se le hizo un nudo en la garganta. Se acercó flotando hacia ella y aterrizó justo delante de sus pies. Qué bonito sería poder estrecharle la mano, simplemente para consolarla, o darle un abrazo. O contarle chistes.

También podía explicarle lo mucho que lo exasperaba la tal Agathe con esos ojos y esos pelos. Qué desfachatez habían tenido al adjudicarle como compañera a un ángela tan inexperta e ignorante, excesivamente convencida de sus fuerzas y tan atrevida que sin pensárselo dos veces había asumido el liderazgo haciendo caso omiso de cómo pudiera sentirse él, Gustav VII, cuando...



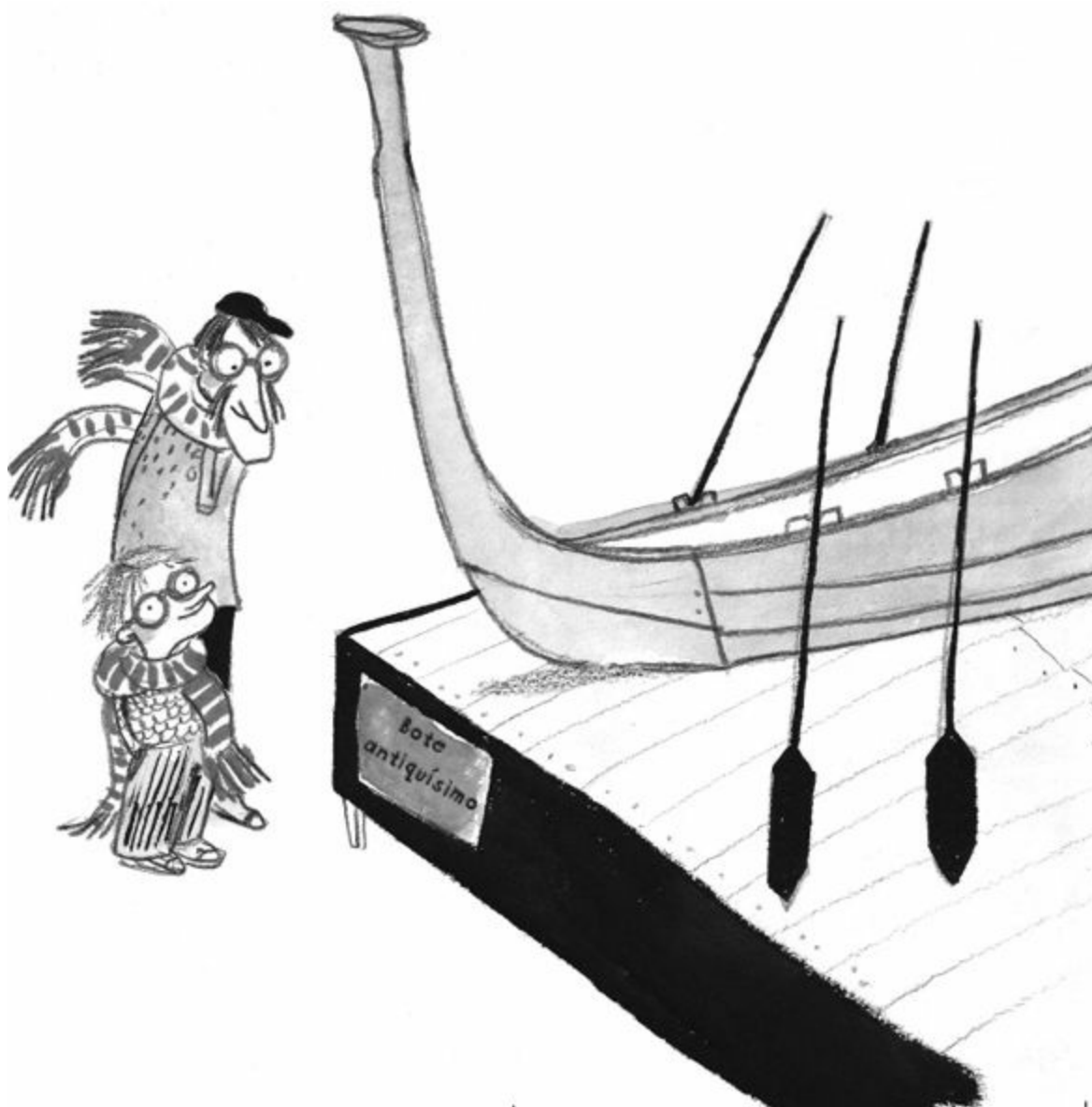
¡Bueno, déjate ya de historias!, se dijo a sí mismo llamándose al orden. Que aquí no eres tú el importante sino Lina. Se sacudió brevemente, para ahuyentar sus pensamientos y luego examinó la pálida cara de la niña.

¡Ay, ay, ay! Gustav se quedó casi paralizado. No será que..., no puede ser... No me digas que esto es... ¡No, por Dios! ¡Recórcholis! En efecto. Una lágrima y, para colmo, la más gruesa que Gustav había visto jamás, y además, rodaba sin empacho por la mejilla de Lina. Gustav suspiró por lo bajo y estiró el índice con mucho cuidado. Cuánto le gustaría a él enjugar esa lágrima, pero la susodicha siguió su camino traspasando tranquilamente el dedo de Gustav hasta detenerse por fin en la comisura de los labios. Gustav dio una fuerte patada contra el suelo. ¿Qué diablos debía hacer? Ni una sola niña en el mundo tendría que estar así de triste.

Pero ¿qué era lo que la niña miraba en aquella vitrina? Gustav apartó de ella la mirada y descubrió tras el cristal todo un grupo de maniquís casi tan grandes como personas, con caras oscuras y ropas exóticas, reunidos en torno a una pequeña fogata artificial. Los adultos parecían conversar, cantar o trabajar fabricando adornos o herramientas, mientras que a los niños se les veía jugando o arrimados a las piernas de sus madres.

Daban la impresión de estar bastante contentos. Satisfechos de estar ahí como estaban. Como si no desearan nada más, como si todo marchara viento en popa. Gustav leyó rápidamente el letrero que colgaba al lado en la pared.

—¿Sabes, Lina?, solo son maniquís —le explicó Gustav con la voz más suave que pudo, aunque ella no podía oírlo—. Representan una escena de la vida de los aborígenes de un pueblo de Micronesia en el siglo XVII. O sea que solo fue un momento, un momento captado para la posteridad, ¿comprendes? Puede que a los cinco minutos todo haya sido diferente, quién sabe cómo habrá sido en realidad la vida en el siglo XVII, si de verdad... Se interrumpió asustado porque Lina de repente abrió la boca como si quisiera responder algo.



—¡Si se pudiera viajar en el tiempo! —oyó susurrar a Lina—. ¡Si fuera posible! Tal

vez encontraría una época en la que me sintiera mejor. Sin tener que ir a la escuela. Sin coches. Sin noticias. Y –agachó la cabeza–... sin Yuta.

Lina estaba tan sola que hablaba consigo misma. Y, al cabo de un rato, de nuevo brotaba una lágrima y luego otra... ¡Dios mío!, pensó Gustav saltando inquieto de una zapatilla de deporte a la otra. Esto se estaba convirtiendo en un aguacero de lágrimas. ¿Qué podía hacer?

–Lina, escucha por favor. Ellos también tenían sus problemas. Quizá no con la escuela, vale, tampoco con los coches y menos aún con la Yuta de marras, pero seguro que tendrían otros problemas. A lo mejor... peores.

Bueno, lo cierto era que debía dejarse de tanta palabrería. No le aportaba nada a Lina y a él tampoco. Tenía que pensar en algo y darse prisa en hacerlo. ¿Qué remedio era el más rápido cuando alguien se sentía solo? Exacto, había que buscarse un amigo. ¿Y de dónde iba a sacar él ahora un...? Gustav empezó a mirar nervioso en todas direcciones. No había un alma en esa sala, excepto Lina. Pero ¿a lo mejor en la siguiente?

Atravesó cual rayo el museo entero. Pasó por entre un corro de ancianas que charlaban entre ellas, rozó a una pareja que discutía, barrió las cabezas gachas de dos adolescentes que reían por lo bajo, hasta que por fin respiró aliviado. Ante la maqueta de un bote de madera antiguo se hallaban un chico y su padre.

Sí, a lo mejor era un poco pequeño, seguro que Lina le sacaba una cabeza, pero en cambio llevaba unas gafas mucho más grandes y, a pesar de que era verano, una extraña bufanda. Gustav, sin embargo, no podía darse el lujo de ser caprichoso. Había que encontrar un amigo para Lina y este al menos era, más o menos, de su misma edad. Gustav respiró hondo y estaba tan concentrado que cerró cada mano en un puño.

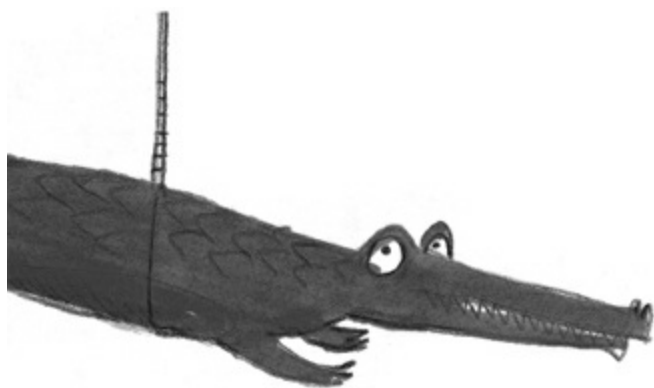
Capítulo 7

Qué bobada echarse a llorar sin más en un museo de etnología. En general, a Lina le parecía que tenía demasiado flojo el lagrimal. En los momentos más extraños se le saltaban las lágrimas. Por ejemplo, sentada encima del contenedor de la basura en el patio, o mientras veía algún anuncio tonto en televisión. A veces también le pasaba en la escuela, de repente se le llenaban los ojos de lágrimas cuando estaba sola en su pupitre. El hecho de que no compartiera mesa con nadie se debía a que la habían cambiado de curso en mitad del año escolar; para entonces ya todos sus compañeros se conocían y además el número de alumnos era impar. Así y todo le afectaba.

Se restregó con el brazo los ojos y las mejillas. Su único consuelo era que aquí, al menos, nadie la podía ver.

Luego casi se le paró el corazón. No había visto entrar a nadie. Rápidamente se puso a hacer unos ejercicios que había aprendido de su madre y, cuando se le calmó el pulso, se giró lentamente.

Lo primero que enfocó su mirada fue por supuesto aquellas gafas, las más grandes del mundo, que además le parecieron ligeramente conocidas. Tuvo que pasar un rato para lograr distinguir algo más que esa horrible montura marrón; entonces vio una cara pálida y delgaducha, un pelo rubio despeinado y una bufanda de lana de colores que no era nada adecuada para el tiempo veraniego que estaba haciendo. Y luego supo por fin a quién tenía delante. Era Fritz.



—¿Por qué tienes que asustarme de esa manera? —rezongó Lina.

El chico la miró con atención a través de los cristales de sus gafas.

—¿Asustarte yo? ¿Sabes?, ni siquiera tengo por qué hablar contigo —respondió él dándole la espalda ofendido.

Vaya, qué susceptible es este, pensó Lina, al tiempo que se sorprendía de que le importara. Fritz también era nuevo en la clase, había llegado después de las vacaciones de verano. Lina no sabía por qué, pero pensó que no sería por haber adelantado un curso, pues, aunque no lo pareciera, ya había cumplido los doce. Era justo una cabeza más pequeño que ella. Y en la escuela no tenía que estar sentado solo a una mesa, pero, a diferencia de Lina, aún no parecía haber encontrado amigos. No era de extrañar, porque, a decir verdad, era más raro que un perro verde; siempre estaba levantando la mano y sus respuestas siempre eran correctas. Un empollón de cuidado y un sabelotodo, eso era Fritz; y Lina aún no había intercambiado ni una palabra con él.

Ahora, de repente, le hacía gracia conversar; al menos estaría distraída y alejada

de sus oscuros pensamientos. Pero ¿qué se le puede decir en medio de la penumbra de un museo a Fritz, una cabeza más pequeño y al menos el doble de susceptible que tú?

—Oye, ¿tú todavía puedes crecer más? —se le escapó a Lina. Luego se tapó la boca con las manos. No podía creer que hubiera soltado semejante pregunta. Ahora él probablemente daría media vuelta y se iría sin decir ni mu. Por otra parte, daba igual.

Fritz giró la cabeza para mirarla. Dio un paso hacia ella. Luego otro. Lina retrocedió asustada. Quizá se trataba de un loco, de un asesino en serie encerrado en ese pequeño cuerpo. Igual esas enormes gafas eran, en realidad, un arma letal, aunque ni por asomo hubiera podido imaginar cuál. Pero tampoco tenía que descubrirlo. Lo mejor sería poner pies en polvorosa.

Pero, mira tú por dónde, Fritz abrió la boca y dijo radiante:

—Qué bien que lo preguntes. En efecto, seguiré creciendo. Supongo que poco antes de cumplir los trece pegaré un estirón. Así le ocurrió a mi hermano, y mi padre ya ha calculado cuál será al final mi altura definitiva. Dice que primero crecen las manos y los pies y luego...

Hablaba mucho y muy deprisa. Lina no le prestaba demasiada atención, pero se alegraba de haber dicho, de forma espontánea, lo más oportuno. El resto de sus compañeros de clase siempre se burlaban de la estatura del chico, pero nunca se les ocurrió formular una pregunta al respecto.

—Vale ya, profesor —lo interrumpió Lina—. Cuando hayas alcanzado esa estatura seguro que las gafas te irán bien.

Los ojos de Fritz se iluminaron.

—Tienes razón. No lo había pensado —respondió con solemnidad.

Durante un rato estuvieron callados sin más.

—¿Sabías que el encendedor fue inventado antes que la cerilla? —preguntó entonces Fritz a bocajarro.

—Hummm. ¿Y a qué viene eso?

—A nada. Solo que es interesante, ¿no te parece?

Lina no estaba segura. Buscaba afanosamente otro tema de conversación y dijo:

—Mira, profesor —lo agarró de la manga y lo llevó unos cuantos metros hacia un lado—. Esta es una cama de antepasados africanos. Dicen que, si uno duerme ahí, puede viajar en sueños hasta encontrarse con ellos.

Fritz se subió las gafas apretando con el dedo en el puente de la nariz.

—¿De verdad? ¡Qué guay!

—¿Te parece? —replicó Lina sorprendida.

—¡Qué pregunta! Por supuesto. Imagínate que puedes visitar a tu madre en su niñez.

—¿Y para qué iba yo a querer hacer algo así? —Lina se estremeció solo de

pensarlo.

–¿Por qué no? O mejor aún, imagínate que visitas a tu tataratatarabuela – exclamó Fritz.

Lina se alegró de que al menos no hubiera añadido unos cuantos «tatara» más.

–Bueno, eso estaría mejor. Me gustaría hacer un viaje en el tiempo. Pero imagínate que aterrizas en una época en la que no sabes cómo comportarte. Con reglas y leyes que no conoces, y luego...

–¡Qué aburrida eres! –la cortó Fritz y la miró como si fuese un escarabajo común o un gusano incoloro–. A lo mejor resulta que te encuentras muy a gusto. No puedes saberlo.

–No, no puedo. Pero también podría ser que allí todo fuera horrible. Eso tampoco puedo saberlo, ¿verdad? –dijo Lina taladrándolo con los ojos.

–Imagínate, uno también podría visitarse a sí mismo. De bebé, por ejemplo – Fritz se echó a reír entusiasmado–. Yo lo intentaría. El que no arriesga no gana – dijo cruzándose de brazos.

Lina siguió su ejemplo.

–Entonces tumbate ahí en la cama de los antepasados.

–Ahora no quiero. Igual otro día –dijo Fritz fingiendo de repente aburrimiento, y se dio la vuelta.

La conversación, por tanto, quedó interrumpida. Lina tragó saliva. El comienzo había sido prometedor, ¿y ahora qué? ¿Qué quedaba por decir, si cada uno ya había dicho lo que pensaba?

–Pues bueno...

–Bueno, pues...

Caminando pasito a pasito, Lina se alejó cabizbaja. De todos modos la hora ya había transcurrido.

Capítulo 8



Afligido, Gustav iba dando tumbos por el aire muy cerca de Lina. Al comienzo parecía que su plan daría resultado. Soplándosela al oído, le había sugerido a Fritz la idea de darse otra vuelta por el museo mientras su padre leía el periódico en el café. Y qué sorpresa se había llevado al constatar que Lina y Fritz ya se conocían de la escuela. Todo había marchado sobre ruedas; de hecho, después de unos pequeños tropiezos iniciales, los dos entablaron una agradable conversación. Pero comenzó tan rápido como se acabó... ¿Qué había fallado?

¿Cómo se inicia una amistad?, pensó Gustav. ¿No era suficiente juntar a dos personas que estuvieran igual de tristes y solas y desearan lo mismo? Observó con preocupación la cara de Lina. En ella no había en realidad ni un asomo de sonrisa. Ojalá Agathe haya tenido más suerte. Aunque no podía imaginarse qué pretendía hacer con la tal Yuta.

Agathe lo esperaba de brazos cruzados y en actitud triunfante. Gustav no las tenía todas consigo. Al fin y al cabo enseguida iba a tener que reconocer que su plan había fracasado.

—Antes de que preguntes —dijo atascándose—, no he tenido tanto éxito como esperaba. Quiero decir que el terreno está preparado pero la semilla no ha germinado.

—No entiendo ni jota. En todo caso yo me he divertido de lo lindo —rio Agathe con malicia.

Gustav sacudió severamente la cabeza.

—Dudo que ese sea el objetivo de nuestra misión. Quiero decir, que tú te diviertas.

—Venga, Gustav. No seas aguafiestas —le dijo dándole un empujoncito—. También podemos divertirnos un poco.

—No sé, no sé —dijo Gustav llevándose un dedo a la nariz.

Pero, antes de que pudiera echarle un sermón a Agathe reprochándole no ser consciente de la gravedad de la situación —al fin y al cabo habían sido las más altas instancias quienes los eligieron para resolver esta difícil tarea—, divisó a Lina en la tienda del museo observando a Yuta con una expresión enigmática. Gustav no podía dar crédito a lo que vio luego, los ojos de Lina se iluminaron y una pequeña

—vale, insignificante— sonrisa asomó a sus labios. No cabía duda, aquello había sido una sonrisa, aunque enseguida se esfumara.

Luego examinó a Peter que miraba embobado a Yuta. Gustav, sin embargo, tuvo la fuerte corazonada de que no era la interminable cascada de palabras que emitía Yuta lo que lo hipnotizaba. Pero, entonces, ¿qué era?

—¿Qué diablos has hecho, Agathe? —preguntó Gustav—. ¡Confiesa!

—Ven a verlo con tus propios ojos.

Agathe ya no sentía la necesidad de andar a hurtadillas. Salió como un rayo y fue a juntarse con el grupito de tres, agarró a Gustav de la solapa y lo arrastró con ella a la misma velocidad. Agathe señaló con la barbilla en dirección a Yuta tapándose luego la boca con una mano. Gustav vio enseguida lo que le señalaba. Saltaba a la vista. Quedó atónito y no podía creer que fuera verdad.



La nariz de Yuta lucía un enorme y brillante grano rojo.

Gustav se acercó un poco más. Era tan grande y gordo que parecía que el grano iba a reventar en cualquier momento. Pero en lugar de reventar, al parecer, seguía creciendo. Ya rebasaba la punta de la nariz y se expandía hacia ambos lados.



—¡No lo habrás hecho tu! —jadeó Gustav boquiabierto. —¿Qué te parece, debería añadirle algo de pus? Ya sabes, una de esas cosas verdeamarillentas bien asquerosas que...

—¡Agathe! —la interrumpió Gustav bruscamente.

Ella lo miró con cara de inocente.

Gustav suspiró. A un ángel no le sienta nada bien alegrarse del mal ajeno y, sin embargo, no podía reprimir una cierta satisfacción. Yuta seguía hablando a Peter sin parar, sin dejar de mover sus largas pestañas negras; no sospechaba que el brillo de su enorme grano le hacía la competencia a sus labios rojos.

—¡Creo que te estás pasando! —Gustav levantó el índice en gesto amenazador—. Ya está bien. Deshaz eso inmediatamente.

—¿Que lo deshaga? —tosió Agathe—. Creo que no sé cómo hacerlo.

Capítulo 9



Lina hubiera querido echarse a reír sonoramente.

Pero lo de la risa no era tan fácil. De un tiempo a esta parte no le funcionaba. ¿A qué se debería? ¿Acaso uno podía olvidarse de cómo reír?

En cualquier caso, la sensación que calentaba todo su cuerpo no era desagradable. Ese grano gordo en la nariz de Yuta tenía un aspecto casi perverso. ¡Cómo diablos podía aparecer semejante... –Lina buscaba la palabra adecuada–, un bulto tan enorme solo en una hora! No podía ser más que obra de malas artes.

También era extraño el hecho de que Yuta no se percatara de su desgracia. Primero, el grano, por el aspecto que tenía, debía de hacer mucho daño, y segundo, con lo grande que era, tendría que haber llamado la atención de Yuta. Pero ella, sencillamente, quizá estaba demasiado ocupada pestañeando y fingiendo deslizar distraídamente la lengua por sus labios rojos.

Peter parecía hipnotizado. Obviamente, por mucho que lo quisiera, no conseguía apartar su mirada de la nariz de Yuta. Lina tiró de la blusa de la chica. Y como la primera vez no surtió ningún efecto, repitió el gesto una segunda y luego, con más brío, una tercera vez hasta que Yuta le espetó un «¿Qué quieres?» sin mirarla.

–¿Qué tal si nos vamos a casa? –propuso Lina.

–¿No ves que estamos conversando?

Aquello, desde luego, no era una conversación, puesto que Peter estaba completamente enmudecido. En realidad, Yuta se merece que la deje aquí plantada, pensó Lina.

Pero la niña era hija de su madre y sabía que hay que procurar tratar a la gente de la misma manera en que uno quiere ser tratado.

–Tengo que ir al lavabo –dijo cruzando las piernas e inclinando el tronco un poco hacia delante como queriendo dar prueba de su urgencia.

–¿Y qué? –ahora Yuta se dignaba mirarla.

Lina abrió los ojos como platos. Visto de frente el grano era peor aún. Conmocionada contuvo el aliento.

Peter, que pareció despertar de una especie de inconsciencia, levantó el dedo como si estuviera en la escuela y quisiera decir algo.

–Eh... –dijo carraspeando.

–¿Desde cuándo no puedes ir sola al lavabo? –preguntó Yuta a Lina lanzándole una mirada severa, que, por los motivos que sabemos, la dejó impertérrita pues la niña no podía hacer otra cosa que mirar fijamente el monstruoso forúnculo que lucía en la nariz de Yuta. Peter volvió a carraspear y dijo:

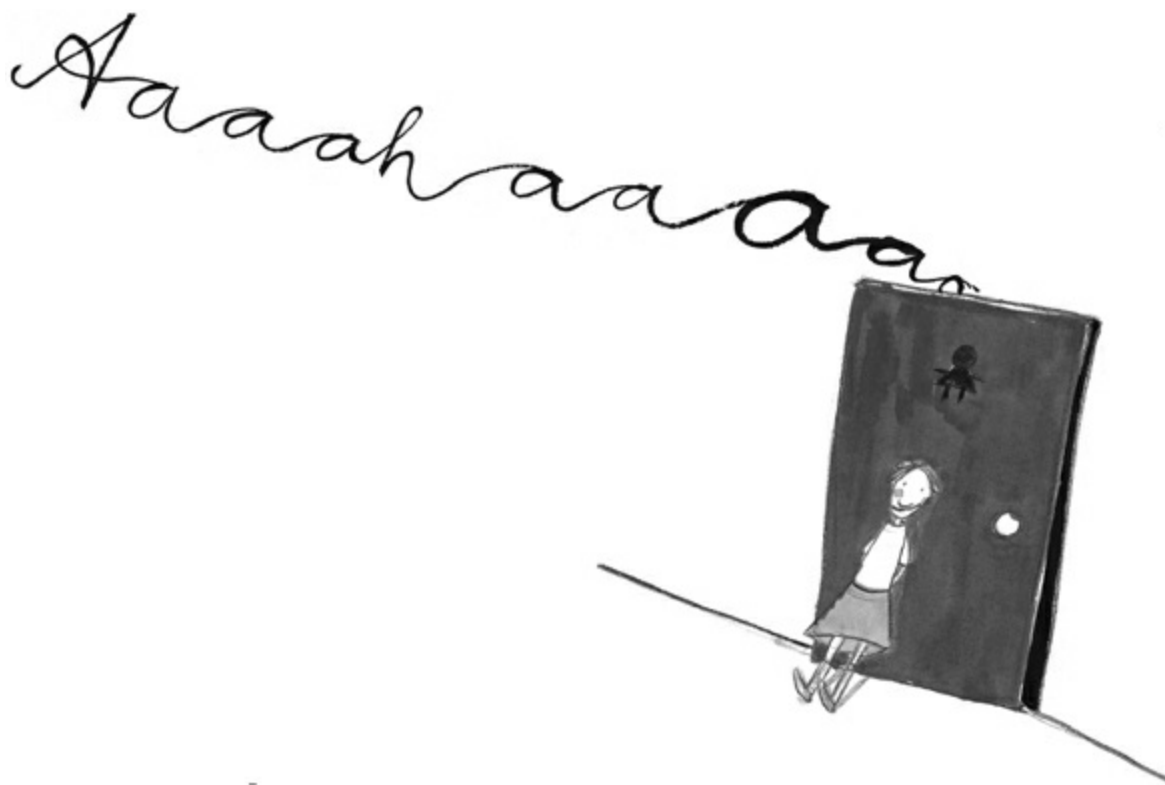
–De todos modos yo tengo que...

–¿Qué dices? –la cabeza de Yuta se giró volando.

–Digo que... –al chico se le volvió a nublar la mirada extrañamente, luego la apartó y siguió hablando con los pies de Yuta–. Quiero decir que tengo que volver al trabajo. Hay un montón de cosas que hacer. Y además... –obviamente no tenía intención de acabar la frase.

Lina miró a su alrededor. ¿Un montón de cosas que hacer? Pero si ahí no había ni un alma, y los libros no daban la impresión de querer cobrar vida propia. Estaban apilados ordenadamente y lo más probable era que así se quedaran.

–Entiendo –Yuta estaba molesta, eso era evidente. Seguía sonriendo, pero se notaba que le costaba. Se puso de pie y se alisó la falda–. Vamos al lavabo, pues –colocó una mano en el hombro de Lina apretándola con tanta fuerza que esta por un instante quedó sin aliento.



–Adiós, Peter. Hasta la semana que viene..., quizá.

Peter asintió sin apartar la mirada de los pies de Yuta. Ya no era capaz de levantar la vista. Lo que sí levantó fue una mano, para despedirse, luego se dio media vuelta,

se acercó deprisa a una mesa y se puso a remover los montones de libros. Todos sus movimientos denotaban alivio.

Ante la puerta de los servicios Lina se detuvo como petrificada.

–No tengo ganas –confesó con la boca pequeña.

–¿Qué dices? –exclamó Yuta enojada–. ¡Qué comedia es esta! ¡Pero tú qué te has...!

–Igual eres tú la que tiene que ir...

–¿Pero a ti qué mosca te ha picado? Primero me haces venir hasta aquí porque se supone que quieres ir al lavabo y luego me propones que vaya yo. ¿Me estás tomando el pelo o qué?

–Entra, por favor –le dijo Lina con voz cansada sosteniéndole la puerta. Tras sacudir la cabeza, Yuta entró en los servicios. Durante un momento todo siguió en silencio; sin embargo, Lina, preventivamente, se tapó los oídos con los dedos y se encogió de hombros. Y luego se oyó. Un grito. Estridente. Atronador. Y largo, muy largo.

Capítulo 10



Tumbada con los ojos abiertos, Lina seguía en la cama mirando hacia el cielo raso. No podía conciliar el sueño. Ya lo había intentado todo. Había estado leyendo una historia que era bastante interesante, pero, en un momento dado, así porque sí, dejó de interesarle; no retenía las palabras, las leía y al cabo de un segundo las olvidaba.

A continuación, cerró los ojos y empezó a imaginarse que se hallaba en un prado verde y oloroso, con caléndulas, cielo azul y todo lo demás, pero tampoco sirvió de nada. De repente, las briznas de hierba empezaron a transformarse en el oscuro parqué, las caléndulas en libros y volvió a verlo todo tal y como había sido: a Yuta y a Peter y la nariz de Yuta con ese grano horrible, hinchado y colorado rebosante de... Lina se llamó al orden. El grano no rebosaba nada, aunque poco faltó.

Yuta había vuelto del lavabo al cabo de un rato que a Lina le pareció una eternidad; venía cabizbaja y, de algún sitio, había sacado un pañuelo con el que ahora se tapaba la cara.

–Venga, vámonos de aquí. Rápido –dijo en voz baja.

Se escabulleron por detrás de la taquillera de mejillas sonrosadas que, todavía enfadada, al verlas meneó la cabeza como diciendo que ya nada le extrañaba.

–No lo entiendo –rezongaba Yuta bajo el pañuelo–. Sencillamente no lo puedo entender. Hace una hora mi cara estaba perfecta. Y ahora, de buenas a primeras... –dejó caer las manos, inclinó el cuerpo hacia delante y dirigió a Lina una mirada implorante.

–¿Todavía crece?

Lina dio un paso atrás.

–No –afirmó sin estar en absoluto convencida–. No, seguro que no. Incluso está un poco más...

–¿Pequeño? –preguntó Yuta esperanzada.

–Menos rojo.

Yuta lanzó un suspiro atormentado. Luego metió a Lina en un taxi y le puso diez euros en la mano al conductor.

–Tengo que ir al médico inmediatamente. Saluda a tus padres de mi parte, diles que estoy enferma, muy enferma. Invento lo que quieras, no tienes que contarles la verdad necesariamente. Os llamaré –le dijo a Lina y golpeó la puerta del taxi.

Lina seguía dando vueltas en la cama. Durante la cena, cuando sus padres le preguntaron cómo había ido el día, les hizo un resumen de los sucesos del día sin mencionar a Peter ni tampoco la desgracia de Yuta. Y de Fritz, desde luego, ni una palabra.

¿Y por qué no? Seguro que su madre se habría alegrado. Al fin y al cabo siempre la estaba animando a hacer amigos. Pero ¿qué significaba eso de hacer amigos? ¿Cómo se «hacían» amigos? ¿Tendría que haberle dicho a Fritz: oye, seamos amigos; él asentiría con la cabeza y ya está, asunto arreglado? ¿Como por arte de magia?

No, así no se hacían amigos. Lina se acomodó boca arriba y pataleó con los pies como empujando el cielo raso. Era una noche calurosa. Un mosquito rondaba su cabeza zumbándole en los oídos. Ni siquiera sabía si Fritz le gustaba. Tampoco a qué dedicaba su tiempo libre. No sabía qué pensamientos ocupaban su mente ni cómo era el mundo a través de esas enormes gafas que llevaba.

Volvió a darse la vuelta y golpeó la almohada con los puños para acomodarla a su manera. Seguro que no volverían a intercambiar una palabra, así que era mejor que dedicase sus pensamientos a otra cosa. Pero ¿a qué?

Capítulo 11



Agathe y Gustav permanecían en silencio sentados al borde de la cama. En realidad, llevaban un buen rato así, desde que se metieron en el taxi con Lina. Mudos habían seguido la conversación de esta con sus padres durante la cena y mudos la habían observado cepillarse los dientes. Ahora veían impotentes cómo Lina daba vueltas en la cama.

–¿Estás enfadado? –preguntó compungida Agathe.

–Enfadado no –saltó Gustav–. Más bien diría decepcionado.

–¡Decepcionado! –los azules ojos de Agathe se pusieron como dos canicas.

–Y un poco irritado. Reconozco que la tal Yuta no es precisamente simpática, pero tampoco se merecía eso, ¿verdad?

–¿Que no se lo merecía? –Agathe se encogió de hombros–. Yo solo quería darle una lección. Dentro de unos días volverá a estar flamante y reluciente.

En el museo, Gustav había tenido varias veces la sensación de que le venía el hipo. Ahora sabía que lo que le pasaba era que intentaba contener unas irreprimibles ganas de reír. Bruscamente se dio media vuelta y se llevó una mano a la boca para apretársela, porque de ninguna manera podía permitirse perder la compostura. Sin embargo, la cosa no hacía más que empeorar. Sus hombros temblaban, los ojos se le llenaban de lágrimas y creía ahogarse.

Entonces desistió. Se recostó contra la pared escurriéndose hasta el suelo desternillándose de risa. Aliviada, Agathe también saltó de la cama, empezó a darle cariñosos puñetazos en el costado y a sumarse a sus carcajadas.

Ahí estaban los dos, Gustav VII y Agathe, ángel y ángela, en una casa ajena, en un mundo ajeno, dándose palmadas en los hombros, resoplando y jadeando; cacareando y gargareando; y tuvo que pasar mucho tiempo para que por fin se tranquilizaran. Cuando lo hicieron, se quedaron agotados acucillados en el suelo.

–Pero no es esto por lo que estamos aquí, ¿eh? –dijo Agathe esbozando una mueca–. Nuestra misión no es estar aquí muertos de risa...

–Bueno, «muertos de risa» en nuestro caso... –dijo Gustav retomando la palabra.

–Vale, vale. No tienes por qué tomarte todo al pie de la letra.

–De todos modos no somos nosotros los que tenemos que reírnos sino Lina.

–Ya lo sé. Pero hace un momento asomó a sus labios una pequeñísima sonrisa, ¿o me equivoco? –Agathe levantó confiada la barbilla.

–Es posible –dijo Gustav arrugando la frente–. Pero no creo que sea suficiente.

–Bueno, por algo se empieza.

–Y nosotros tenemos toda una noche por delante para reflexionar. Ya se nos ocurrirá algo –dijo Gustav cerrando los ojos durante unos instantes.

Y luego se sobresaltó al oír que una puerta se cerraba de golpe. Necesitó un momento para saber dónde estaba y sobre todo por qué.

–¡Santísimo!

Ya había amanecido. Echó un vistazo a Agathe que estaba tumbada en el suelo con la cabeza bien acomodada en el brazo derecho. Los rizos le caían como oro líquido sobre los hombros. Sus labios dibujaban una pequeña sonrisa y las largas y claras pestañas descansaban tranquilas sobre sus mejillas coloradas por el sueño.

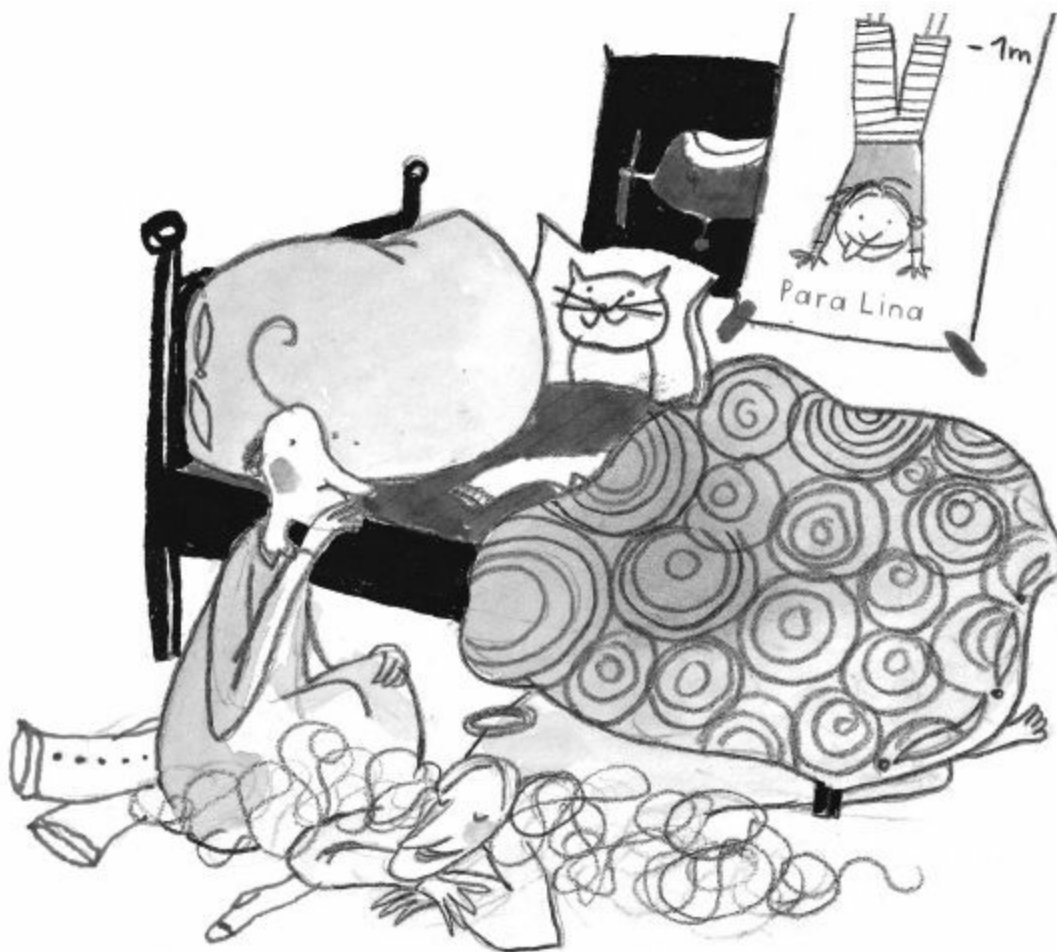


Tiene aspecto de ángel, pensó Gustav.

–Por algo es un ángel –dijo luego con irritación y subiendo el tono de voz–. Mejor dicho, un ángela.

La novedad para él era, sin embargo, que los ángeles también durmieran. Debía de ser que la Tierra los fatigaba mucho.

–En todo caso, una advertencia no hubiera estado mal –dijo dirigiendo su voz hacia el techo, por encima del cual, en alguna parte, tenía que estar el cielo–. En realidad teníamos la intención de aprovechar el tiempo para pensar en algo.



Al no recibir respuesta, se encogió de hombros. Ya se había dado cuenta de que la voz no había vuelto a pronunciarse. Agathe y él dependían exclusivamente de sí mismos.

Gustav respiró hondo para luego gritar a voz en cuello.

—¡Agathe!

En un santiamén, Agathe se puso en pie.

—¡Sí, diga! ¡A sus órdenes! —exclamó y lo miró con cara asustada—. ¿Dónde estoy? —paseó la mirada por la estancia y dijo—. ¡Ah, ya sé! No hace falta que digas nada.

Gustav tampoco tenía la intención de decir nada.

—Perdona, debí de quedarme dormida.

Gustav enarcó una ceja en silencio.

—Bueno, fue sin querer. No sabía que también nosotros tenemos que dormir.

—¿Nosotros?

—Sí, como lo oyes.

—¿Qué quieres decir con «nosotros»?

—¿Tú acaso no?

–Por supuesto que no –Gustav se cruzó de brazos–. Yo no he pegado ojo. Al fin y al cabo tenemos una misión que cumplir. He pasado toda la noche reflexionando.

–Eso está bien –le dijo Agathe radiante–. Entonces seguro que has tenido una buena idea, ¿verdad?

A Gustav las mejillas se le pusieron calientes.

–Claro, cómo no. ¡Qué pregunta!

–¡Desembucha, pues!

Gustav tosió.

–Bien, lo primero sería... –se interrumpió, paseó nerviosamente la mirada por toda la habitación y, desconcertado, dijo–: Ha desaparecido.

–¿Quién ha...? –dijo Agathe para exclamar enseguida–: ¡Oh!

La cama estaba vacía. Gustav hizo un gran esfuerzo por concentrarse. Lo había despertado el golpe de una puerta. Eso quería decir que Lina no podía estar lejos. Probablemente estaría en la cocina desayunando.

–¡Que no cunda el pánico! Lo tengo todo controlado –anunció Gustav–. Lina está desayunando y si tú estuvieras lista y en condiciones...

–Oye, ya me he disculpado, más no puedo hacer. O sea que deja ya de chingar –hurgó con un dedo en su pecho y dijo–: Ojo al parche: lo que haremos será ir a la cocina.

Capítulo 12



Lina hizo como si escuchara con atención las noticias, puso la misma cara de interesada que su padre mientras se llevaba una cucharada de muesli a la boca.

–¿Quieres más té, morritos? –preguntó su madre.

–Chissss –rezongó su padre–. Queréis dejarme oír las noticias, que enseguida terminan.

La madre le sirvió más té guiñándole un ojo a Lina en señal de complicidad. A la niña le hubiera gustado más que fuera cacao, pero a su madre le parecía que el cacao era demasiado dulce. Además, según ella, el té verde reanimaba los sentidos.

Una pena que oliera a heno y supiera a eso mismo. Lina se tapó la nariz y bebió un buen sorbo.

–No exageres, Lina –dijo su padre, lo cual quería decir que las noticias ya habían terminado. Luego volvió a desordenarle el pelo cariñosamente con la mano.

–Tengo que irme –dijo la madre levantándose–. Mi primera clienta está a punto de llegar.

Le estampó un beso a Lina en la mejilla y luego inclinándose sobre su marido dijo: «Chao, Anton».

El padre retuvo a la madre atrayéndola hacia su regazo y haciéndole cosquillas. Lina torció los ojos. Todas las mañanas la misma historia. Y todas las mañanas su madre se hacía la sorprendida y soltaba una risita de quinceañera. ¿Acaso todos los padres estaban tan chalados?

Después ayudó a su padre a recoger la mesa, metió los cacharros en el lavavajillas y la merienda que su madre había preparado para ella en la mochila. Aunque en su caso la palabra «merienda» no era del todo precisa. Su padre había dicho una vez que lo que ella llevaba a la escuela era más bien un tentempié, pero de los más sanos y nutritivos.

Se llame como se llame, pensó Lina, agradecería más un pan con nutella. O un panecillo con una gruesa capa de paté. Suspirando, se echó la pesada mochila al hombro y siguió a su padre con paso ligero hacia el garaje.

Lina no había cerrado aún la puerta del coche cuando su padre ya estaba estirando la mano para alcanzar el botón de la radio. Y eso que en el garaje no

había cobertura. A Lina no le faltaron ganas de decírselo, abrió la boca, pero enseguida volvió a cerrarla. Daba igual.

–Ahora vienen las noticias –anunció su padre en un tono solemne como si comunicara una novedad–. Pero luego me cuentas qué tienes previsto hacer hoy.

Qué será, pensó ella. Ir a la escuela. Comer (algo muy sano, se sobrentiende). Hacer los deberes. Ir a la clase de yoga «para niñas de entre 10 y 12 años» en el centro cívico. Pasar el rato sentada en el contenedor de la basura, cenar, leer, dormir... La expresión de su cara era toda ella un suspiro, cosa que su padre no percibió porque, como cada mañana, estaba ocupado ajustando el retrovisor como si unos duendecillos o los fantasmas se divirtiesen cada noche descolocándoselo.

Lina cerró los ojos. Tenía la impresión de no haber dormido ni un minuto, lo cual era imposible, y ella lo sabía. Por la mañana se había despertado y para poder despertarse uno tiene que haber dormido antes. Así y todo, estaba muerta de cansancio. Por eso le pareció estar soñando cuando oyó ese extraño aullido. Abrió bien los ojos y vio que su padre no movía un músculo de la cara y se limitaba a girar de nuevo la llave al tiempo que accionaba el acelerador. El motor volvió a emitir el mismo aullido, gimió unas cuantas veces y luego se apagó.

–No puede ser –exclamó su padre respirando hondo y tratando de volver a encender el motor. Primero se oyó una especie de tos inquietante, luego un resoplido y después solo silencio.

Su padre se quedó inmóvil durante unos instantes, a continuación sacudió incrédulo la cabeza y dijo:

–No puede ser.

Lina entonó para sus adentros una alegre cancioncita que venía a decir que no tendría que ir a la escuela y podría volverse a meter en su mullida cama o, si lo prefería, sentarse en el contenedor de la basura.

–Pues nada –interrumpió la voz de su padre sus fantasías–, tendrás que ir a la escuela en el autobús.

–¿En el autobús? –replicó Lina palideciendo del susto. Se le había olvidado que también existía un autobús.

–Claro, en el autobús. Eso es lo que siempre has querido, ¿no? Pues bien, hoy se cumplirá tu deseo.

De alguna manera su voz sonaba como si le echara la culpa de que su coche no arrancara. Y eso sí que era injusto. Era verdad que muchas veces había deseado poder ir en el autobús, pero no así, de buenas a primeras. No había tenido tiempo de hacerse a la idea. ¿Tendría razón su madre cuando decía que había que meditar muy bien los deseos, por si se hacían realidad? También decía otras cosas extrañas como que no por mucho madrugar amanece más temprano. Lina nunca entendía lo que eso quería decir.

–Hoy tendré que prescindir de las noticias –anunció su padre encarando el

percance con valentía—. Te acompaño hasta la parada y luego me cojo un taxi.

Lina asintió muda. Muda también bajó del vehículo. Muda dio un portazo y muda contempló a su padre cogiendo la mochila del asiento trasero del coche.

—¡Jolines, cómo pesa esto! —gimió su padre sorprendido—. ¿Qué llevas dentro? ¿Lingotes de oro? —sacudió la cabeza y dijo—: Mejor será que la lleve yo. ¿No puedes dejar algunos libros en la escuela? Creo que tengo que hablar con tu profesora. No puedes estar cargando este montón de cosas.

Evidentemente no se había dado cuenta de que así era desde hacía años. Lina cerró la cancela eléctrica del garaje silbando. Ahora al autobús, se dijo un poco desconcertada.

Capítulo 13

Capítulo 13

Gustav iba al lado de padre e hija dando saltitos y de cuando en cuando pegaba una patada a una piedra con sus flamantes zapatillas.

–¿Y bien? ¿Qué dices ahora? –le preguntó a Agathe que caminaba unos pasos más atrás.

–¡Deja ya de saltar, me estás mareando! –respondió ella malhumorada.

Gustav se detuvo de sopetón y Agathe se estrelló contra su espalda.

–¿No se te ocurre ningún otro comentario a la genial idea que he tenido? –le preguntó Gustav.

–¿Qué genial idea?

–¿Quién crees que se encargó de hacer que el coche no arrancara y que Lina pudiera ir por fin en autobús?

–¡Vaya genialidad! –Agathe siguió adelante sin hacer mucho caso y por encima del hombro dijo–: Ya veo que ha sido una idea genial –pero su voz sonaba como si se estuviera burlando de él.

Gustav apretó el paso y se colocó a su lado.

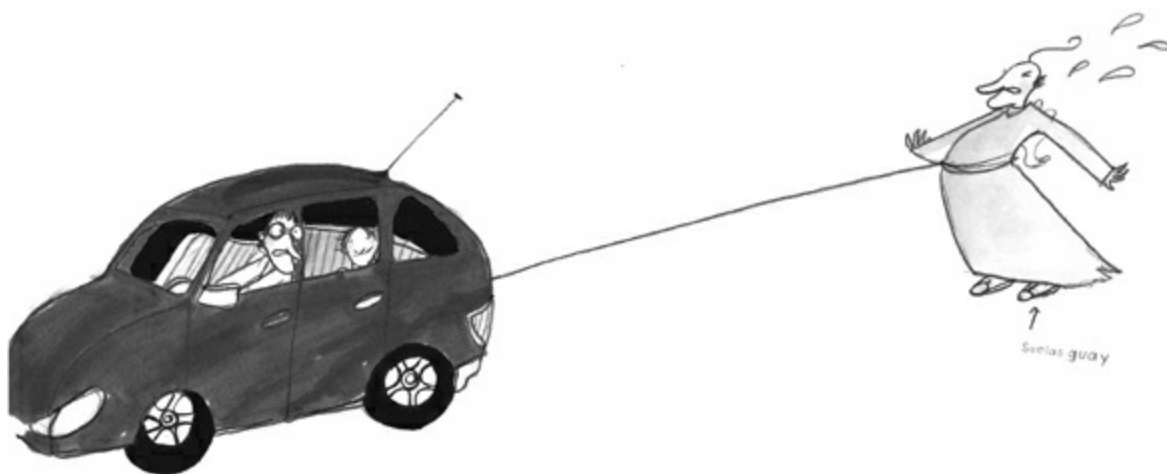
–¿Tienes alguna otra crítica que hacer?

–¿Por qué «otra»? Y, además, ¿es que no te has dado cuenta de nada?

Gustav odiaba ese tipo de preguntas, pues, si se hubiera dado cuenta de algo, ya lo habría dicho hacía tiempo. Por eso se limitó a lanzar un «hummm» y a hacer como si le pareciera el colmo del aburrimiento.

–Lo que quiero decir es que te fijas en Lina.

Gustav lo estaba haciendo. Lina avanzaba con paso pesado por el asfalto caliente –ya hacía bastante calor a esas tempranas horas de la mañana– junto a su padre que cargaba con la mano izquierda su mochila y dejaba descansar la mano derecha sobre su hombro. La niña vestía falda azul celeste, camiseta amarilla y chancas de dedo también amarillas. El pelo se le erizaba en todas direcciones y brillaba con el sol. Pero incluso observándola por detrás, sin verle la cara, Gustav pudo reconocer que su plan de darle una alegría había fracasado. Si de verdad estuviera contenta, no andaría tan cabizbaja y con los hombros tan caídos. Además, caminaba sin ganas, arrastrando las chancas por el suelo.



–Pues sí, ya lo veo –dijo Gustav tomando impulso, aunque hubiese preferido morderse la lengua antes que darle la razón a Agathe (y eso que los ángeles no pueden morderse la lengua)–. Parece un poco... pachucha, ¿verdad?

–Sí, podría decirse de esa manera –dijo Agathe secamente–. Pero también podría decirse que está profundamente triste.

–Bueno, no exageres. Vamos a esperar –según él, las mujeres, en especial las ángeles, tendían a exagerar–. Cuando ya esté sentada en el autobús, seguro que la cosa tomará un rumbo muy diferente. Además... –Gustav se interrumpió llevándose una mano a la boca.

–Además, ¿qué? –repuso Agathe mirándolo con desconfianza.

–Además, nada –dijo Gustav poniendo cara de póquer.

–Gustav, no me gusta que no cuentes conmigo. Tenemos que cooperar el uno con el otro. ¿Ya se te ha olvidado? Igualdad de condiciones.

–¿Cómo voy a cooperar contigo si te pasas la noche entera durmiendo...? –refunfuñó el ángel.

–¡Socorro! –suspiró Agathe–. ¿Cómo puede un solo ángel ser tan rencoroso?

Gustav no quería dejar las cosas así, de modo que dijo:

–Bueno, escucha lo que te digo. He pensado en una pequeña sorpresa.

–¿Qué sorpresa?

Gustav fijó la vista en un punto evitando mirar a Agathe y empezó a exponerle su plan.

Capítulo 14



La parada del autobús: una garita acristalada, un banco y los alumnos por todas partes. Sentados en el banco o al lado del mismo e incluso en la acera. Lina vio caras conocidas y desconocidas, y hubiera preferido dar media vuelta de inmediato. No sabía exactamente por qué, pero le parecía que todos pertenecían a un grupo del que ella era la única que no formaba parte.

Tres niñas de su clase agachaban las cabezas sobre un papel en el que tenía que haber algo muy divertido. Otras dos estaban sentadas en el banco con los cuadernos sobre las rodillas copiando frenéticamente los deberes de matemáticas. Unos chicos jugaban a empujarse unos a otros. Un poco apartados del grupo había unos chicos fumando; eran mayores que ella y los conocía de haberlos visto en el patio de la escuela durante el recreo. En cuanto Lina llegó a la parada acompañada de su padre, tuvo la impresión de que todos levantaban la vista al mismo tiempo para mirarla. Su corazón empezó a latir con fuerza.

–Bueno, ya continúo yo sola –le dijo a su padre.

–No, deja que te acompañe.

Lina sacudió la cabeza.

–¿No quieres? –su padre la miró con sorpresa. Luego asintió con la cabeza y dijo–: Comprendo. No quieres que el viejo de tu padre espere contigo el autobús –se limitó a colocarle la mochila en la espalda, a lo cual Lina reaccionó tambaleándose un poco–. Vale, pásatelo bien. Ah, por cierto, Yuta no puede recogerte hoy, sigue enferma.

Lina pensó en su grano rutilante y se preguntó cuánto tiempo tardaría eso en sanar.

–Quizá venga tu madre a buscarte –dijo su padre como pensando en voz alta.

Y de repente Lina no pudo imaginarse nada más hermoso que el hecho de ser recogida por su madre. Asintió con insistencia. El día ya estaba siendo bastante horrible; podría ser que a duras penas sobreviviera a este primer viaje en autobús, pero a un segundo viaje seguro que no. En este momento le resultaba imposible entender cómo había podido abrigar alguna vez ese deseo.

Permaneció inmóvil mientras su padre le desordenaba el pelo con la mano al despedirse. Luego caminó arrastrando los pies hasta la parada. Ojalá llegara pronto el autobús. Algunos de sus compañeros de clase la saludaron haciendo un gesto con

la cabeza, y Sabine, que se sentaba detrás de ella en clase, incluso se dignó dirigirle un: «¿Qué hay Mücke?».

—Hola —contestó Lina, y se colocó justo en el borde de la acera con las rodillas ligeramente dobladas. Todos en la clase la llamaban por el apellido. Y aunque en ese momento nadie tomaba nota de su presencia, ella se sintió observada y puso su cara menos amable. Al fin y al cabo, se trataba de evitar que los demás notaran su nerviosismo. Respiró hondo un par de veces contando hasta cinco cada vez, como había aprendido en su clase de yoga, pero tampoco eso la ayudaba. Era sencillamente una extraña en medio del grupo y no sabía por qué; le hubiera gustado echarse a llorar ahí mismo.

¿En qué se equivocaba? ¿Qué hacían los otros que ella no hiciera? ¿Por qué no podía acercarse a Sabine y preguntarle algo, así sin más? Eso era, debía preguntarle algo, pero ¿qué? No se le ocurría nada. ¿Y suponiendo que se le ocurriera algo, qué pasaba si no era la pregunta correcta y Sabine ponía cara de extrañeza? ¿O si simplemente daba media vuelta y se marchaba? ¿Y si se reía de ella? No, lo mejor era poner mala cara y guardar cierta distancia, así los mantendría a todos alejados.

Menos mal que el autobús ya doblaba la esquina. Lina observaba a los demás que se abalanzaban todos a la vez a la puerta, se empujaban y se daban codazos unos a otros. El conductor lanzó unos gritos a modo de advertencia que nadie oyó en medio del barullo. Cuando por fin la maraña de piernas y brazos logró atravesar la estrecha puerta del autobús, el hombre enarcó sus gruesas cejas y mirando a Lina le dijo en tono rezongón:

—¿Necesita la señorita una invitación personal?

Lina tragó saliva trabajosamente, luego subió y le tendió unas monedas mojadas de sudor por haberlas llevado en sus puños bien cerrados.

Naturalmente ya no quedaba sitio libre. Mientras se iba abriendo paso hacia la parte posterior del vehículo, Lina tropezó dos veces con piernas estiradas, ignoró las risas y se juró no volver a subir a un autobús en su vida.

Sin embargo, de repente, su mirada recayó en algo que brillaba bajo la luz del sol y una ola de alivio recorrió su cuerpo. Eran las gafas más grandes del mundo. Y tras ellas unos ojos azules y amables. Al menos eso pensó Lina. Le hubiera gustado sonreír, pero no podía pasar tan rápido del enfado a la simpatía, y por eso se limitó a emitir un:

—¿Qué?

—¿Qué? —contestó Fritz, y se corrió un poco para dejarle sitio.

Lina se apretujó a su lado, sin soltar la mochila, que la obligaba a permanecer muy recta. Callaron durante un rato.



—¿Y? —preguntó ella al cabo de unos instantes.

—¿Y qué?

Lina reflexionó.

—¿Dónde está tu bufanda, profesor? —se retorció interiormente. ¡Qué tontería! Eso de hacer preguntas desde luego no era su fuerte.

—En casa.

—Ya.

Permanecieron callados durante dos paradas más.

—¿Te quedaste mucho más en el museo? —preguntó ella haciendo un renovado intento. Cambiaba de posición constantemente sobre su silla porque las correas de su mochila le hacían daño en los hombros.

Fritz sacudió la cabeza.

Ajá, quizá no tenía ganas de hablar. Pues bien, daba lo mismo. Lina miró con tozudez hacia delante.

Fritz carraspeó.

—¿No es extraño ser la menor de la clase?

Lina estuvo a punto de contestarle que al menos no era la más pequeña, pero se reprimió.

–Sí que lo es. ¿Y para ti?

–¿Para mí qué?

–¿Por qué llegaste a nuestra escuela después de las vacaciones de verano?

Fritz se encogió de hombros.

–Nos mudamos.

–Ah –¿debía preguntarle por qué?, pensó Lina.

–Mi mamá tiene un nuevo marido que también tiene hijos –informó Fritz tomando la iniciativa, y sin la menor vacilación añadió–: Mi hermano y yo no los soportamos y por eso nos vinimos a vivir con mi padre.

Lina lo miró estupefacta. Nunca había oído algo semejante. Claro que había niños en su clase que vivían solos con sus madres porque los padres habían cambiado de aires, pero nunca se le habría ocurrido pensar que también podía ser al revés. ¿Cómo sería eso de vivir solo con el padre? Se estremeció.

–Lo siento –dijo.

–Qué se le va a hacer –Fritz sonrió torciendo el gesto.

Hummm, pensó Lina. Y de nuevo, hummm. Luego de repente se preguntó por qué siempre estaba tan triste y malhumorada si de hecho no tenía ninguna buena razón para estarlo. ¿O quizá sí? En cualquier caso, estos pensamientos no servían de nada. No por eso iba a sentirse mejor.

–Mira –le dijo Fritz enseñándole un frasco de mermelada.

Lina pegó un respingo.

–¡Puaf, qué asco! ¡Guarda eso!

–¿Qué te pasa? –se sorprendió Fritz–. Si solo es una graciosa arañita.

¡Graciosa! A Lina se le aceleró la respiración, pero intentaba por todos los medios hacer de tripas corazón. Al fin y al cabo el frasco de mermelada estaba cerrado y bien cerrado, y los agujeros en la tapa eran tan pequeños que ninguna araña de este mundo habría podido atravesarlos.

–¡Mírala bien! –le dijo Fritz poniéndole el frasco justo delante de la nariz. Lina apretó los ojos porque así luego los podría cerrar más rápido..., solo por si las moscas. Pero la araña de veras era interesante con sus patas largas y sus pelos erizados y su cuerpecito fino. Quizá tuvo esa impresión porque se trataba de la araña de Fritz.

–La tengo desde hace tiempo, es una araña doméstica común y corriente –le explicó–. Ya la tenía cuando vivíamos con ma... con mi madre, ¿sabes? Y me la traje. En casa tengo un terrario, claro, pero en este frasco la puedo llevar conmigo a todas partes. La quiero mucho.

–¿Es niño o niña? –quiso saber Lina.

–No lo sé. Pero tiene ocho ojos, en dos filas –proclamó Fritz con orgullo.

–Lina se fijó con más atención. La araña reptaba por aquí y por allá dentro del frasco.

–Y puede vivir hasta seis años –Fritz arrugó la nariz–. La tengo desde hace dos.

–¿De veras? –con cautela Lina dio unos golpecitos en el vidrio–. ¿Cómo se llama?

–Pelusa.

–Hummm.

Lina pensó de repente que sería bonito tener una araña que siempre estuviera a tu lado. Pero enseguida se llamó al orden. Ella, a diferencia de Fritz, al menos tenía una madre que vivía en su misma casa.

Fritz sacó un libro gordo de su mochila.

–¿De qué va? –preguntó Lina.

–¿Sabes cuántos pies tiene un ciempiés?

Lina reflexionó largamente. Pensaba qué podía tener de interesante saber cuántos pies tenía un bicho de esos.

–Setecientos cincuenta y dos tiene el más grande del mundo. No lo hubieras adivinado, ¿verdad?

–No, no lo hubiera adivinado.

–¿O sabías que uno mismo no se puede lamer su propio codo?

Lina sintió unas ganas irrefrenables de probarlo, pero no quería hacer el ridículo.

–¿Y eso está en ese libro?

–Ajá. También dice que a lo largo de la vida uno llega a tragarse mientras duerme unas diez arañas y setenta insectos. Pelusa por suerte no corre peligro. Fritz metió la cabeza en el libro.

Lina estaba segura de que no leía, porque ni una sola vez pasó la página, pero estaba contenta de no tener que decir nada más.

En el recreo Lina estaba sentada sola tomando el sol y haciendo equilibrios para mantener la fiambrra de plástico con la merienda sobre sus rodillas. No había visto lo que su madre había ideado para hoy. Fruta deshidratada tal vez, galletas integrales y una torta crujiente con lechuga, tomate y pimentón. O una rebanada de pan de centeno con cacahuets, rabanitos y un kiwi. Lina hizo una mueca lanzando una mirada conjuradora a la fiambrra verde como si pudiera cambiar su contenido solo con la fuerza de su voluntad. Su cara se ensombreció.

–Hola otra vez –dijo Fritz desenvolviendo su pan. Una especie de panecillo blanco crujiente y espolvoreado con harina. A Lina se le hizo la boca agua; le resultó penoso, y no obstante preguntó:

–¿Qué tiene tu pan?

–Salchicha de jamón. Lo compré esta mañana en la panadería.

–¿En la panadería? –Lina miraba el panecillo–. ¿Así como así? Tu madre no te... –se interrumpió–. Quiero decir, ¿tu padre no te prepara la merienda?

–No, no tiene tiempo. ¿Y tú?

–¿Y yo qué?

–¿Qué tienes ahí?

–Ni idea. Quizá un pan de escanda con cuajada y berros –dijo adivinando.

–¡Oh!

–O una baguette integral con queso de cabra. Y un plátano –Lina hizo una mueca bajando una comisura.

–¡Qué bien! –dijo Fritz.

–¿Qué bien? –repitió Lina mirándolo extrañada.

–¿Tu madre te hace esas meriendas?

–Sí –Lina levantó la fiambarrera para examinarla y la sacudió un poco. Luego soltó–: ¿Quieres cambiar, profesor?

–¿En serio? –Fritz pestañeó tras los gruesos cristales de sus gafas.

–Por supuesto. ¡Toma!

Fritz cogió la fiambarrera, la abrió con cautela y anunció:

–Arándanos. Semillas de calabaza. Pan negro con..., espera... –dijo abriendo el bocadillo–, rabanitos y zanahorias. ¡Qué rico!

Ahora Lina estaba completamente segura de que a Fritz le faltaba un tornillo. ¿A quién le podían gustar los rábanos con zanahoria? Pero daba igual. Con sumo de leche le pegó un mordisco a aquel pan blanco, untado con una gruesa capa de mantequilla, que contenía al menos tres lonchas de salchicha de jamón. Estupendo. Satisfechos, masticando al unísono a dos carrillos, Lina y Fritz se quedaron sentados en el banco hasta que sonó el timbre.





Agathe y Gustav deslizaron la mirada por el patio, que hasta hacía unos instantes había estado lleno a rebosar de niños que gritaban y corrían, y gozaron del silencio. El sol dibujaba círculos en el adoquinado, el viejo edificio de la escuela se alzaba adusto y majestuoso frente a ellos.

Gustav intentó imaginarse lo que estaría sucediendo al otro lado de las numerosas ventanas. Los niños estarían escribiendo, los profesores los estarían llamando a la pizarra, preguntándoles la lección... Algunos se lo pasarían bien, otros tendrían miedo. Algunos sacarían buenas notas y estarían a gusto; otros tendrían dolor de estómago antes incluso de cruzar el umbral de su clase. ¿No era ese el panorama? ¿Y cómo le estaría yendo a Lina? ¿Y a Fritz?

—No acabo de entender —Agathe sacudió la cabeza—. Hace un momento me hablaste de un plan muy diferente.

—Lo sé —dijo Gustav apartando la mirada.

—Dijiste que te encargarías de que su madre le metiera a Lina por error un pan con nutella en la fiambra.

—Lo sé.

—Querías darle una alegría a Lina.

—¡LO SÉ! —Gustav se incorporó de un salto—. ¿Crees que lo he olvidado todo?

Agathe le lanzó una mirada como queriendo decir que, en efecto, dudaba de él. Luego dijo:

—A ver, ¿cuál fue el error?

—¿Cómo que el error? Simplemente surgió el imprevisto de la casualidad.

—¿Qué casualidad?

—Pues que Fritz y Lina se encontraran en el autobús. A eso lo llamo yo casualidad.

–Sí, claro –Agathe se quedó pensativa–. Lo que me pregunto es cómo no se nos ocurrió a nosotros. Por qué tuvo que ser una de esas casualidades tontas la que nos mostrara el camino que teníamos que seguir. Algo estamos haciendo mal.

–Tienes razón –Gustav volvió a sentarse–. Pero ¿qué tal si por una vez me dedicas un elogio?

–Con gusto. ¿Qué mérito debo elogiarte? –Agathe enarcó una ceja; solo una.

–El mérito de haber estado atento. Imagínate que Fritz se encuentra en la fiambrra un pan con nutella.

–¿O sea que pusiste de nuevo lo que había antes?

–Ajá.

–Bien –asintió Agathe complacida–. Muy bien.

Gustav cerró los ojos. Se merecía un poco de descanso.

–¿Entonces crees que vamos por buen camino? –preguntó con voz de sueño.

–¡Ojo al parche! Cuando Lina regrese a casa en autobús, se haya hecho amiga de Fritz y todo empieza a... Entonces seguro que sí. Por ahora vamos a esperar a que acabe la jornada en la escuela –a continuación, Agathe también cerró los ojos, pero obviamente ni ella ni Gustav dormían, lo que hacían era devanarse los sesos.

Capítulo 16



Después del recreo, Fritz pidió al tutor de la clase que en adelante le dejara sentarse al lado de Lina. A ella la idea no le agradó mucho, primero porque él no le había consultado previamente, y segundo porque la clase entera rio por lo bajo. Antes incluso algún gracioso le había lanzado un papel a la cabeza en el que había dibujado un corazón con las letras L y F.

Además, al cabo de unos minutos Fritz ya estaba resultándole pesadísimo. Ocupaba más de la mitad del pupitre, había colocado sus libros y cuadernos de tal manera que sobrepasaban la imaginaria frontera que dividía la mesa y mantenía el codo tan separado del cuerpo que Lina chocaba con él prácticamente cada vez que se movía. Para colmo, según ella, Fritz emitía muchos ruidos al respirar y era un sabelotodo que, cuando levantaba la mano queriendo a toda costa que le preguntaran, además hacía chasquear los dedos. ¡Qué vergüenza más grande! Y encima sus respuestas siempre eran correctas.

A Lina le resultaba incómodo estar sentada al lado de semejante empollón. Ella no tenía lo que se dice buena reputación en la clase. Y si ahora empezaba a ser más simpática con Fritz, la cosa no haría más que empeorar. Por eso, diez minutos antes de que acabaran las clases, ya estaba metiendo sus cosas en la mochila bajo la mirada reprobatoria del profesor de Geografía, y, cuando sonó por primera vez el timbre, salió disparada cual rayo. Bueno, no exactamente cual rayo, pues la verdad es que su pesada mochila no la dejaba correr tanto, pero aun así fue la primera en abandonar el aula y llegar al patio.

Respiró hondo. Por lo pronto se había deshecho del tal Fritz. Al fin y al cabo, con ese chico no había manera de conversar en condiciones, se dijo. Salvo sobre ciempiés y codos. ¡Y vaya gafas que lleva! Vale, hay que reconocer que sus ojos tienen cierto aire interesante. Y además, el rato que pasó a su lado en el autobús también había sido agradable. Lina empezó a caminar más despacio. Más y más despacio. Entre tanto los primeros compañeros ya la alcanzaban.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que tenía que volver a casa en autobús. El corazón le dio un vuelco. Claro, de tanto enfadarse por los libros y los jadeos de Fritz, lo había olvidado por completo. Pensándolo bien, el chico no se había comportado tan mal. Cuando en la tercera hora de clase Lina, ya mosqueada,

empujó sus libros hacia su lado de la mesa y le dio un empujón para que retirara el codo, él la había mirado consternado y luego le había pedido disculpas. No era un mal comienzo. Además, de ninguna manera quería volver sola en el autobús. Porque no haría otra cosa que tropezarse contra todas las piernas estiradas. Lina se detuvo.

Mientras tanto casi todos sus compañeros la habían adelantado. Algunos incluso le habían dado un codazo al pasar a su lado como si fuera invisible, y de Fritz ni rastro. Lina lanzó un suspiro y dio media vuelta sobre sus talones. Fritz seguía sentado en su silla con sus cosas ya dentro de la mochila.

–¿Todo bien, profesor? –preguntó Lina.

–Yo sí, ¿y tú? –dijo Fritz.

–Guay –dijo Lina haciendo equilibrios, primero en un pie, luego en el otro–. ¿Por qué sigues aquí sentado?

–Porque sí.

–Pero vas a perder el autobús.

–¿Me estabas esperando? –a Fritz se le escapó una sonrisa.

–No, claro que no –repuso Lina. Qué se había creído ese chiflado, pensó airada.

–Pues entonces... puedes irte.

–¿Pero tú a qué esperas? –quiso saber Lina y se sentó a su lado sobre la mesa.

–Da igual qué autobús tome. Mi hermano y mi padre no llegan a casa hasta la noche.

–¿Y hasta entonces tienes que estar solo?

Fritz asintió.

–Pero no importa.

–No, claro que no –Lina reflexionó unos instantes–. ¿Qué te parece si te invito a comer un helado? Me ha sobrado dinero del billete. Luego cogemos juntos el siguiente autobús, o el otro.

Al decir esto, Lina se puso roja como un tomate; no recordaba cuándo había dicho por última vez tantas frases seguidas, y coherentes.

–No tienes que invitarme –dijo Fritz tamborileando con los dedos en el tablero de la mesa.

Será que no le apetece o que no se atreve a expresar sus deseos, pensó Lina insegura. En cualquier caso, de lo que sí estaba completamente segura era de que sola no se subiría al autobús.

–Ven, no te quedes ahí solo papando moscas –esta era la frase que su padre decía cuando empezaba a perder la paciencia. Y en este caso también surtió el efecto deseado. Fritz se puso en pie.

–Vale, si insistes –se colocó la mochila y dijo–: A propósito, ¿sabías que, desde el punto de vista puramente físico, los cerdos no pueden mirar al cielo?

–No, no lo sabía.

Salieron juntos de la escuela y caminaron al sol. Hacía un tiempo perfecto para ir a comer un helado, y a Lina la idea de tener que coger el autobús ya no le pareció tan terrible. Si tienes compañía, pensó, no doblas tus fuerzas, las multiplicas por cien. Así se sentía. Bien. Tan bien que incluso le apetecía hablar sobre ciempiés; giró la cabeza para mirar a Fritz cuando, de repente, oyó que alguien la llamaba por su nombre.

–Lina, Lina –era una voz de mujer–. Lina, ¿dónde te habías metido? –una voz de mujer bastante enfadada–. ¿Qué haces perdiendo el tiempo por ahí, morritos? –una voz de mujer que era precisamente la de su madre.

Lina agachó la cabeza. Se le había olvidado por completo que, esa mañana, cuando su padre le preguntó si quería que la vinieran a buscar, no había podido imaginarse algo más maravilloso y había asentido con la cabeza.

¿Y ahora? Ahora todo era diferente. ¡Qué rápido podían cambiar a veces las cosas!

Su madre se le acercó taconeando y diciendo:

–Lina, ¿es que no te enteras? Tenemos que darnos prisa. Mi próximo paciente ya está esperando y... ¡Eh!, ¿tú quién eres? –dijo mirando en dirección a Fritz.

–Es Fritz –explicó Lina.

–Hola, Fritz, encantada. ¿Qué tal? Perdona, pero tenemos prisa. ¡Lina, ven ya! –cogió la mano de su hija y la arrastró hacia el coche.

En la cabeza de Lina los pensamientos revoloteaban desordenadamente. ¿Por qué no decir simplemente que no? También podía explicarle a su madre la situación y preguntarle si podía ir a comer un helado con Fritz, o a él si quería venirse con ellas. O... ¡Oh, cuántas posibilidades! ¿Qué debía hacer? ¿Cómo iba a decidirse tan rápido! Lina desistió. Se giró para mirar a Fritz que, con los hombros caídos, se quedaba solo en medio del patio de la escuela.



Sus ojos de repente parecían muy sombríos.

Capítulo 17



–¡R ecórcholis! –maldijo Gustav VII–. ¡Ay, ay, ay! ¡Por Dios santísimo! ¡Pero será posible! –reflexionó–. ¡Qué tragedia! –exclamó finalmente.

–¡Qué tragedia! –lo remedó Agathe–. Oye, Gustav, contrólate un poco.

Gustav estaba sentado en la cocina, sobre el frigorífico, observando a Lina y a sus padres, que en ese momento se sentaban a cenar, y seguía lamentándose en voz baja.

–Gustav, quieres hacer el favor de parar. Eso no nos ayuda en lo más mínimo –dijo Agathe plantándose frente a él.

–¡Déjame! ¡Jopé, jopé! Han pasado casi dos días y hasta el momento no ha funcionado nada, lo que se dice nada. Mira la cara que pone Lina.

Agathe observó la cara de tristeza de Lina.

–Tienes razón. Pero lo que no entiendo es qué tiene contra la comida. Si yo pudiera... quiero decir, me gustaría probar –dijo señalando los platos–. ¿Qué será eso?

Como si Lina hubiera leído los pensamientos de Agathe, tiró de la manga de su padre, que era quien cocinaba los miércoles, y le preguntó con desconfianza:

–¿Qué es esto?

–Gratinado de mijo con verduras y tofu –contestó su padre con cara radiante–. ¡Sírvete!

Gustav arrugó el entrecejo.

–Ay, ay, ay –y para terminar otro–: Ay.

–Me estás poniendo de los nervios –exclamó Agathe–. ¡Espera un poco a ver qué sucede!

–No hacemos más que esperar –rezongó Gustav–. Todo el santo día vamos arrastrándonos tras Lina, la miramos, esperamos y cuando intervenimos brevemente seguro que metemos la pata. Yo ya no sé qué hacer.

–¡Pues qué pronto tiras la toalla, chico!

–¿Qué tal te fue en la clase de yoga? –preguntó la madre mirando a la hija con atención.

–¿Cómo me iba a ir? –gruñó Lina–. Como siempre.

–¿Qué habéis hecho?

–Yoga.

–Ya, ¿y?

–¿Y qué?

–¿Te divertiste?

–Sí, claro. Cómo no –a veces no había más remedio que mentir cuando uno se sentía tan impotente.

–¡Jolines, Lina! –suspiró su madre–. ¡Podrías ser un poco más simpática! He tenido un día bastante agotador con muchos problemas. ¿A que tú no tienes problemas? ¿O me equivoco?

Lina apretó los labios.

–Reconocer sus errores es lo primero que uno ha de hacer para mejorar –añadió la madre–. Pero, dime, morritos, el chico de esta tarde parecía bastante simpático. ¿Es de tu curso?

Lina asintió con la cabeza.

–¿Y tiene nombre? –preguntó el padre.

Lina asintió con la cabeza.

–¿Y tengo que adivinarlo? –insistió.

Lina no tenía ganas de hablar de Fritz porque el recuerdo de sus ojos tristes seguía clavado en su memoria y aún le pesaba no haber ido con él a comer un helado y no haberse fumado la clase de yoga. Si lo hubiera hecho no habría perdido ese espléndido día de verano encerrada durante hora y media con Marie, la profesora, a la que no soportaba, en aquella sala con el aire enrarecido. Todos los demás alumnos habían hecho novillos, a lo mejor se habían ido a nadar. Por eso Marie estaba de mal humor y reprendía a Lina cada dos por tres corrigiendo con brusquedad sus posturas. Tía petarda.

–Se llama Fritz –dijo.

–¿Y cómo es? –preguntó la madre comenzando a cenar.

–Ni idea –Lina se encogió de hombros. Luego, de repente, se acordó de algo. Levantó un brazo, estiró la cabeza hacia delante y la lengua todo lo que pudo.

–¡Lina! –exclamó su madre–. ¿Qué haces? ¡No ves que estamos cenando!

–¿Eso aprendes en yoga? –preguntó el padre con sincero interés.

A Lina le empezó a doler el cuello de modo que desistió. Gustav sonrió. Fritz tenía razón, los humanos, en efecto, no podían lamerse su propio codo. ¿Acaso podían los ángeles? Pero antes de poder intentarlo oyó que Agathe respirada hondo aspirando y exhalando aire por la nariz. Luego levantó la cabeza, sacó la lengua, abrió mucho los ojos y pegó un aullido:

–Uaaaaahhhhhhhh.

Gustav, que se había llevado un susto enorme, le espetó:

–Pero ¿qué haces?

–El león rugiente –explicó Agathe pelando los dientes–. ¿No te acuerdas? Hace

un momento lo hacían en la clase de yoga. De veras sienta bien, deberías intentar hacerlo tú también alguna vez.

–Estás chalada.

Agathe ya estaba haciendo equilibrios sobre una pierna, levantó los brazos, juntó las palmas sobre la cabeza y sonrió.

–Esta es la posición a la que llaman «el árbol». Es buena para la concentración.

–Bueno, que te aproveche –dijo Gustav que estaba que trinaba. Sencillamente no lograban ponerse de acuerdo y, a decir verdad, a Agathe, que seguía haciendo su gimnasia como si tal cosa, no le estaba siendo de gran ayuda.

De pronto, Agathe empezó a tambalearse y a oscilar, y luego se cayó cuan larga era.

No, Gustav no se rio. Al fin y al cabo era un ángel.

Pero Agathe soltó una sonora carcajada, casi podría decirse que se moría de risa, sacudió sus rizos rubios, se sentó con las piernas cruzadas, levantó la vista hacia Gustav y le dijo:

–¿Sabes qué? Funciona. Ya tengo una idea.

Capítulo 18



Lina garabateaba. Estaba tumbada en el suelo y tenía delante un grueso pliego de papel y un reguero de ceras de todos los colores. Aún no sabía qué dibujar y en realidad no tenía ningunas ganas de ponerse a hacerlo. Ya conocía esa sensación de desgana, pero hacía tiempo que no se dejaba vencer por ella. Al fin y al cabo, algo había que hacer hasta la hora de ir a la cama.

Puesto que no se le ocurría nada más, comenzó por dibujarse a sí misma. Se puso ojos grandes y marrones, largas pestañas, una nariz delgada orientada hacia el cielo, una falda larga con muchas lentejuelas y una chaqueta vaquera. Luego cogió de nuevo la cera marrón y se pintó largos rizos. Creía que, si tuviera el pelo largo, este tendría rizos, pero no podía estar segura porque cada mes su madre la sentaba en el borde de la bañera y le cortaba el pelo. Le encantaba cortarle el pelo, como ella misma confesaba.

—Estás muy mona con el pelo corto —decía su madre cada vez que, entusiasmada, contemplaba su obra desde todos los ángulos.

Si algún día algo volvía a ilusionarla —cosa que hoy por hoy le parecía improbable—, le diría a su madre que desde ese momento ya no se sentaría nunca más en el borde de la bañera. Dejaría crecer su pelo hasta el culo, sí señora, y se haría todo tipo de peinados. Se pondría pinzas de colores, se lo ataría en colas de caballo y trenzas. De repente sintió el impulso de correr al salón y anunciarles a sus padres su decisión. Pero luego pensó que mejor no. Había tiempo. Ya lo haría...

Lina contempló el dibujo que había hecho distraídamente. Para su sorpresa constató que en el papel ya no estaba sola. A su lado había un chico delgado, una cabeza más bajo que ella, con gafas en la nariz y una gruesa bufanda en el cuello. No era difícil saber de quién se trataba. Era Fritz.

La niña lanzó un suspiro. La cara de Fritz seguía grabada en su mente. ¿Por qué lo había dejado en la estacada? Probablemente el chico había estado toda la tarde solo en casa esperando a su padre y a su hermano sin hacer nada. No quería ni imaginárselo.

Quizá alguna vez podían hacer algo juntos. Cuando lo pensó, sintió una placidez interior muy reconfortante.

Hacer algo juntos, por ejemplo... Lina arrugó la nariz. ¿Ir a nadar? ¿Qué

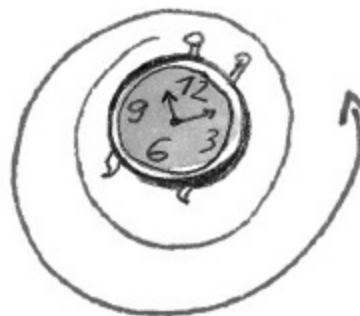
ocurrencia! Ella nunca iba a nadar. La sola idea de pasearse ante los demás en traje de baño le resultaba... ¡Horrible! No, ir a la piscina no era una buena idea. Entonces tal vez... Lina pensaba y pensaba. Después solo se le ocurrió ir al sitio que menos le gustaba visitar, el museo de etnología. Ahí al menos uno no tenía que quitarse la ropa y había un montón de vitrinas llenas de cosas sobre las que podrían conversar, si no se les ocurría nada mejor.

Entre tanto había dibujado otras dos figuras que se divisaban al fondo borrosamente. Una mujer con el pelo rubio y rizado y un hombre un poco regordete con un solo pelo. Ambos llevaban puesto una especie de camisón. Aunque quisiera, Lina no hubiese podido decir por qué se le había ocurrido pintarlos.

Se dio la vuelta y se quedó tumbada boca arriba mirando el techo. En los próximos días el grano de Yuta ya tenía que haber desaparecido. Y entonces podía ponerse de acuerdo con Fritz para encontrarse en el museo.

No estaba del todo satisfecha con su idea, pero era mejor que no tener ninguna. Se incorporó, dobló el dibujo y lo metió en el cajón de su mesa.

Capítulo 19



Agathe y Gustav VII habían ido a sentarse en el contenedor de la basura en el patio. Y ahí seguían, sentados uno al lado del otro, mirando la bóveda estrellada. A Gustav le pareció estar sintiendo una especie de nostalgia del cielo, aunque antes se hubiera aburrido tanto en ese lugar. Pero la vida aquí en la Tierra tampoco era miel sobre hojuelas.

–¡Venga, dilo de una vez! –refunfuñó Gustav.

Hacía horas que Agathe, tras haberse dado de morros contra el suelo, había dicho que tenía una idea que primero debía madurar y luego se la revelaría. Desde entonces seguía sentada en el contenedor de la basura, sumida en un mutismo absoluto.

–¿Alguien en casa? –exclamó Gustav dándole unos golpecitos en la sien, al tiempo que pensaba: si ahora esta me sale con su dichoso «ojo al parche», empezaré a bufar.

Agathe ni siquiera se inmutó. Después, pasados unos instantes, susurró:

–Enseguida. No tardaré en acabar de pensarlo y te lo diré –volvió a apretar los labios y contempló el cielo estrellado.

–Bien. ¡Ojo al parche! –dijo mucho después.

A decir verdad, Gustav entre tanto estaba un poco desalentado. Su barbilla se abatía sobre su pecho, y, sin embargo, al oír el «ojo al parche» enseguida se enderezó.

–Creo que ahora te lo puedo decir.

–¡Ya era hora! –rezongó Gustav picado por la curiosidad.

–Eso es. «Hora» es la palabra clave. En el cielo, como tú bien sabes, las horas, los días, el tiempo en general no tiene ninguna importancia. O lo que es lo mismo: no existe –le dijo Agathe fijando en él su mirada.

–Estupendo. Y para decirme eso has tenido que pensar durante horas. Pero si eso lo saben hasta las criaturas –Gustav estaba decepcionado.

–Pues no, no lo saben. Aquí en la Tierra todo es diferente. Mejor dicho, los

humanos piensan que es diferente. Porque para ellos los hechos se suceden en un determinado orden. Lina estaba en la escuela, luego en la clase de yoga; ahora está dibujando en su habitación y dentro de nada se irá a la cama. Así es, ¿verdad?

Hasta ese momento Gustav no se había percatado de que, desde que estaba en la Tierra, era justo esa la percepción del tiempo que tenía y que en el cielo ignoraba que existía.

–Sí que es verdad.

–Pero nosotros no tenemos que dejarnos confundir. Sabemos que no es así. Es difícil de explicar, pero lo sabemos.

–Hummm... ¿Y de qué nos sirve saberlo?

–¡Ojo al parche! –Agathe se apeó de un salto del contenedor de la basura y empezó a pasearse de un lado a otro—. Ha sido una casualidad que hayamos caído aquí en el momento en que Lina tiene once años. Pero por lo visto aquí no adelantamos nada. Sencillamente no llegamos a su corazoncito. Por eso, antes, en la clase de yoga, se me ocurrió... –Agathe volvía a mecarse en una pierna, levantando los brazos sobre la cabeza—... que podíamos visitar a Lina diecinueve años más tarde. En el futuro.

–¿Q-u-é d-i-c-e-s? –Gustav pronunció las dos palabras estirándolas de forma muy artificial.

–Ah, sí, perdona. Tienes razón, es incorrecto decir diecinueve años más tarde, porque como hemos dicho en realidad no existe el tiempo como lo conciben los humanos. Pero, para no complicarnos la vida, vamos a llamarlo futuro.

–¿Quieres viajar al futuro?

–No es exactamente un viaje lo que quiero hacer –Agathe rio entre dientes—. Somos ángeles, podemos estar aquí o allá. No tiene secreto.

Gustav saltó ahora del contenedor de la basura y fue a parar justo al lado de Agathe que, en su intento de mantenerse derecha sobre un solo pie, volvía a estar en peligro de perder el equilibrio.

–Ponte recta –le ordenó Gustav.

–Sí, señor –dijo Agathe riendo maliciosamente.

–Bueno, supongamos que estoy de acuerdo con el plan –dijo Gustav levantando el índice—. Y que conste que no he dicho que lo esté, solo es una suposición.

–Vale, solo una suposición –Agathe seguía riendo maliciosamente.

–Lo que haríamos entonces sería visitar a Lina a la edad de... –hizo rápidamente el cálculo—. Treinta años.

–Exacto. Lo has comprendido –dijo Agathe aplaudiendo.

–¿Y por qué? –preguntó Gustav.

–Vamos a echarle un vistazo a la Lina adulta.

–¿Y por qué?

–Vamos a averiguar si, a los treinta, Lina es feliz. O, digamos, si está contenta –

Agathe dio una vuelta alrededor de Gustav—. Veremos si es capaz de reír.

—¡Ajá! —Gustav seguía sin comprender del todo.

—Primero esto nos facilitará la tarea —continuó Agathe—. Pues, si vemos que es capaz de reír, sabremos con una probabilidad relativamente elevada que hemos contribuido a ello, ¿verdad?

—Pero hasta ahora no lo hemos hecho.

—Exacto. Pero tal vez encontremos en la Lina de treinta años un indicio de cómo debemos ayudarla a sus once años.

—¡Santo cielo, esto sí que es complicado! —Gustav empezó a rumiar—. Si en diecinueve años Lina es feliz, entonces en el pasado tiene que haber sucedido algo que haya hecho que así sea. Por ejemplo, ahora mismo. Pero aún no ha sucedido nada, es decir..., ¿por qué habría de irle mejor en el futuro?

—Ay, Gustav. Tú sí que complicas las cosas. Además, estás pensando de nuevo en el tiempo como se entiende aquí en la Tierra. Ven, anda, vamos a darnos un garbeo por allá. No está de más. Quizá no haya más remedio que mirar hacia el futuro para saber qué es lo que hay que cambiar en el pasado y así el futuro sea... —ahora también Agathe parecía confundirse, pues empezó a emitir una de sus tosecillas—. Mira, mejor dejás de hacer tantas preguntas. Todo se andará. Tenemos que confiar en nuestras habilidades de ángeles —Agathe le lanzó una severa mirada para preguntarle—: Y bien, ¿te apuntas?

—No sé, no sé —en realidad a Gustav no le parecía mala la idea. Al menos sonaba interesante. Ver a Lina de adulta podía ser interesante, por supuesto. Y a lo mejor con ese extraño viaje en el tiempo hasta conseguían que se produjera un milagro. Y, si no, tampoco iba a pasar nada—. No sé, no sé —masculló de todas formas meneando la cabeza.

—¡Choca esos cinco! —le dijo Agathe tendiéndole la palma de la mano.

—Vale. Pero bajo tu responsabilidad —dijo estrechándosela con fuerza—. ¿Y cuándo partimos?

—Ahora mismo, claro.

—Claro —Gustav volvió a mirar al cielo, como si las estrellas le pudieran decir si la decisión era correcta. Pero las estrellas no se movieron.





Capítulo 1

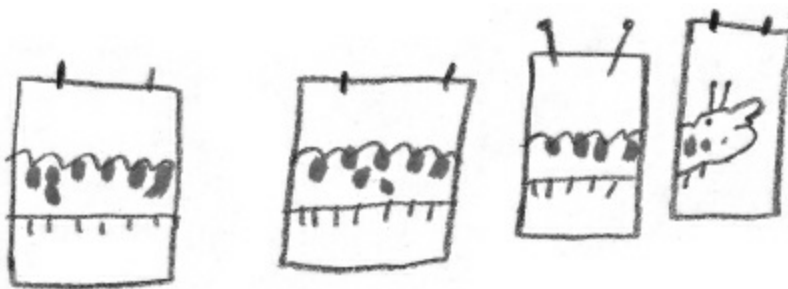


Gustav no tenía ni idea de cómo lo habían logrado. Solo sabía que ahora se hallaban en una habitación con una gran mesa de comedor plateada en la que había –y eso era lo interesante– dos personas sentadas.

Un hombre y una mujer.

Tomaban café, al menos olía a aroma de café, pero cuando Gustav se inclinó hacia delante para echar un vistazo a las tazas descubrió que se trataba de una bebida de color rosa, para él desconocida. La mujer tenía el pelo castaño oscuro, corto y desordenado y graciosos ojos redondos.

–Lo encuentro desconcertante –confesó Gustav.



–¿Qué es lo desconcertante? –musitó Agathe, y en la expresión de su cara él notó que también lo era para ella.

–Bueno, la pregunta es si ya estamos en el lugar correcto y si esta es... –dijo señalando a la mujer–. ¿Lina?

–Comprendo lo que quieres decir –Agathe arrugó el entrecejo–. Yo también hubiera dicho que a los treinta Lina tendría el pelo largo, después de haberse lamentado tanto por tenerlo corto y...

–No, no es eso lo que quiero decir –la interrumpió Gustav–. Quiero decir... –el

ángel extendió los brazos en un gesto de impotencia—. Todo esto es muy raro. Fuera es de día, los dos parecen estar desayunando y hace un momento tú y yo estábamos sentados en el contenedor de la basura mirando el cielo estrellado. Ay, Agathe, no sé si hemos hecho bien.

—¿No te estarás preocupando por si es de día o de noche cuando nos hemos saltado diecinueve años? Limitémonos a oír lo que dicen.

—¿Y quién es él? ¿El tipo este?

—Pues todo parece indicar que es su novio. O su marido. Esperemos a ver.

—Bien —Gustav se cruzó de brazos, ladeó la cabeza y aguzó los oídos.

—¿... hoy de nuevo? —oyó que decía la mujer que, según él, era Lina—. Jolín, pero si es domingo. Mira, propongo que acabemos de desayunar tranquilamente y luego vamos a pasear un poco. O a nadar. O al cine. Me encantan las matinés.

—Lo siento, cariño, tenemos que posponerlo otra vez —repuso el hombre pegando un mordisco a un panecillo con forma de estrella—. Por desgracia es imprescindible que vaya al laboratorio, por los experimentos, ya sabes...

—Sí, sí.

—No te enfades conmigo, Caro. Seguro que es la última vez —el hombre la miró—. Y esta noche te invito al cine y luego a cenar a un restaurante elegante.

—¿Caro? —espetó Gustav lanzando a Agathe una mirada inquisitiva—. ¿Nos hemos equivocado de piso?

Agathe frunció los labios con desdén dejando caer las comisuras.

—Ay, Gustav, te has distraído de nuevo, no pusiste atención a lo que se te dijo, ¿verdad?

—¿Cómo que de nuevo? ¿Qué quieres decir? —Gustav adelantó la barbilla con aire ofendido.

—¡Olvídalo! ¡Ojo al parche! Lina. Caro. Caro. Lina. ¿Te enteras?

—¿Cómo? Caro-Lina...

—El nombre completo de nuestra protegida es Carolina, Carolina Mücke, así se nos dijo. ¿Ya has caído? Agathe arqueó tanto las cejas que estas desaparecieron bajo sus rizos.

De repente Gustav recordó.

—Es verdad. Se me había olvidado. O sea que ahora se hace llamar Caro.

—Por lo visto así es. ¡Chisss! Sigamos escuchando.

Gustav y Agathe rodearon la mesa para mirar al hombre con detenimiento. Era alto, tenía el pelo rubio y los hombros notablemente anchos. Sus ojos azules irradiaban felicidad, como si todo cuanto necesitara para sentirse feliz lo tuviera delante de él.

Caro le cogió la mano y dijo:

—Lo del restaurante elegante te lo tomo al pie de la letra. Te saldrá cara la broma —dijo Caro riendo sonoramente.

Y Gustav y Agathe encontraron que esto era más llamativo que todo lo demás. Ella reía. Y además a carcajadas. Agathe llevó a Gustav aparte para decirle:

–Con esto está comprobado que nuestro plan ha tenido éxito. Lina –o Caro– ríe y se carcajea, come panecillos con forma de estrella, bebe mejunjes de color rosa y tiene a alguien que la quiere. Por consiguiente, podemos irnos.

–Un momento, jovencita –Gustav levantó un índice en señal de severa advertencia–. No tan deprisa. Primero, ¿qué tienen que ver los panecillos con forma de estrella con lo que nos ocupa? Y además..., ¿no te parece conocido este hombre?

Agathe se encogió de hombros.

–No, ¿por qué?

–A mí su cara me suena. Pero ¿de qué?

–Caro, ¿sabías que las cobayas solo chillan a los humanos? –oyeron que preguntaba.

–No puede ser –exclamó Gustav–. ¿Será posible que este sea...? –sacudió la cabeza–. ¿Acaso es este nuestro pequeño Fritz?

Agathe se restregó los ojos.

–De veras sorprendente.

–¡Jolín, profesor! –oyeron decir a Caro levantándose de un salto para luego rodear la mesa e ir a sentarse en el regazo de Fritz y dejarse hacer cosquillas por él. Gustav no pudo reprimir una risita. ¿No era eso lo mismo que hacían los padres de Lina en el desayuno? ¿No era eso lo que siempre irritaba a Lina? En fin, los tiempos cambian. Aunque hablar de eso seguía siendo complicado. Sabía que en el fondo todo sucede al mismo tiempo, pero no sabía por qué, y menos aún lo que eso significaba para el transcurso de la vida de un ser humano... Desistió. Él jamás resolvería el enigma, al menos no a corto plazo.

Cuando al final Fritz dejó de toquetear a Caro, a esta le corrían las lágrimas por las mejillas y dijo resoplando:

–Profesor, lo que está claro es que tú no has cambiado en lo más mínimo.

¡Que no había cambiado en lo más mínimo! Gustav, desde luego, no lo hubiera dicho. Pensó en el pequeño Fritz, el niño pálido con gafas enormes que acababa de ver hacía unas horas y luego observó a este hombre alto y fuerte con voz profunda. No podía creerlo. Los seres humanos son curiosos, de alguna manera, pensó.

–¡Venga, vámonos! –gritó Agathe.

–¿Cómo vamos a irnos? –Gustav hacía aspavientos.

–Suficiente. Ha sido un placer. Gracias por todo. Y tú y yo, ahora, pies en polvorosa –Agathe levantó los brazos como queriendo flotar por los aires. De manera que Gustav tuvo que retenerla cogiéndola con cuidado por los hombros.

–¿No estarás hablando en serio? ¿No pretenderás marcharte así como así?

–¿Acaso no puedo?

–No, no puedes.

Agathe puso ojos de lechuza.

–Pero si a Caro le va bien, ríe –para mi gusto, un poco demasiado–, o sea, que todo marcha de maravilla. Misión cumplida.

–Pero este es el futuro –repuso Gustav–. Y no tenemos ningún indicio de lo que debemos hacer con la pequeña Lina para que cuando sea mayor se convierta en esta Caro que tenemos delante.

–Pero si ya es así –dijo Agathe señalando a las dos personas–. Lo estás viendo con tus propios ojos. No tengo la menor idea de lo que ha sucedido, pero ¿acaso tiene importancia?

–¿Y nuestra tarea qué?

–Cumplida.

–PARA NADA –asustado, Gustav cerró la boca. En efecto había gritado, pero es que Agathe a veces tenía el poder de sacarlo de sus casillas. Con esta mujer no se podía hablar razonablemente–. Para nada –repitió en un tono bastante más bajo, cuando, furiosa, Agathe le dio la espalda–. Agathe, por favor, no hemos cumplido con nuestra tarea. Está bien, veo que Caro, a sus treinta años, parece bastante contenta, pero, si no hacemos algo, a lo mejor eso quiere decir que está contenta por otros motivos que no son mérito nuestro. Quizá hayamos fracasado y hayan tenido que mandar a otros ángeles a la Tierra para que lo hagan mejor que nosotros.

–¿A otros ángeles? –musitó Agathe asustada.

–¿Cabe la posibilidad, no? –Gustav dejó caer los hombros. Le entraron escalofríos nada más pensarlo.

–Jopé... –Agathe no se movía.

–¿Entiendes lo que quiero decir? –masculló Gustav suplicante.

–Bueno, pues...

–¿Pues qué?

–Pues que... –Agathe emitió una tosecilla, se dio media vuelta y dijo apocada–: podrías tener razón.

–Menos mal que lo reconoces –Gustav respiró aliviado–. Entonces observemos un poco más y reflexionemos...

–Podríamos hacer una foto y llevársela a Lina –propuso Agathe–. Le enseñamos cómo brinca alegremente sobre el regazo de Fritz y, al saber que será así, procurará que cambie por completo su actitud ante la vida.

–¿Una foto? –Gustav torció el gesto–. ¿Acaso llevas una cámara?

–Ja, ja, ja –dijo Agathe, sin mover un músculo de la cara–. Muy gracioso. Hacemos que los coches se estropeen, que a la gente le salgan granos, que las meriendas saludables se conviertan en panes con nutella y estos en meriendas

saludables, viajamos diecinueve años a través del tiempo, ¿y tú te preguntas si llevo una cámara?

–Bueno, visto así –Gustav hizo un gran esfuerzo por concentrarse–. Pero, así y todo, ¿cómo te las arreglarías para lograr tu propósito? ¿Piensas ponerle a Lina una foto debajo de la almohada? ¿Una foto en cuyo reverso se pueda leer: *Querida Lina, así de bien te sentirás cuando tengas diecinueve años más, o sea, alégrate en lugar de preocuparte?*

–Sí, más o menos así me lo imagino –respondió Agathe un poco avergonzada.

–¡Estupendo! –Gustav sacudió la cabeza–. No se lo creerá. Lo más seguro es que ni siquiera se reconozca a sí misma y piense que alguien ha querido gastarle una broma de mal gusto. No, una foto así no es suficiente, no basta para convencerla. Las fotos no hablan por sí solas y...

–... y por consiguiente –lo interrumpió Agathe–, lo mejor sería no llevarle la foto sino a ella misma.

–¿Cómo? ¿Puedes repetir lo que has dicho? –dijo Gustav atónito.

–Y por consiguiente, lo mejor sería no llevarle la foto sino su persona –repitió Agathe obedientemente.

–Sigo sin entender.

–Y por consiguiente, lo mejor sería no llevarle la foto... –dijo Agathe comenzando por tercera vez.

–¡Santo cielo! –volvió a explotar Gustav–. Si lo dices otra vez me dará un patatús.

–Chiss –Agathe lo miró estrechando los labios–. Para ser un ángel estás bastante tenso, ¿eh, Gustav?

–Perdona. A ver, vamos por partes, lo único que te pido es que me expliques lo que quieres decir con eso de que debemos llevarle a Lina su persona.

–Pero si es muy sencillo. Con una foto no se lo creerá. Pero a sí misma tiene que creerse. Las juntamos. O sea que Caro y Lina se encuentren, si prefieres decirlo así. Y hacemos que se pongan a charlar tan ricamente.

Gustav hizo un descomunal esfuerzo por comprender. De alguna manera aquello sonaba a locura. ¿Acaso era posible que alguien se encontrara y conversara consigo mismo? ¿Era posible semejante cosa? ¿No daría lugar a una catástrofe? ¿No tendría aquello unas consecuencias que ellos ahora mismo no podían prever?

Diosbenditodiosbenditodiosbendito, pensó Gustav. ¡Qué bien vendría ahora un pequeño consejo, un consejo celestial! ¿Lo hacemos? ¿De veras debemos hacerlo?

–¡Miedicas! –exclamó Agathe que parecía adivinar sus pensamientos–. ¿Qué puede pasar? Yo encuentro que es una idea guay. A mí también me gustaría encontrarme con mi yo de niña. Suponiendo que hubiera tenido esa edad –añadió un tanto compungida.

–¿Y cómo vamos a lograrlo?

–Eso, fíjate, no lo he pensado. Pero funcionará, como ha funcionado todo lo demás. Sencillamente porque queremos que así sea.

–Sí, muy bien, pero imagínate cómo se va a sentir Fritz cuando de repente Caro desaparezca de la mesa del desayuno. No podemos hacerle eso. Vamos, me parece a mí. ¿Tú qué crees?

Agathe no contestó.

–¡Ya sé! –exclamó Gustav triunfante–. ¡Qué maravilla, Gustav, eres genial! –dijo dándose palmaditas a sí mismo en el hombro–. ¡Ya sé lo que vamos a hacer!

–¿Y bien?

–La cama de los antepasados.

–¿Qué cama de qué antepasados? –preguntó Agathe.

–Cuando estaba solo con Lina en el museo de etnología, me las arreglé para que se encontrara con Fritz –Gustav no podía resistir la tentación de decirle a Agathe, de pasada pero con todas las letras, que en el fondo era él el responsable de la futura felicidad de Lina.

–Vale, muy bien, ¿y qué más? –balbució Agathe.

–En esa sala había una llamada cama de los antepasados. Si uno se tumba en ella, puede viajar a donde sus antepasados, al menos eso dicen. O sea, al pasado. ¿Comprendes?

–¿Y eso funciona? –preguntó Agathe incrédula.

–Ni idea. Pero ¿qué importancia tiene? Lo que haremos es procurar que a nuestra querida Caro se le ocurra ir a pasar el rato al museo de etnología. Puede que haga años que no va por ahí. Y luego nos ocupamos de que se tumbe en la cama de los antepasados. Esta vez funcionará.

–¿Y para qué todo el esfuerzo? –Agathe arrugó la nariz. Podemos enviarla ahora mismo de aquí al pasado y adiós pescado.

–Ay, Agathe –suspiró Gustav–. Estamos tratando con personas. A Caro, por ejemplo, esto le supondrá una enorme excitación. Hagámosle el asunto un poco más llevadero y encarguémonos de que al menos tenga alguna explicación de lo que ocurre. La cama de los antepasados será la culpable de todo. ¿Comprendes?

Agathe se quedó mirándolo largamente.

–No es mala idea –dijo luego–. Ya lo creo que no. Podría ser mía.

Capítulo 2



Caro y Fritz estuvieron todavía un buen rato desayunando, oyendo música, hablando y tomándose su brebaje color rosa; Gustav empezó a bostezar.

—¿A qué estamos esperando en realidad? —preguntó—. Podríamos simplemente continuar nuestro viaje hasta el momento en que Fritz tiene que ir al laboratorio y a Caro se le ocurre, como por iniciativa propia, ir al museo de etnología.

—Pero no sabemos exactamente cuándo va a suceder eso. Puede ser en cualquier momento y, si nosotros entre tanto seguimos viajando durante un par de horas, puede que al regresar ya todo haya pasado —dijo Agathe jugando con sus rizos.

Pasaron, en efecto, dos horas hasta que Caro y Fritz recogieron la mesa.

—Muy bien, profesor, ya me las arreglaré para pasar el tiempo hasta la magnífica cena de esta noche —dijo Caro—. ¿Y sabes qué haré? Me iré al museo de etnología —ella misma pareció sorprenderse de su idea.

—¿Al museo de etnología? —Fritz le pellizcó la nariz—. ¡Qué mono de tu parte! Fue ahí donde hablamos por primera vez. Eres una romántica.

—Ah, ya, es verdad —Caro se puso un poco colorada—. Es cierto.

—¿No lo habrás olvidado? —Fritz la miró consternado.

—Qué va, en absoluto —Caro le echó los brazos al cuello—. Te pregunté si crecerías.

—Y no tuviste el coraje de tumbarte en la cama de los antepasados —dijo Fritz riendo.

—No es verdad. Coraje no me faltó, pero sí me faltaban ganas —aseguró Caro—. ¿Y por qué no te tumbaste tú?

—Porque yo, claro, estaba seguro de que eso no puede funcionar —afirmó Fritz.

Caro le acarició el pelo.

—Ay, profesor. Tú siempre has sido *tannnnn* inteligente —se colocó sobre las puntas de los pies y lo besó en la barbilla—. Ya empiezo a echarte de menos.

—¿No son un primor estos dos? —susurró Gustav a Agathe al oído, luego carraspeó. Él también se olvidaba a veces de que los humanos no podían oírlo.

—Muy tiernos —Agathe tiró de su manga y le dijo—: ¡Ojo al parche! Tenemos que

unir nuestras fuerzas para concentrarnos en la tarea que nos han encomendado, Gustav. Creo que esta vez es absolutamente necesario que colaboremos de verdad. La tarea es demasiado difícil para uno solo.

–De acuerdo –Gustav estrechó la mano que ella le tendía–. Primero tenemos que acordar en qué momento ha de aparecer Caro después de haberse tumbado en la cama de los antepasados.

–¡Santo cielo, en eso no había pensado! –Agathe frunció la nariz–. Hacerla aparecer en medio de la noche en la habitación de Lina no será una muy buena idea, ¿no?

–Más bien no. Si a las dos se les para el corazón del susto, buena la habremos armado –Gustav intentaba concentrarse. No les quedaba mucho tiempo, pues Carolina ya se había puesto los zapatos–. En todo caso tiene que ser durante el día –decidió.

–¿En la escuela?

–No rotundo. ¿Cómo podría explicárselo a sus compañeros?

–Pero en su casa tampoco puede ser.

–No.

–Entonces solo queda... –Agathe sonrió.

–El museo de etnología –exclamaron ambos al unísono.

–Eso es lo más sencillo. El sitio sigue siendo el mismo. Solo tenemos que ocuparnos de que Lina esté en ese momento en la sala en la que Caro va a aparecer –determinó Gustav.

–Y de que esté sola. ¡Yupi! –dijo Agathe aplaudiendo–. Esto está requetebién. O sea, nos encargamos de que la cama de los antepasados funcione y que Carolina aterrice mañana por la tarde hace diecinueve años... –se interrumpió confundida–. Bueno, ya me entiendes.

–Mañana por la tarde hora de Lina. Es eso lo que quieres decir, ¿verdad?

–Exactamente. Digamos que a las cuatro. Y además debemos conseguir que en ese instante Lina esté sin falta en el museo de etnología.

Gustav le dirigió una mirada severa.

–Y tú encárgate ya de una vez de hacer desaparecer el grano de la nariz de Yuta.

–¿Yo? –Agathe lo miró con cara de inocente–. ¿Por qué?

–Bah, da igual. Ya se curará por sí solo.

De repente todo quedó en silencio. Hasta entonces Fritz y Caro habían conversado en voz alta, pero ahora no se oía una palabra. Gustav miró hacia la izquierda. No era de extrañar. Estaban besándose, abrazados el uno al otro como náufragos.

La idea había dado tantas alas a los ángeles que ambos flotaban de un lado para otro detrás de Caro describiendo curvas y permitiéndose algún rizo de vez en

cuando. Al llegar al museo de etnología, Caro parpadeó mirando una máquina y a continuación se abrió una barrera. Gustav se sorprendió. Ya no se necesitaba a nadie en las taquillas; por lo visto la entrada se pagaba desde la cuenta bancaria y para identificarla bastaba un reconocimiento ocular de su dueño. Quién sabe si habría aún billetes o si, por el contrario, existiría otro sistema de pago completamente diferente que Gustav, de buenas a primeras, no podía imaginar...

Pero daba igual, lo importante era que la cama de los antepasados siguiera existiendo después de diecinueve años.

En el museo de etnología el tiempo parecía haberse detenido. Aparte de la curiosa máquina para pagar las entradas, prácticamente no había cambiado nada, y Gustav observaba cómo Caro iba derecha a la sala en la que se había encontrado a Fritz hacía diecinueve años y cómo emocionada derramaba tres lágrimas.

Luego miró largamente a los maniquís de la vitrina que tenían un aspecto bastante real y que, como hacía diecinueve años, seguían fabricando adornos y herramientas. A continuación se giró hacia la izquierda y observó la cama de los antepasados; la sostenían cuatro gruesas patas talladas y no parecía muy cómoda que digamos. Probablemente porque no había colchón.

—Ahora, tumbate en ella —le susurró Agathe—. ¡Venga, tumbate! ¡Te digo que TE TUMBES! —le ordenó enérgicamente.

Caro miró furtivamente a su alrededor y se sentó en el borde de la cama. Parecía estar pensándose de nuevo, luego se dejó caer hacia atrás. Colocó su cabeza sobre una tablilla de madera que debía de hacer las veces de almohada. Una almohada de madera, pues.

Gustav estaba radiante. Todo marchaba sobre ruedas. Cogió la mano de Agathe.

—¿Qué significa esto? —rezongó ella.

—Así fluye mejor la energía —aseguró Gustav, sin saber de dónde le venía esa idea. Luego ambos cerraron los ojos y se concentraron tan intensamente como pudieron en su objetivo. Museo de etnología. A las cuatro de la tarde. Mañana hace diecinueve años. Por así decirlo.

Se oyó un ruido que sonó como un *ziiing*. Gustav y Agathe se inclinaron nerviosos hacia delante. Pero para su decepción había muy poco que ver. Ni rayos ni humo espeso..., solo un poco de polvo. Vieron entonces cómo Caro abría los ojos, sorprendida. Y se esfumaba.



Capítulo 3

—Ha llamado Yuta —dijo la madre de Lina durante el desayuno después de las noticias—. Dice que ya no está enferma.

Ajá, conque ya no está enferma, pensó Lina. Tuvo que reprimir la risa para lo cual bebió un sorbo de té verde.

—Irás a buscarte a la escuela esta tarde, a las tres. Luego haréis algo entretenido, ¿verdad, morritos?

Lina asintió con la cabeza:

—¿Tienes alguna idea? —su madre esperaba una respuesta.

—El museo de etnología —masculló Lina con la boca llena.

—¡Lina! —la reprendió su padre desde detrás del periódico.

Lina acabó de masticar, bebió un sorbo de té, tragó todo y repitió:

—El museo de etnología.

—¿Con el buen tiempo que hace? —su madre arrugó la nariz—. ¿Por qué no hacéis algo al aire libre? Es verano, puedes olerlo en el aire, saborearlo, palparlo.

Lina se encogió de hombros. Se había propuesto preguntarle a Fritz si se apuntaba. Casi le parecía que le hacía ilusión ir a la escuela. En parte era así. Pero en realidad no podía ser.

—Lina, a veces me preocupas de verdad —dijo su padre cerrando el periódico—. No quieres..., por ejemplo... —reflexionó unos instantes— ¿jugar al fútbol?

—¡Anton, qué ocurrencia! —dijo su madre riendo.

—Bueno, pues otra cosa por el estilo; qué sé yo, no se me ocurre nada. Podrías... practicar el monopatín.

La sola idea provocaba escalofríos a Lina.

—No, seguro que no —dijo.

—Vale —dijo su padre suspirando—. ¿Estás lista? Tenemos que irnos.

Lina no estaba segura de si debía alegrarse o no de que la llevara de nuevo en coche a la escuela. Y puesto que no estaba segura, no dijo nada.

—¡Toma, tu merienda! —dijo la madre poniéndole la fiambarrera en la mano—. Tostadas de arroz y queso de tofu y lonchas de almuerzo sin carne. Alimento para el cerebro.

—¡Qué guay, gracias! —comentó Lina con cara alegre, y guardó la fiambarrera en la

mochila.

–¿Me estás tomando el pelo? –su madre la observó con severidad.

–¿Por qué lo dices? –preguntó Lina con tono inocente.

–No sé, normalmente tengo la impresión de que mis meriendas creativas no te hacen mucha gracia.

Así era. Pero hoy era distinto, pues en el recreo cambiaría el tofu por un bocadillo de pan blanco con embutido. Y por extraño que fuera ya le hacía ilusión ver los ojos de Fritz, radiantes tras sus gruesas gafas, cuando ella le ofreciera las tostadas de arroz.

–No, me parece estupendo –explicó con seriedad–. Nadie en mi clase lleva una merienda como esta. Al menos eso creo.

–¡Hay milagros todavía! –dijo la madre–. Pero ahora, vete.

Su padre ya esperaba en el umbral.

Con Fritz solo podría hablar con tranquilidad a la hora del recreo porque él había llegado cinco minutos tarde a clase. El maestro le dirigió una mirada sombría, pero no lo reprendió. Antes de que Lina pudiera preguntarle por el motivo de su retraso, él ya le estaba preguntando si sabía que el graznido de un pato no producía eco.

–Oye, profesor... –empezó a decir Lina con cautela. No sabía cómo arreglárselas para averiguar con disimulo si le apetecía ir con ella al museo.

–También me pregunto por qué en las calculadoras los números están colocados de manera ascendente de izquierda a derecha empezando por abajo –dijo arrugando el entrecejo–. No me lo explico.

–Fritz...

–Y además me parece curioso que en las escaleras mecánicas la banda sobre la que uno coloca la mano siempre vaya un poco más rápido que la escalera misma –y tras pegarle un ruidoso mordisco a la tostada de arroz le preguntó–. ¿Te has fijado?

Lina emitió un gemido.

–No. ¿Quieres venir hoy conmigo al museo de etnología? –soltó a quemarropa sorprendiéndose de sí misma. En realidad, habría querido formular la pregunta con un poco más de tacto. No de esa forma tan directa.

–¿Y por qué las huchas son un cerdito y no, por ejemplo, una trucha? –Fritz hizo una pausa–. ¿Qué decías?

–Después de la escuela... –dijo Lina enfadada–. El museo.

–Oh, ¿tú y yo solos...? –le preguntó dirigiéndole una sonrisa.

–No del todo. Con Yuta...

–¿Quién es Yuta? ¿Una amiga tuya?

–No, Yuta me viene a buscar a veces a la escuela... –¡Dios, qué vergüenza!, pensó. ¿Cómo explicarle quién era Yuta?

–¿Y?

–... y luego se... –Lina no sabía cómo terminar la frase–, se ocupa de mí.

–¿Tienes una canguro? ¿No eres ya un poco mayorcita para eso?

Lina, furiosa, le propinó un coscorrón diciendo:

–Si tú supieras...

–Bueno, a ver, déjame pensar. ¿Decías que si hoy...? –Fritz cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás sobre la nuca–. A ver, hoy...

Exasperada, Lina jugueteaba con su pelo. ¿Qué se habrá creído este memo? Solo falta que ahora saque la agenda de citas de su mochila.

–Hoy, encantado –dijo volviendo a poner unos ojos muy grandes–. ¡Perfecto!

De repente a Lina le pareció como si el sol calentara un poco más.

–¿Se mueren las cobras si se muerden la lengua? –balbució Fritz.

Capítulo 4

Agathe y Gustav VII no se quedaron mucho tiempo más en el museo de etnología, después de aquel *ziiing* con el que Carolina había desaparecido de la cama de los antepasados. Para qué iban a quedarse.

Gustav estaba un poco pachucho. Ya era tarde, pero de todos modos se preguntaba si habrían cometido algún error y sobrepasado sus competencias. ¿Estaba permitido hacer que una persona viajase a través del tiempo y se encontrara consigo misma? ¡La de cosas que podían ocurrir! Qué exactamente no lograba imaginarlo, pero seguro que existía una buena razón para que en la vida de los humanos los sucesos siguieran un orden.

¿Adónde iríamos a parar si cada uno empezara a viajar sin ton ni son a través del tiempo para visitarse a sí mismo y...? En teoría uno podría reunir a varios «yos» diferentes alrededor de una mesa; un «yo» de cada década. Podría cogerse en brazos a sí mismo de bebé; sentarse a comer consigo mismo a los diez años, a los veinte y así sucesivamente; conocerse de joven o de abuelo, de niña o de mujer adulta... ¡Dios santísimo! Gustav tenía la cabeza como un bombo. No tenía sentido imaginarse semejante cosa. Ni siquiera podía figurarse cómo era eso de ser un niño o un vejestorio. Los ángeles no tienen edad, son como son y sanseacabó.

Gustav no pudo reprimir un gemido y abrió la boca para empezar a hablar, pero Agathe negó haciendo un gesto con la mano.

–Sé exactamente lo que quieres decir, Gustav –dijo susurrando–. Es demasiado tarde. Ahora se trata de observar lo que pasa.

Entre tanto Gustav había dado al menos cuatro vueltas a la cama vacía.

–Podríamos hacer que todo volviera a ser como antes. Rebobinar la película unos minutos hacia atrás y encargarnos de que NO funcione –propuso.

–¡Eres un gallina! –Agathe sacudió la cabeza–. Hay que ser consecuente con las decisiones que uno toma, ¿sabes? Hemos tomado una decisión, y ahora, a lo hecho, pecho. Hay que sacarle el mejor partido posible.

–¿Y eso qué significa?

–Significa que debemos volver a tiempos de Lina. Preferiblemente justo al momento en que se dispone a ir al museo de etnología –Agathe arrugó la nariz–. *Cof, cof.*

–¿Y eso qué significa? –preguntó Gustav con desconfianza.

–¿Qué?

–Tu tosecilla. Has tosido por lo bajo.

–¿Y qué?

Gustav la agarró por el cuello del camisón.

–Agathe, te conozco. Tus tosecillas no suelen significar nada bueno.

–Vale, vale, no te alteres –Agathe le retiró con cuidado las manos–. Es que me estaba preguntando si luego seremos capaces de devolver a Carolina a su tiempo. Nunca se sabe. Es posible que algo así solo salga bien una vez.

Eso era. Todo este tiempo Gustav había tenido la sensación de haber pasado por alto un detalle importante. La vuelta. Lanzó un fuerte suspiro.

–Pero no hay por qué alarmarse. Ya veras cómo todo sale bien –dijo Agathe mirándole con sus ojos azules.

Gustav no estaba tan seguro, pero por otro lado no se le ocurría nada mejor y ardía en deseos de volver al lado de Lina.

–¡Vamos, pues! –gritó–. Al museo de etnología hace diecinueve años, justo en el momento en que Lina aparece allí.

–De acuerdo –Agathe se le acercó un poco más–. ¿Sabes, Gustav?

–¿Qué? ¿Algo más?

Ella bajó la vista mirando hacia el suelo.

–Estoy muy contenta de que estemos juntos en esta misión.

Gustav no daba crédito a sus oídos. Tragó saliva y dijo:

–Vale, muy bien. Ahora, vámonos.

Capítulo 5



Tras la última hora de clase y con Fritz a la zaga, Lina salió de la escuela corriendo. No sabía exactamente por qué corría; sencillamente tenía ganas de hacerlo y constató que era una sensación agradable. ¡Hacía tanto que no corría! Antes esta era su forma habitual de desplazarse porque se cansaba mucho cuando caminaba despacio. Antes..., pero de eso hacía mucho tiempo.

Yuta estaba delante del portón. Hoy llevaba vaqueros, zapatillas de deporte y una bolsa color turquesa de lino colgada al hombro. ¡Vaya cambio, lo que hace la vestimenta!, pensó Lina. Yuta le resultaba así mucho más simpática que con sus tacones y sus pestañas largas. Aunque solo se dio cuenta de que estas volvían a ser normales cuando la tuvo justo delante. En ese momento también buscó el grano en su cara, pero no lo vio. Y era porque Yuta llevaba una tirita en la nariz.

–Hola Yuta –gritó Lina tendiéndole la mano–. Mira, te presento a Fritz.

–¿Hoy te ha dado por la formalidad? –Yuta la miró desconfiada–. Hola, Fritz.

–¿Qué tal tu gr...?

Yuta arqueó las cejas en un gesto de advertencia.

–Quiero decir: ¿ya estás bien?

–Más o menos –Yuta se llevó la mano a la nariz–. Estas cosas tardan, pero ya es mucho más pequeño..., quiero decir que está mucho mejor. Calculo que en un par de días ya...

Lina asintió con la cabeza. Le daba igual el tiempo que el grano tardara en desaparecer mientras lo llevase cubierto por la tirita y ella no tuviera que verlo.

–Fritz viene con nosotros –anunció Lina.

–Por mí que venga. He pensado que hoy podríamos... –Yuta hizo una pausa. Por lo visto no había pensado mucho– ¿ir al parque?

–¿A hacer qué? –preguntó Lina.

–Ni idea. Lo que se hace en un parque –Yuta se encogió de hombros–. Tumbarse al sol y eso.

De nuevo Lina no daba crédito a sus oídos. ¿De veras estudiaba psicología esta chica?

–¡Qué aburrido! –dijo Fritz tomando la palabra.

–Además, no es bueno para ti –continuó Lina–. El sol aja la piel –eso al menos

era lo que siempre decía su madre—. Imagínate si toda tu cara se pone morena menos tu gr...

—Vale, ya basta. ¿Qué hacemos entonces? —le espetó Yuta con brusquedad.

—Pues ir al museo de etnología, ¿adónde si no?

—¿Tenemos que ir ahí necesariamente? —Yuta dilató los ojos mirándolos con desdén—. No estoy arreglada como para...

—Pero nosotros sí —afirmó Lina—. Y si no quieres ir a la tienda del museo a comerte a Peter con los ojos, lo cual entendería —dijo Lina poniendo una sonrisa muy mona—, acércate a ver la exposición de los bambús en el antiguo Japón. Vale la pena, te lo aseguro —mintió.

Después de que Yuta, en efecto, doblara hacia la izquierda y se fuera a ver la exposición, Fritz propuso ir primero a tomar una coca-cola en la cafetería del museo.

Lina estaba encantada. Nunca antes había hecho algo así sin un adulto. Aparte de que no sabía cuánto tiempo hacía que no se tomaba una coca-cola.

—¿Crees que nos atenderán? —le preguntó en un tono vacilante.

—Por supuesto. ¿Por qué no iban a atendernos? —Fritz la miró de reojo.

—Pues porque a lo mejor no está permitido venir sin padres y...

—No hay que pensar siempre de antemano que algo NO puede hacerse.

—¿Por qué no? —Lina lo escudriñó con cara seria—. Uno siempre debería pensar bien lo que va a hacer, así sabe a qué atenerse y no se lleva sorpresas desagradables —ahora hablaba como su padre.

Fritz suspiró.

—¡Bobadas! Lo mejor siempre es lanzarse. Total, en el peor de los casos, ¿qué puede pasar? ¡A ver, dime! —dijo subiéndose las gafas con el dedo.

Memo. ¿Qué sabía él? Con sus enormes gafas y sus muchos libros y las extrañas preguntas que siempre andaba haciendo. Podían pasar un montón de cosas. Por ejemplo, podía suceder que...

—Bueno, vale. A por la coca-cola —Lina tomó la delantera entrando con la cabeza alta y se sentó en la primera mesa libre que encontró.

En efecto, la camarera escudriñó con atención a sus nuevos clientes.

—¿Y después de pedir podréis pagar? —preguntó de forma poco cortés.

—Por supuesto.

—A ver, que yo vea ese dinero —dijo la mujer poniéndose en jarras.

Fritz rebuscó en sus bolsillos e hizo tintinear unas monedas sobre la mesa. Lina hizo otro tanto volcando su monedero lila.

La mujer echó un vistazo rápido a las montañitas que tenía delante y gruñó malhumorada:

—Bien, dos coca-colas, ¿no?

Fritz miró a Lina con las cejas arqueadas.

–¿Sabías que originalmente la coca-cola era verde?

Lina se encogió de hombros.

–No, ¿por qué?

–¿Por qué no lo sabías?

–¿Por qué la coca-cola era verde?

–Hummm –Fritz arrugó la frente–. No tengo ni la menor idea.

–¿No es aburrido saber todo lo habido y por haber, pero no poder explicarlo? – quiso saber Lina.

Fritz lo pensó durante unos instantes. Luego se rio.

–Tienes razón.

Y luego todo fue muy fácil. Se pusieron a charlar. Así, sin más. Sin que les supusiera ningún esfuerzo. Y, durante todo ese tiempo, Lina tuvo la sensación de tener pajaritos en el pecho... ¿Era felicidad? ¿Era esperanza? Fritz contó que quería ser inventor o conserje. Lina confesó por primera vez que soñaba con un futuro de comisaria de policía. Luego le preguntó a Fritz por su madre, porque no podía imaginarse cómo era eso de levantarse por las mañanas, llegar a comer a casa, irse a dormir a la cama..., todo sin una madre.

–Puedo visitarla los fines de semana –dijo Fritz con valentía.

–¿Y eso es suficiente?

–No lo sé –dijo Fritz jugando con su vaso–. A lo mejor no. Pero los hijos de su amigo son bastante tontos. No me gusta mucho estar con ellos.

Lina decidió ser especialmente cariñosa con su madre por la noche.

–Seguro que reflexionará y volverá con vosotros, ¿no crees? –Lina le colocó una mano sobre el brazo–. A lo mejor ya se está cansando de los hijos ajenos y del amigo.

–Estaría bien –dijo Fritz enderezándose–. ¿Quieres otra coca-cola?

Lina asintió con la cabeza. En ese momento no podía imaginarse nada más maravilloso que estar sentada en una cafetería oscura bebiendo coca-cola y charlando mientras que fuera hacía un sol resplandeciente. Aunque Fritz hubiera retirado rápidamente el brazo que ella había tenido bajo su mano.

–Las jirafas tienen lenguas de hasta medio metro de largo –anunció a bote pronto–. Les sirven incluso para lavarse las orejas.

Lina estaba muy sorprendida. Esa novedad era bastante interesante.

Capítulo 6 - ¡Ziiiiing!

Gustav se alegró. Se alegró tanto que se dejó caer al suelo junto a la silla de Lina, cerró los ojos sonriendo y se limitó a escuchar. Escuchar cómo conversaban los dos chicos. No podía creer lo que oía. Y ni siquiera tuvo que mirarlos para saber que Lina sonreía de oreja a oreja. Lo percibía en su voz.

–Oh, oh –exclamaba con deleite.

De Agathe, en cambio, hacía tiempo que no tenía noticias. Giró la cabeza y vio que ella lo observaba atentamente.

–¿Qué pasa? –preguntó Gustav.

–Te sientes bien, ¿verdad? –preguntó a su vez Agathe.

–Efectivamente –contestó Gustav ensimismado–. Mira a estos dos; es maravilloso.

–Es verdad. Pero ¿no has olvidado algo?

Gustav contestó con rotundidad que no, que no había olvidado nada en absoluto. Aunque le hubiera gustado.

–Así va de maravilla, sin que tengamos que poner patas arriba el curso de las cosas –exclamó–. En realidad ya hemos cumplido con nuestra misión.

–Cierto. Si prescindimos del hecho, no poco sustancial, de que en unos... – Agathe miró de reojo el reloj que había encima de la puerta de la cafetería– cuatro minutos, Caro aparecerá por aquí.

Gustav siguió su mirada. Son las tres y cincuenta y seis minutos.

–Sí, sí. Ya sé, pero ¿no podríamos sencillamente desandar lo andado?

–¿Tienes idea de cómo?

Gustav negó sacudiendo la cabeza.

–Entonces lo que tenemos que conseguir es que Lina ahora se ponga de pie y vaya al sitio donde, por así decirlo, aterrizará Caro.

Gustav asintió al tiempo que emitía un suspiro.

–Bueno, déjame hacer –apretó los ojos y se concentró.

–Tengo que ir al lavabo –se oyó decir a Lina.

Gustav abrió los ojos y miró radiante a Agathe.

–¡Listo!

–Bien hecho. Ahora vamos a hacer que tarde en encontrar los servicios y vaya a parar a la sala en la que tiene que hallarse dentro de tres minutos.

Agathe y Gustav se estrecharon las manos y vieron cómo Fritz se levantaba brevemente cuando Lina corrió su silla hacia atrás.

–El chico tiene buenos modales, de eso no cabe duda –murmuró Agathe.

Salieron flotando detrás de Lina, que en ese momento cruzaba la cafetería, miraba a izquierda y derecha y luego atravesaba la puerta de cristal para entrar de nuevo en el museo. Gustav había previsto que Lina no se atrevería a preguntarle a la camarera por los lavabos, que tomaría el camino más fácil, pero considerablemente más largo. Pocos días antes había acompañado a Yuta a un lavabo, de modo que ahora se dirigiría a ese precisamente.

Gustav comenzó a silbar por lo bajo intentando distraerla de su propósito. Le resultó más fácil de lo que pensaba. En la cabeza de Lina se mezclaban muchas fantasías y temores, y todos tenían que ver extrañamente con Fritz. Gustav rio maliciosamente y le dio un empujoncito a Agathe que volaba junto a él con gracia y garbo.

–¿Crees que se ha enamorado? –preguntó Gustav.

Agathe no contestó inmediatamente, sino que fijó la mirada en la nuca de Lina como queriendo meterse en su cerebro.

–Jo, si enamorarse implica semejante desbarajuste, me alegro mucho de que los ángeles no nos podamos enamorar –y diciéndolo miró a Gustav largamente.

Gustav, sin embargo, no tenía tiempo de reflexionar sobre eso. Aquí lo que importaba era Lina Mücke. Y Caro Mücke. Carolina Mücke, dos personas que eran una sola y que en pocos minutos se encontrarían frente a frente. ¡Santo cielo!, pensó el ángel asustado.

Lina empujó otra puerta, por lo visto todavía absorta en sus pensamientos.

–Muy bien –susurró Gustav–. Unos pasos más y lo habrás conseguido.

La niña continuó su marcha dejando atrás la vitrina con los aborígenes de Micronesia. Seguían ahí con sus trajes de colores reunidos en torno al hogar artificial, pero Lina no les prestó atención. Curiosos los humanos, pensó Gustav. Una misma imagen puede hacer que un día se echen a llorar y otro día les resulte indiferente. Fascinante.

Lina tampoco pareció advertir la cama de los antepasados. Pasó de largo como si tal cosa, pero luego, en medio de su marcha, se detuvo. Una especie de *ziing* la había asustado. Gustav le guiñó un ojo a Agathe en un gesto de complicidad. Lina se dio la vuelta lentamente hacia el lugar de donde venía el ruido y levantó la barbilla en señal de curiosidad. Luego oyó una tosecilla. Y a continuación una pequeña nube de polvo revoloteó sobre la cama de los antepasados.

–¿Qué significa esto? –dijo una voz.

Lina quedó como petrificada mirando a la persona que se incorporaba refunfuñando.

–¿De dónde sale tanto polvo? Bueno, claro, ¿a quién se le ocurre tumbarse en esta cama antediluviana y pretender...? –Caro enmudeció. Miró nerviosa a su alrededor, rozó a Lina con la mirada, pero solo durante unos instantes, giró la cabeza hacia la izquierda, hacia la derecha; miró por encima del hombro, volvió a rozar a Lina con la mirada y luego sus ojos se agrandaron hasta parecer platos de postre.



Capítulo 7



Lina sacudió la cabeza. Sumida en pensamientos, empezó a caminar como teledirigida por la sala en donde había visto por primera vez a Fritz. Y esa sala, a decir verdad, se hallaba bastante lejos de los lavabos. Por otra parte, ¡cómo iba a querer ir al lavabo, si ante sus propios ojos sucedía algo tan incomprensible!

Lina hubiera podido jurar que la mujer que se desempolvaba la ropa, mientras jadeaba y tosía, se había materializado de repente encima de aquella cama. «Materializarse» era una bonita palabra. Su madre siempre decía que los pensamientos podían materializarse. Cuando al despertarse se imaginaba a la señora Quejarreta en clase de matemáticas llamándola a la pizarra y taladrándola con sus ojos de acero hasta dejarla hecha un lío, sabía que el pensamiento se hacía realidad. Pero que una persona también pudiera materializarse, eso nadie se lo había revelado aún. Así que tenía que haber otra explicación, aunque no la supiera.

Seguro que también había una explicación para el hecho de que esta extraña mujer la mirara como si tuviera monos en la cara. La curiosidad era el comienzo de todo vicio; al menos eso decía la ya mencionada señora Quejarreta, y en este caso Lina estaba dispuesta a creerlo. Pensó en que Fritz estaría sentado ante los dos vasos de coca-cola esperando a que ella volviera. Eso era lo más importante en este mundo. Lina decidió entonces poner pies en polvorosa.

Pero, en ese preciso instante, la mujer saltó de la cama y dio unos pasos hacia ella.

—¡Dios santísimo, no puede ser! —exclamó la mujer con voz ronca. Luego se acuclilló y sus ojos quedaron a la altura de los de Lina—. ¡No me lo puedo creer! —cogió la cara de Lina entre sus manos y la movió de un lado a otro—. De veras eres tú. O sea... ¡Jolín, cuánto tiempo!

—¡Eh!, ¿qué hace? —Lina se zafó. Cualquiera que fuera el problema de esta mujer, esa no era manera de comportarse—. ¿Puede hacer el favor de dejar de toquetearme?

—Perdona —la mujer retiró las manos—. Lo siento. Es que es increíble —luego empezó a reírse hasta que le brotaron lágrimas que le escurrían por las mejillas.

Lina se hartó.

–Me voy –anunció.

–¡Espera! –oyó decir a la mujer a sus espaldas–. Espera, por favor. No te vayas. Yo...

Lina se volvió vacilante. ¿Por qué? Ella misma no lo sabía. Solo sabía que aquellos ojazos marrones que le parecían conocidos eran como grandes manos que la palpaban descaradamente de la cabeza a los pies y viceversa. Y en el preciso instante en que se preguntaba por qué siempre le sucedían cosas raras, se percató de que normalmente nunca le ocurrían ese tipo de cosas.

–Me gustaría preguntarte algo –los ojos de la mujer brillaban de una forma peculiar, casi como si tuviera miedo. Pero ¿por qué tenía miedo?, ¿miedo en el museo de etnología?, ¿miedo a qué, por favor?

–Usted dirá –masculló Lina.

–Te sonará extraña la pregunta, pero ¿puedes decirme...? –la mujer no terminó la frase.

Lina no dijo nada porque seguía pensando que lo mejor era salir corriendo, aunque este deseo le resultaba sorprendente. Además, tenía que reconocer que no estaba en condiciones de mover las piernas. Había algo muy raro en todo esto.

–¿Qué quiere que le diga? –volvió a preguntar Lina.

–La pregunta va a sonar... –la mujer buscaba las palabras adecuadas–. Seguro que sonará muy extraña, pero ¿puedes decirme..., quiero decir... cuándo?

–¿Cuándo qué? –Lina arqueó las cejas inquisitivamente.

–¿Cuándo...? ¡Oh, santo cielo!

–¿Quiere saber qué hora es?

La mujer rio, pero no parecía una risa alegre.

–La hora no me sirve de mucho. Lo que me ayudaría sería saber en qué año...

–Bueno, ahora sí que debo irme –dijo Lina.

–No, en serio, quiero decir... –la mujer levantó impotente los brazos–. ¿Cómo explicarlo? De nuevo miró temerosa a su alrededor. Luego dirigió su mirada hacia Lina–. Retiro la pregunta acerca del año. Si te miro puedo imaginármelo más o menos.

–Ah, qué bien –a Lina le daba vueltas la cabeza.

–Me llamo Caro –dijo la mujer.

–Yo me llamo Lina –dijo Lina sin querer.

–Ya sé.

A esta mujer, desde luego, le patinaba el coco. Aunque parecía simpática. Eso sí, para gusto de Lina, llevaba los labios demasiado pintados –¡qué asco! Debían de saber a diablos–, pero por lo demás tenía unos ojos brillantes y bonitos. Lina hubiera podido jurar que la conocía, pero ¿de qué?

–¿Por qué sabe mi nombre?

Caro se acuclilló en el suelo.

–¿Cómo te lo explico? Lo mejor será decírtelo a las claras. No solo sé tu nombre. Conozco este museo, esta ciudad, sé quiénes son tus padres y, si hago un esfuerzo sobrehumano, me acordaré de algunos de tus profesores. Pero sobre todo te conozco a ti. Y bastante bien –arrugó la frente–. Aunque he necesitado unos instantes para reconocerte.

–¿Y a eso llama usted hablar a las claras?

Caro rio con malicia.

–Eres graciosa. No me acordaba.

–¿Qué dice?

–Pensé que eras más bien, cómo te diría, un poco cabezota.

–¿Cabezota? –Lina resopló indignada.

–Sí, quiero decir, aburrida. Tocas la viola, ¿verdad? Aunque preferirías aprender a tocar la guitarra. Vas a clase de yoga en lugar de trepar a un árbol como Dios manda. ¿Lo has hecho alguna vez? No, ¿verdad? Te gusta más pasar el tiempo aquí en el museo de etnología. También vas a las clases de la universidad para niños, ¿cierto? Y casi nunca dices lo que realmente piensas. Prefieres guardártelo todo para ti, como si alguien pudiera birlarte las palabras.

Lina no quería reconocer que así era, pero la descripción encajaba a la perfección, lo cual no le levantó el ánimo precisamente.

–Encantada de conocerla –mintió y dio media vuelta sobre sus talones.

–Además, eres susceptible. ¡Ay, cómo me acuerdo! –Caro sonrió con ironía–. No te lo tomes a mal si exagero. Tengo una especie de *jetlag*, ¿sabes? Vengo, como quien dice, de muy lejos. Y tú tendrías que tutearme porque en nuestro caso el usted suena especialmente ridículo.

–¿Y cuál es nuestro caso?

–Vale, te lo diré –Caro respiró hondo–. Prepárate, Lina. Venir desde muy lejos quiere decir..., espera, ¿qué edad tienes?

–Casi once.

–Once. Qué locura –Caro apoyó sus codos sobre las rodillas–. He viajado diecinueve años en el tiempo. Hacia atrás.

–Sí, claro –Lina pensó en hacerle un corte de mangas a la mujer, pero se lo pensó mejor y no lo hizo.

–Yo soy tú, dentro de diecinueve años, ¿comprendes?

–Sí, cómo no. Hasta la vista –dijo Lina, pero no se movió.

–O, dicho de otro modo, tú eres yo hace diecinueve años. Tampoco puedo explicarte bien lo que eso significa, pero ahora estoy aquí.

–¿Cómo? Me dirá seguramente que con una máquina del tiempo, ¿no? Ja, ja, ja –Lina no reía de verdad.

–Pues sí, así habrá sido más o menos –masculló Caro–. Tú conoces esta cama de

los antepasados.

–Un buen chiste –el corazón de Lina empezó a latir aceleradamente. Eso no podía funcionar de ninguna manera. ¿O acaso sí?–. ¿Por qué he de creerte?

Caro sacudió la cabeza.

–¡Jolines, podrías ser un poco menos desconfiada!

Lina ladeó la cabeza y apretó los ojos.

–¿Te llamas Caro?

–En realidad, Carolina.

–Como yo.

–Claro, como tú.

–¿Me estás diciendo que en algún momento me haré llamar Caro? ¿Y, peor todavía, que en algún momento seré TAN vieja?

–Oye, no te pases –Caro de repente ya no era tan simpática.

–¿Y que tendré... –Caro examinó la blusa de la mujer– semejantes... –dibujó con las manos dos redondeles– tan enormes.

Caro se alisó la blusa.

–Si te refieres a mis pechos, no son enormes, ¿sabes?

–Pues a mí me lo parecen –Lina miró el top que llevaba puesto, bajo el cual aún no había indicios de nada, cosa de la que se alegraba muchísimo–. ¿Puede uno dormir con eso boca abajo?

–Te alegrarás de tenerlos, no te preocupes –Caro se puso de pie.

Lina se calló. No podía explicarse por qué creía a esa mujer, pero sencillamente sabía que era verdad lo que decía, que estaba frente a su propio yo –aunque nunca, pero nunca en la vida, hubiera pensado en llegar a tener ese aspecto.

–Dime una cosa, Lina. ¿En un momento como este no se te ocurren preguntas más inteligentes? Al fin y al cabo te estás encontrando con tu yo, diecinueve años mayor –dijo Caro.

–Sí que se me ocurren –repuso Lina–. Por ejemplo, ¿qué hacemos ahora?

–Eso es una buena pregunta –Caro levantó los hombros en señal de impotencia.

Capítulo 8



Gustav VII respiró aliviado. El primer encuentro de las dos Carolinas había transcurrido sin contratiempos. No había sucedido ninguna catástrofe, la Tierra no se abrió tragándose todo, no hubo en el cielo truenos y relámpagos, no había retumbado una voz amenazadora. No, nada de eso. Las dos se habían conocido. Al comienzo, claro, habían sido un poco ariscas, pero no era de extrañar.

Ahora estaban juntas, acucilladas en el suelo delante de la cama de los antepasados y Lina no paraba de hacerle a Caro preguntas del tipo: ¿cómo se llama mi profesora de yoga? ¿Qué me gusta más, los espaguetis con salsa boloñesa o con salsa de queso y crema? ¿Cómo se llamaba mi primera muñeca? ¿Cuál es mi color preferido? ¿Cómo llamaría a mi perro si lo tuviera? Por lo visto necesitaba unas cuantas pruebas más para creer que Caro era la persona que decía ser.

–Esto marcha bastante bien, ¿no te parece, Agathe? –preguntó el ángel.

–Sí, es verdad. Conversan de forma muy agradable. Un bonito juego de preguntas y respuestas –Agathe bostezó–. Un poco aburrido, quizá.

–Para ti, probablemente. Para ellas dos, seguro que no –Gustav se reclinó contra el cristal de una vitrina–. Tenemos que asegurarnos de que no digan a nadie ni una palabra.

–¿Por qué no? –preguntó Agathe sorprendida.

–Porque en cualquier caso nadie les creería. Y de todos modos es mejor que se guarden su secreto.

–Bien. Yo me encargo –Agathe apretó los ojos–. Listo.

–Ahora lo que hay que hacer es esperar.

–¿Esperar a qué?

–A ver qué hacen ahora –Gustav levantó los hombros–. Se les tiene que ocurrir algo porque...

–¿Porque no se te ocurre nada? –dijo Agathe, acabando la frase.

–¿Acaso se te ocurre algo?

Agathe negó con la cabeza sin pronunciar palabra. Al cabo de un rato dijo:

–Creo que hay que confiar en los humanos. Esperemos sencillamente a ver qué hacen, ¿vale?

Y eso es justo lo que hicieron. Se sentaron a izquierda y derecha de las dos Carolinas y las observaron.

–Bueno, ya has preguntado lo suficiente –dijo Caro en ese momento en son de queja–. Ya podrías empezar a tener confianza en mí.

–Se me ocurren al menos tres mil cuatrocientas dieciséis preguntas más –anunció Lina.

–Ya lo creo que sí. Pero, ahora, basta. Y no mires siempre con esa cara de pocos amigos.

–¿Qué dices? –Lina le lanzó una mirada mustia.

–¿Ves? A eso me refiero, precisamente –exclamó Caro–. Jolines, no me acordaba de que antes siempre estaba de mal humor.

–Eso no es verdad –Lina torció la boca.

–Escucha lo que te digo, no tengo ni idea de por qué he venido a parar aquí –dijo Caro–. Pero, ya que estoy aquí, vamos a pasar el día juntas. Aunque no le diremos a nadie que somos una y la misma persona.

Lina ni en sueños hubiera hecho semejante cosa. Además, ¿quién le hubiera creído una historia tan increíble?

–¿Estamos de acuerdo? –preguntó Caro.

Lina asintió con la cabeza.

–¿Prometido?

–Prometido.

–Bien. Seguro que nos divertiremos mucho –Caro estaba radiante.

–¿Ah, sí? ¿Cómo, por ejemplo?

–¿Qué sé yo? ¿Qué te apetecería hacer?

Gustav aguzó los oídos. Sentía curiosidad por saber cuál sería la respuesta.

Durante un largo rato Lina no dijo nada. Y seguía en silencio.

–No puede ser –suspiró Caro–. ¿Es que no tienes imaginación? Me sorprende lo mucho que he cambiado.

–A mí también –gruñó Lina.

–Vamos al lago a nadar. Y antes nos comemos una salchicha al curry con patatas fritas. Podríamos jugar al *frisbee*, arrancar la hierba con los dedos de los pies. O simplemente quedarnos aquí sentadas y sentir que es verano –dijo Caro.

–Hablas como mi madre –rezongó Lina–. Ella siempre dice cosas así.

–No olvides que también es mi madre –le recordó Caro.

Lina guardó silencio.

–¿O podemos ir a buscar a una de tus amigas? –sugirió Caro sin dejarse desanimar–. Por ejemplo, a... –dijo mirando largamente a Lina–. No tienes amigas, ¿verdad?

-¿Te acuerdas de Helen? -preguntó Lina con voz apagada.
 -Helen. Sí, claro. Era mi mejor amiga antes, ¿o me equivoco?
 -Así es.
 -Dios, hace tiempo que no pensaba en ella. ¿Qué ha sido de ella?
 -No sé. Ya no es mi mejor amiga.
 -¿Y por qué no?
 -Pero si tú siempre lo sabes todo -Lina miró fijamente sus chancletas.
 -Échame un cable -le pidió Caro.
 -Se mudó con sus padres a otro barrio. Ahora va a otra escuela.
 -Es verdad. ¿Y queda muy lejos?
 -Sí, bastante -Lina levantó la nariz y Gustav VII notó que esa no era toda la verdad.
 Por lo visto, Caro también lo notó.
 -¿Cuánto? -insistió Caro.
 -Bueno, si tuviera una bici, quizá media hora.
 -¡Ay, ay! -suspiró Caro-. Conque media hora es demasiado para ti tratándose de tu mejor amiga.
 -Ella también habría podido venir alguna vez.
 -Claro. Siempre esperando que las cosas sucedan por sí solas. Alguna vez deberías tomar tú la iniciativa. ¡Llámalas para quedar!
 -Ella no me ha llamado nunca.
 -¡Santo cielo, Lina, eres un desastre! -Caro se levantó.
 -¡Déjame en paz! -gritó Lina-. ¡Vuelve al sitio de donde has salido!
 -¡Ven! -dijo Caro intentándolo de nuevo-. ¿Qué te parece si vamos al parque y trepamos a unos árboles?
 -¿Para qué? Además, podríamos caernos.
 -¡Podría pasar esto, podría pasar aquello! -gimió Caro-. ¡Inténtalo una vez y procura no verlo siempre todo tan negro! Ya verás cómo sale bien. Por favor, Lina, eres demasiado joven para ser tan vieja.
 -¿Qué dices?
 -Digo que te portas como si fueras mayor que yo.
 -Por suerte. Y no tengo ni pizca de ganas de llegar a ser como tú. Lina metió las manos en los bolsillos.
 -Pues no te quedará más remedio -Gustav se dio cuenta de que ahora la mayor se estaba mosqueando en serio-. ¡Me pregunto de qué sirve este estúpido viaje en el tiempo! Hasta ahora solo he podido constatar que de niña era bastante tonta - exclamó Caro.
 -¿Tonta? -Lina abrió los ojos como platos-. ¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? Y para que lo sepas, yo a ti tampoco te soporto.
 -Pues tenemos un problema -dijo Caro metiendo también las manos en los

bolsillos.

Gustav, que contenía el aliento por los nervios, las examinó a las dos y vio que se ignoraban totalmente. Son mucho más parecidas de lo que quieren reconocer, pensó el ángel.

–¡Mecachis! –soltaron ambas Carolinas de repente al unísono.

Gustav vio cómo rodaba una gruesa y redonda lágrima por la respectiva mejilla de cada una. Decepcionado, se puso de pie y se acercó a Agathe pateando el suelo. Esta le dirigió una mirada cargada de desaliento.

–¿Y ahora qué? –preguntó ella.

–¡Maldita sea! –imprecó Gustav–. Todo, absolutamente todo, sale mal. Quizá deberíamos pedir que nos retiren de esta misión. No somos los adecuados.

Pero luego vio que Caro se acercaba a Lina, la estrechó con delicadeza entre sus brazos y le secó la lágrima.

Capítulo 9



Qué curioso, es realmente agradable lo que se siente, pensó Lina y se dejó estrechar aún más en los brazos de Caro. Además, no era cierto que no soportara a Caro. Lo había dicho solo porque estaba furiosa. La furia, sin embargo, se había esfumado. Y ella hubiera querido permanecer así más tiempo y llorar.

¡Caro olía tan bien y su abrazo era tan fuerte y seguro! Lina se sentía protegida, lo cual no dejaba de ser extraño considerando que se abrazaba, como quien dice, a sí misma, aunque en eso no quería pensar; todo en general le resultaba bastante descabellado. Oyó cómo Caro se sorbía los mocos varias veces e intentó deshacerse con cautela de su abrazo.

–No, espera, quédate un poco más así –balbució Caro.

Y luego, en algún momento, cuando Lina había perdido la noción del tiempo, se soltaron. Lina sacó dos pañuelos de papel del bolsillo y se sonaron a la vez resoplando con fuerza, como si sus narices fueran trompas de elefante. No pudieron por menos de reírse y eso les sentaba bien.

De repente Lina sintió escalofríos.

FRITZ, pensó en mayúsculas.

Jopé, había olvidado a Fritz por completo. Estaría sentado en la cafetería del museo con su coca-cola delante, esperando. ¡Ojalá que fuera así! Porque también podía ser que se hubiera marchado. Aunque eso sería, sería... ¿Dónde estaba la palabra que necesitaba? ¿Terrible, feo, triste, indignante? Bueno, todo eso junto.

–Oye.

–Mmm –hizo Caro secándose las lágrimas.

–Primero, quiero que sepas que me caes bien.

Caro respingó la nariz.

–Tú también a mí. Y lo de tonta olvídalos, no quise decirlo.

–Vale. Y segundo, ¿sabes qué? No estoy sola. Me acompaña un... amigo. Espera en la cafetería y seguro que estará preguntándose dónde estoy.

–Entiendo. Vamos pues.

–¿Las dos? –Lina arrugó la nariz.

–Por supuesto –Caro se levantó de un salto. Con bastante agilidad para una mujer de su edad, pensó Lina–. Por nada del mundo me lo perdería. ¿Quién tiene la suerte de pasearse por su propia vida? Siempre puedo volver. Más tarde.

–Pero ¿cómo?

–Ni idea. Por eso no vamos a preocuparnos ahora. A mi amigo ya se le ocurrirá algo. Confío ciegamente en él. Es... –de repente Caro se quedó callada. Luego se quitó un mechón de la frente y preguntó–. ¿Decías hace un momento que un amigo tuyo espera en la cafetería?

–Eso mismo.

–¡Santo cielo!

Lina se sorprendió de que de repente Caro se pusiera roja como un tomate.

–¿Cómo se llama? –preguntó Caro.

–Fritz.

–Fritz, claro. Es increíble.

A Lina no le parecía increíble, pero no quería perder más tiempo discutiendo, sino volver cuanto antes a la cafetería.

Y luego, cuando entró (aunque, a decir verdad, lo que hizo fue irrumpir cual tromba) y vio que Fritz no se había movido, se le quitó un gran peso de encima. No se había ido. Había esperado. Era sencillamente maravilloso.

Ponía mala cara, pero ella no podía reprochárselo.

–Lo siento, Fritz –gritó ya desde la puerta y Fritz se agitó en su silla–. Me he encontrado a una amiga y por eso...

–Vale, no pasa nada –dijo Fritz.

–Perdona, Fritz –dijo a continuación Caro–. Ha sido culpa mía.

Fritz observó a Caro durante unos instantes, luego se levantó.

–No importa –dijo sin que su cara reflejara la menor contrariedad–. Mucho gusto.

Caro emitió una risita bastante tonta.

–El gusto es mío. No sabes hasta qué punto.

Fritz también se rio, casi de forma tan tonta como ella.

–¿No se quiere sentar?

Lina se pellizcó en el brazo. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso se había hecho humo? Para Fritz por lo visto sí porque no parecía tener ojos más que para Caro. A Lina se le encogió el corazón, luego sintió una punzada en el estómago. ¿Eran celos lo que sentía? ¿Celos de sí misma? Dio un fuerte suspiro. Esto se complicaba cada vez más.

–Soy Caro –dijo ella presentándose–. Y tú eres Fritz.

Fritz se enderezó un poco y asintió con la cabeza.

–El profesor.

–¿Por qué lo sabe? –Fritz la miró estupefacto.

Lina que, entre tanto, se había sentado a la mesa, sin que al parecer los otros dos tomaran nota, le clavó el codo a Caro en el costado.

–Le he hablado de ti –dijo precipitadamente. En ese instante ella misma caía en la cuenta de que Caro tenía que acordarse de Fritz. Esta mujer sabía absolutamente TODO acerca de su vida. Resultaba bastante escalofriante.



Y ahora le cogía la mano a Fritz, lo miraba muy intensamente a los ojos y parecía que otra vez estaba a punto de querer echarse a llorar.

–Ah, profesor –susurró–. Es increíble estar viéndote.

Lina notó que a Fritz se le habían puesto coloradas las orejas.

–A mí también me lo parece –balbució él.

–Cuando te lo cuente todo más tarde...

Lina tuvo un acceso de tos.

Caro se estremeció y continuó diciendo:

–Lo que quiero decir es que... Olvídalo. ¿Sabías que las ostras durante su vida pueden cambiar varias veces de sexo?

–Mmm –Fritz la miraba radiante–. Sí, lo sabía. ¿Y sabía usted que las almendras son de la familia de las rosas?

De alguna manera esa pregunta sonaba romántica, al menos eso le pareció a Lina. A Caro al parecer también.

–¿De veras? –dijo bajando la vista y poniéndose colorada.

–¿Quieres tú también una coca-cola? –preguntó Fritz.

–Sí, gracias.

–Puedes beber de la mía –dijo Lina resoluta, y miró a Caro implorante, hasta que

esta asintió con la cabeza.

–Tienes razón.

–Es que tenemos que irnos –añadió Lina.

–¿Tenéis que irnos? –Fritz torció la boca decepcionado–. Qué pena.

Qué pena, lo remedó Lina para sus adentros. La irritaba que Fritz poco menos que la ignorara. A ella seguro que no le hubiera dicho ese *qué pena*. Aunque, bien mirado, en el fondo era a ella a quien se lo estaba diciendo. Sin saberlo, claro. Ahora lo que hay que hacer es largarse, pensó Lina. Antes de que suceda una desgracia.

–Además, Yuta, esa pava tonta, sigue en la exposición de bambús del antiguo Japón –se le ocurrió decir a Lina.

–Los pavos no son tontos. Pueden emitir graznidos a diferentes niveles para comunicarse entre ellos.

–Es verdad. Una vez me lo contaste –exclamó Caro entusiasmada.

–¿Qué quiere decir? –Fritz levantó las cejas.

–¿Cómo que qué quiero decir? –preguntó Caro a su vez para ganar tiempo.

–¿Ha dicho que yo le conté eso una vez? Pero si yo no la conocía.

–No, no he dicho eso –aseguró Caro férrea y contundente.

–Sí que lo ha dicho.

–¿Estás loco? No lo ha dicho –Lina lo miró con ojos sombríos. Luego se giró y llamó a la camarera, descortés.

–La cuenta, por favor.

Capítulo 10



¡Bien, bien, bien! –exclamó jubilosa Agathe–. ¡Estupendo! ¡Fantástico! Lo sabía, soy genial. Gustav la miró fijamente.

–Perdona. Somos geniales –se corrigió Agathe–. Tú también has participado para que las cosas hayan evolucionado así –dijo palmeándole el hombro.

Gustav decidió no explicarle a Agathe que su participación era mayor. Pues en el fondo, sin él, nada hubiera funcionado y eso también debía de saberlo Agathe, al menos si era sincera. De modo que no tenía que señalárselo. Al fin y al cabo él era un ángel con sensibilidad.

–Ven, vamos tras ellos –se limitó a decir al ver que Lina se levantaba de un salto y salía disparada de la cafetería llevando a Caro de la mano. Fritz hizo lo que pudo para seguirles el paso.

–¿Por qué tiene tanta prisa? –dijo sorprendida Agathe–. Apenas puedo alcanzarla.

Lina corrió hacia la sala donde se hallaba la exposición de bambús del antiguo Japón. Estaba mucho más oscura que las demás del museo y Gustav tardó unos instantes en divisar a Yuta. Estaba inmóvil; sentada en un banco, parecía no haberse movido en la última hora. ¿Será posible que no se haya atrevido a acercarse a la tienda del museo para ver a Peter solo porque lleva la dichosa tirita en la nariz? Gustav de nuevo fue incapaz de comprender a los humanos.

–¡Yuta! –oyó que exclamaba Lina–. Nos vamos, no tienes que venir con nosotros. Esta es... –dijo enseñándole a Caro– una conocida de mis padres, se llama Caro. Ha venido a recogerme. Me llevará a casa.

–¿Ah, sí? –Yuta no se levantó ni tampoco pareció muy interesada–. Por mí que lo haga pero, eso sí, me tienen que pagar la hora completa. Dile eso a tus padres.

Lina torció los ojos.

–Sí, claro. Adiós –dio media vuelta sobre sus talones, Caro y Fritz hicieron otro tanto y Gustav sonrió con ironía.

–Ha cambiado mucho nuestra Lina, ¿no te parece?

–No sé –Agathe pareció quedar pensativa al respecto–. No ha sido muy amable que digamos.

–No, pero sabe exactamente lo que quiere. Y tanto Fritz como Caro le hacen

caso sin chistar o le siguen los pasos.

–Es verdad. No está mal.

Entre tanto los tres habían salido precipitadamente del museo de etnología. A Fritz se le cortaba el aliento:

–En realidad, no entiendo por qué tenemos tanta prisa.

–No tenemos prisa –anunció Lina–. Es decir, tú no tienes prisa, pero Caro y yo sí. Chao, Fritz, que estés bien. Nos vemos.

Fritz se quedó desconcertado.

–Pero ¿podríamos ir a comer un helado?

–Sí, es una buena idea –lo apoyó Caro entusiasmada–. Podemos...

–Nada –dijo Lina con decisión y le hizo señas a un taxi como si lo hubiera hecho ya muchas veces.

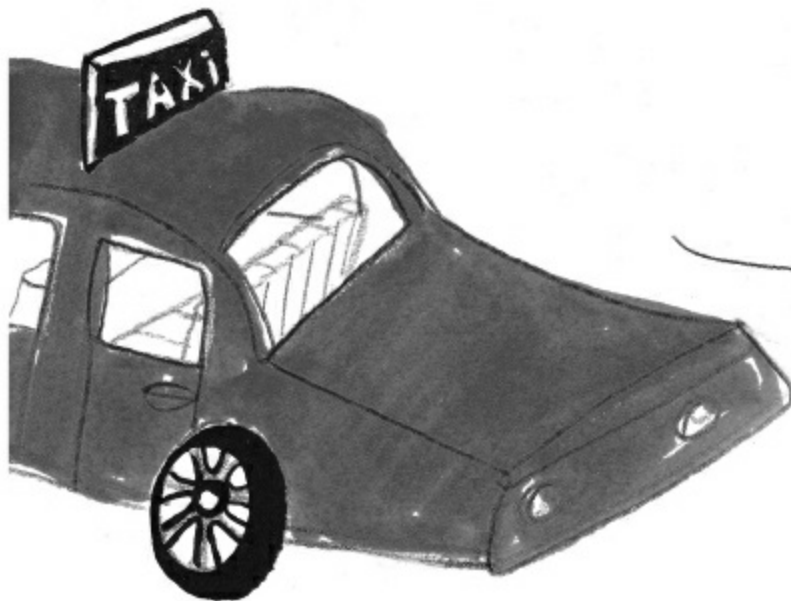
–Oye, que yo no tengo dinero –le susurró Caro al oído–. No contaba con un viaje de estas características.

–No hay problema –Lina abrió de golpe la puerta del vehículo–. Mis padres... nuestros padres... me dieron dinero esta mañana para el taxi. Y ahora, sube.

–Me alegra haberte visto, Fritz –exclamó Caro–. Estoy segura de que nos volveremos a ver. Y...

Lina la empujó para que se sentara en el asiento trasero, de un salto se metió tras ella, dio un portazo y el taxi arrancó.

Todo sucedió tan rápido que Gustav y Agathe, atónitos, se detuvieron junto a Fritz en la acera; y puesto que Fritz se quedó mirando el taxi con una cara increíblemente triste, Gustav le puso una mano en el hombro, mientras Agathe le acariciaba la mejilla. El chico, sin embargo, no podía sentirlo, lamentablemente.





Capítulo 11



Lina se devanaba los sesos pensando y pensando mientras el taxi recorría las calles soleadas. Intentó hacer para sí misma un resumen de los hechos.

Primero: estaba sentada junto a su yo, diecinueve años mayor, en un taxi. Este yo tenía un aspecto completamente diferente al que ella se hubiera imaginado nunca. Por una parte, tenía el pelo corto como cerillas de punta, igual que ella, y eso no era una perspectiva halagüeña. Pues había previsto que cuando tuviera esa edad el pelo le llegaría al menos hasta el culo. Por otra parte, su yo mayor tenía, como ya hemos dicho, un pecho considerable. Aquello no parecía nada cómodo.

Segundo: hace un momento su yo mayor coqueteaba con su amigo Fritz. ¿Qué significaba eso? Y más importante aún era la siguiente pregunta: ¿debía estar enfadada porque a Fritz se le pusieran coloradas las orejas y le hubiera lanzado esas estúpidas sonrisitas a Caro? Aunque, bien mirado, haber no había otra chica de por medio, solo ella misma...

Tercero: ¿qué se le había perdido aquí a ese yo diecinueve años mayor? ¿Cómo había llegado exactamente? ¿Cuánto tiempo pretendía quedarse? ¿Y qué iba a pasar cuando desapareciera?

Cuarto: Caro iba a ver a sus padres que solo eran unos pocos años mayor que ella. ¿La reconocerían?

Quinto, sexto y séptimo: tenían que ver exclusivamente con Fritz y sus orejas coloradas.

Y cuando quiso obligarse a pensar en el punto número ocho, oyó que Caro jadeaba.

—¡Santo cielo, hemos llegado! La casa, el patio. El CONTENEDOR. No puedo creerlo. Hace tanto tiempo —los ojos de Caro brillaban de manera sospechosa—. Es sencillamente increíble.

Lina tuvo una mala corazonada.

—Seis euros cincuenta —gruñó el taxista. Lina escarbó en sus bolsillos, extrajo unas monedas, las contó y las colocó en la mano estirada del hombre. Luego ella y Caro bajaron del vehículo.

—No sé si ha sido una buena idea —balbució Caro—. Sinceramente, me pregunto si

está bien que yo esté aquí.

—¿Y adónde quieres ir si no? —preguntó Lina.

—Tienes razón, tampoco yo lo sé —se giró un par de veces sobre sí misma—. ¿Están en casa tus... nuestros padres?

—Mamá seguro que sí. Y papá... Creo que hoy quería venir más temprano a casa. Si ya ha llegado, seguro que está en la cocina escuchando las noticias.

Caro resopló.

—O sea que eso no ha cambiado —se encaramó sobre el contenedor—. Perdona. Me armo un barullo con los tiempos. Está claro que nada puede haber cambiado. Me encuentro en mi propio pasado. ¡Ay, qué lío!

Lina también trepó al contenedor; allí se quedaron un rato, una al lado de la otra, sin decir nada dejando bambolear las piernas. Poco tiempo después se abrió una ventana.

—Lina, morritos, ¿por qué no entras? —oyó decir a su madre y sintió cómo Caro a su lado quedaba petrificada al tiempo que susurraba: ¡Morritos! Ay, cómo me sacaba de quicio que me llamara así.

Exacto, pensó Lina y gritó a voz en cuello:

—Te lo he dicho ya mil veces. A partir de hoy, no me vuelvas a llamar «morritos».

—¿Qué has dicho, «morritos»? —dijo la madre asomando la cabeza por la ventana.

—Me llamo Lina, no «morritos» —gritó Lina—. En realidad deberías saberlo.

—Sí, claro. Perdona. No tenía ni idea de que esto te molestara tanto. Además, seguro que mil veces no me lo has dicho, cariño —hizo una pausa y preguntó—: ¿Tenemos visita?

Lina asintió con la cabeza.

—Esta es mi amiga Caro —dijo a voz en cuello.

—No grites de esa manera; no soy sorda.

Lina le dio un empujoncito a Caro y solo entonces vio que esta, muy pálida, no podía apartar la mirada de su madre.

—¿No queréis pasar? —preguntaba ahora la madre.

—No, de ninguna manera —farfulló Caro.

—Ven, no puedes quedarte aquí sentada en el contenedor —le dijo Lina tirando de la manga de su blusa.

—¡Claro que puedo! ¡Faltaría más! —dijo Caro adelantando la barbilla.

—¿Tienes miedo?

Caro guardó silencio.

—Eso es —Lina le clavó el codo en el costado—. ¿Y qué me decías antes? Que íbamos a divertirnos, que por qué no lo intentaba una vez, que no lo viera siempre todo tan negro y que todo saldría bien —se cruzó de brazos triunfante y dijo—: La medicas aquí eres tú.

Hacía tiempo que Lina no se sentía tan bien. Tan fuerte. Tan segura. Tan viva.

–Vale, pues –Caro saltó del contenedor–. Pero no vamos a revelar nuestro secreto. Y tú quédate a mi lado. Por favor.

–Como quieras –repuso Lina con generosidad.

Una al lado de la otra se dirigieron a la cocina donde el padre, en efecto, escuchaba las noticias.

–Hola, papá –dijo Lina.

–Chiss, en seguida estoy contigo, en dos minutos –levantó la vista brevemente, descubrió a Caro y ya no quiso apartar su mirada de ella.

–¿Quién es esta chica? –preguntó finalmente. De repente las noticias parecían haber dejado de importarle.

–Es Caro –explicó Lina–. Una amiga de Yuta. Vino hoy con nosotros al museo de etnología. Porque Yuta sigue... enferma. Y yo la he invitado a cenar. ¿No te parecerá mal? –se admiraba de lo fácil que le salían las mentiras.

Su padre se puso de pie y le tendió la mano a Caro.

–Al contrario. Me alegro, me alegro mucho de conocerla, señorita Caro.

¿Señorita Caro? Lina tuvo que morderse los labios para no reírse. Pero enseguida se le pasaron las ganas de hacerlo porque los ojos de su padre mostraban una expresión que, aunque en cierto modo le resultaba desconocida, le recordaba peligrosamente las coloradas orejas de Fritz. ¿Es posible que su propio padre se hubiese quedado prendado de su yo diecinueve años mayor?

Caro pareció igual de asustada; Lina vio que tragaba saliva varias veces.

–Soy Anton Mücke, el padre de Lina. Pero llámeme Anton.

–No, no pue-pue-do –dijo Caro tartamudeando, y apartó la mirada.

–Pero claro que puede –su padre no parecía tener la intención de soltar la mano de Caro. Lo hizo solo en el momento en que, desde la puerta de la cocina, se oyó de repente una tos–. Oh, esta es mi esposa, Katherina Mücke.

Caro se agitaba nerviosa.

–Es tan... increíble conocerlos. ¡Son ustedes tan jóvenes! –dijo respirando trabajosamente.

La madre de Lina sonrió sintiéndose halagada.

–¡Qué amable de su parte! –luego examinando la cara de Caro dijo–: Pero ¿no nos conocemos ya de algo?

–No, imposible –respondió Caro.

–Absolutamente imposible –corroboró Lina.

–Qué extraño. Habría jurado que... –la madre de Lina se encogió de hombros–. En fin, a veces pasan esas cosas. ¿Se queda usted a cenar con nosotros?

–Solo si no es mucha molestia –dijo Caro.

Lina estaba fascinada de ver que un día le saldrían con tanta naturalidad respuestas tan corteses.

–Aún no he preparado nada –confesó la madre–. Vamos a ver, déjeme pensar...

–Nosotras cocinamos –exclamó Lina sin saber el porqué de su ocurrencia.
–¿Vosotras? –exclamaron al unísono el padre y la madre bastante sorprendidos.
–Sí.
–¿Y qué prepararéis?
–Haremos crepes –propuso Caro.
–Con compota de manzana y mucho azúcar –se apresuró a añadir Lina.
–Ay, no sé –la madre levantó las manos en gesto vacilante–. Normalmente comemos comida sana...
–A mí me parece una buena idea –anunció el padre ganándose con ello una mirada de reproche de su mujer–. Venga, Kathi, de vez en cuando algo sabroso...



–¿Qué dices?
–Quiero decir, algo dulce –se corrigió el padre– no puede ser malo.
–Si te parece.
A Lina le dio la impresión de que a su madre no le agradaba demasiado la idea, pero seguro que cambiaría de opinión cuando probara las crepes.

¡Qué buenas quedaron! Increíble. Seguro que fue porque Caro se empeñó en

añadir clara batida a la masa. Que así quedaban especialmente esponjosas, dijo.

Lina se sorprendió de que un día llegase a saber cocinar, pues, al ver los movimientos hábiles y certeros de las manos de Caro, era de suponer que su repertorio abarcaba mucho más que unas simples crepes.

Su padre ya había despachado al menos cinco y su apetito no parecía tener fin. Cuando no cerraba los ojos para masticar placenteramente, estos se le iban, según Lina, una y otra vez hacia Caro. Estaba como ido. ¡Qué vergüenza!

–Caro, cuéntenos algo de usted –dijo entre dos bocados–. ¿A qué se dedica?

–Yo... –Caro se agitaba nerviosa en su silla–. Yo...

–Es comisaria de policía –se oyó decir a Lina de sopetón.

–¿Que soy qué? –preguntó Caro sorprendida.

Lina le lanzó una mirada suplicante.

–Eso es lo que siempre has querido ser.

–¿Lo que siempre he querido...?

Su madre, que aún no había acabado de comerse su primera crepe, levantó la cabeza.

–¿Cuánto tiempo decías que hace que os conocéis?

–Era broma lo de comisaria de policía, ¿verdad, Lina? –afirmó Caro.

Lina asintió con la cabeza.

–¡Qué graciosa! –dijo el padre sin quitarle el ojo de encima a Caro.

–¡Anton! –refunfuñó la madre.

–¿Sí, cariño?

–¿Me pasas el azúcar?

Lina no daba crédito a sus oídos. ¿Su madre pedía que le alcanzaran el azúcar? Esa sustancia blanca y diabólica, culpable, según ella, de prácticamente todas las enfermedades del mundo. Para eso solo había una explicación: también ella se había dado cuenta de que su marido se estaba encaprichando con Caro, sin saber, por supuesto, que se trataba de su propia hija. ¡Dios mío, Dios mío!

Al menos esto distrajo tanto a los padres que no siguieron indagando en la vida profesional de Caro. Pero, antes de que pudieran formular más preguntas comprometedoras, Lina y Caro debían desaparecer.

–Caro, ¿qué te parece si vamos a mi habitación? –preguntó Lina.

Al oír la propuesta, Caro, cuya cabeza iba del padre a la madre como en un partido de tenis, asintió rápidamente.

–Pero si no hemos terminado de comer –exclamó su padre con la boca llena.

–¿Quieres decir que estarías dispuesto a despachar la crepe número seis y número siete? –preguntó la madre lanzándole una pulla.

–Bueno, me gustan...

–Mañana, para compensar, podemos volver a tomar yogur de leche de cabra

espolvoreado con semillas de trigo –exclamó Lina al levantarse encontrando muy graciosa su ocurrencia y riendo por lo bajo.

Caro también soltó unas risitas.

Después de una breve vacilación, el padre se les sumó.

La madre, en cambio, no movió un músculo de la cara.

–Bien, entonces, vete a tu habitación –se limitó a decir.

Parecía querer perder de vista a Caro lo antes posible, y esta y Lina salieron pitando. Tras la puerta de la cocina se desató una discusión que Lina prefería no escuchar.

Cuando llegaron a su habitación, Caro se tiró en la cama.

–¡Qué guay! –exclamó paseando la mirada por todo el cuarto–. Tal como lo conservo en el recuerdo. ¡Jo, cómo me encantaban estas sábanas de rosas!

–¿Te encantaban? –Lina arrugó la frente. El dibujo de las rosas no le parecía mal, pero de ahí a decir que le encantaba le pareció exagerado.

–Y aquí está también mi osito de peluche. ¡Ay, qué importante era para mí! –suspiró Caro satisfecha–. ¿Cómo se llamaba?

Lina sacudió la cabeza. Primero dice que el bicho de peluche era tan importante y luego ni siquiera se acuerda de su nombre.

–Hubert Maier.

Además, esa misma mañana Lina había pensado en tirar a Hubert Maier de una vez por todas a la basura. Primero, era demasiado mayor para tener un oso de peluche y, segundo, este ya estaba bastante maltrecho.

Pero ¡qué ideas más extrañas las de Caro! ¿Será que las personas cuando se hacen adultas se figuran que su infancia ha sido de color de rosa porque no podían recordarla con exactitud?

–También me acuerdo perfectamente de mi atuendo preferido. La falda roja de cuero brillante con una camiseta blanca, ¿verdad?

Tampoco eso era del todo cierto. La falda crujía a cada movimiento, pero Lina asintió de todos modos. Había cosas más importantes que faldas, sábanas y osos de peluche; además, no quería estropearle los recuerdos a Caro. Pues, por lo visto, un día iban a ser los suyos.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y le preguntó a Caro en voz baja:

–¿Por qué no te has hecho comisaria de policía?

–¿Estás loca? –repuso Caro–. ¡Cómo iba a ser esa mi profesión!; ¡no va para nada conmigo...! Espera, es verdad que un día quise serlo. Ahora lo recuerdo. ¿Quería ser comisaria de policía?

Lina asintió decepcionada.

–Entonces, si eso no resulta..., ¿cuál será mi profesión?

Caro se enderezó.

–Te lo puedo decir. Aguza bien los oídos porque te vas a sorprender. Serás... –

luego tuvo un acceso de hipo.

Capítulo 12



Agathe se precipitó sobre Caro lanzando tremendos aullidos y tapándole la boca con las manos. Gustav VII, que se había sentado cómodamente en la silla del escritorio, examinaba sus modernas zapatillas de deporte como si las viera por primera vez.

–¿Me quieres decir a qué viene esto otra vez, Agathe? –dijo confiriendo a su voz un tono especialmente severo.

–¿Tú qué crees? –los ojos de Agathe brillaban de furia–. No puedo permitir que Caro siga desatada revelándole a Lina todo sobre su futuro.

–Pero ¿eres consciente de que ella no registra tu presencia y por tanto no tiene sentido que le tapes la boca?

Agathe observó sus dedos que seguían apretados contra la boca de Caro. Luego lentamente fue bajando el brazo.

–Obvio. Ha sido solo un reflejo.

–Bueno, al menos Caro ha dejado de hablar.

Gustav giraba con la silla del escritorio sobre su propio eje. Era como volar.

–¿Cómo lo has conseguido?

–Con la sola fuerza del pensamiento, naturalmente. Así es como lo hacemos siempre. Caro tiene que entender que no es bueno hablar del futuro de Lina.

–Y ¿por qué no?

–Hombre, Gustav, pon a funcionar tu cerebro.

Gustav le lanzó una mirada fulminante.

–¿Podría usted revelármelo, señorita sabelotodo?

–Los humanos no deben conocer su futuro. Sería nefasto. Te lo digo yo. En caso de conocerlo no harían más que quedarse sentados hurgándose la nariz y pensando en que, quieras que no, todo vendrá como tiene que venir.

–¿Y eso qué? –a Gustav no le parecía que hubiera mucho que objetar a que alguien se quedara sentado sin hacer nada.

–Imagínate que Caro le dice a Lina que, pongamos por caso... –se esforzó por pensar en algo–, que un día va a diseñar nuevas caras para ositos de goma.

–¿Existe esa profesión? –preguntó Gustav interesado.

–No lo sé. Seguro que sí.

–Curioso –por más que se esforzaba, Gustav no podía imaginar que eso pudiera ser una profesión. Aunque mucho tiempo no tuvo para ello, pues Agathe saltó de la cama y se plantó delante de él.

–Da lo mismo. Solo era un ejemplo. En cualquier caso, seguro que Lina estará muy triste porque en este momento su sueño es llegar a ser comisaria de policía. Y me parece que eso es muy diferente a diseñadora de caras de ositos de goma – Agathe pronunció el nombre de la extraña profesión sin que se le trastabillara la lengua.

–Pero seguro que se alegrará al oír que Fritz es su gran amor –Gustav sonrió ante tal pensamiento.

–Puede que sea así –balbució Agathe–. Pero, si lo sabe ahora, puede ser que no se esfuerce. Eso tampoco estaría bien. Y si no se esfuerza, si no se interesa por Fritz, quién sabe, igual el futuro cambia. Imagínate que Caro regresa a su tiempo y constata que vive sola en su piso. Sin Fritz. Que resulta que Fritz no es el amor de su vida, sino que se ha casado con otra y tiene siete hijos y...

–¡Basta! –exclamó Gustav que se había asustado bastante. ¿Podría suceder algo así?

–Yo, por si acaso, me he encargado de que a Caro le dé el hipo cada vez que quiera revelar algo acerca de su vida –dijo Agathe concluyente.

–¡Una idea estupenda! –Gustav volvió a impulsarse con los pies y dio una vuelta sentado en la silla del escritorio. Oyó entonces la tosecilla de Agathe, lo cual nunca era una buena señal y, como otras veces, volvió a tener la impresión de que todo en la Tierra los superaba.

Para desembarazarse de esos oscuros pensamientos, sacó con cautela el cajón del escritorio; con tanta cautela que Lina y Caro no se dieron cuenta. Caro seguía hipando y Lina intentaba asustarla con gritos y movimientos bruscos para que se le pasara el hipo.

Gustav observaba interesado el galimatías de cintas de goma, tréboles secos, lápices de colores, cabos de vela, un calcetín, unas agujas de tejer, un juego de cartas incompleto, plastilina, hebillas de colores para el pelo (inexplicables para él, dado que Lina tenía el pelo muy corto), fotos recortadas de revistas, una manzana mordisqueada y, en medio de todo este reguero de cosas..., una hoja de papel.

Ah, claro, el dibujo que Lina había hecho hacía unos días, pensó Gustav. Se había pintado a sí misma con una falda de lentejuelas y una chaqueta vaquera. Junto a ella estaba Fritz con gafas y una bufanda gruesa. Los dos habían quedado muy bien. Lina debería quizá repensarse sus deseos profesionales y abandonar esas ideas de comisaria de policía o diseñadora de caras de ositos de goma, y dedicarse al retrato.

Su mirada recayó en la parte superior del dibujo donde se encontró a sí mismo. Inmediatamente cambió de parecer. Porque al ver que Lina lo había pintado, junto

a la delgada y rubia Agathe, con barriga redonda y un único pelo en la cabeza, ya no le pareció tan dotada para el dibujo. ¡Él no era *tan* gordo y calvo!

Pero ¿cómo iba a saberlo Lina? No lo podía ver. Al menos no con los ojos. Y, sin embargo, el dibujo no contribuyó precisamente a mejorarle el ánimo. Irritado, dejó que la hoja planeara lentamente hasta caer al suelo.

Capítulo 13



Cuando, al cabo de una eternidad, a Caro se le pasó el hipo, Lina había olvidado por completo su pregunta. A su lado, sentada sobre la cama, Caro respiraba con dificultad, de modo que esperó a que se recuperara un poco y le preguntó:

–¿Y ahora qué?

–¿Qué quieres decir?

–¿Qué hacemos ahora? Ya que estás aquí.

–Pues podemos... eh... jugar al *tutti frutti*, ¿qué te parece?

–¿No estarás hablando en serio? –Lina sacudió la cabeza–. ¿No habrás venido desde el futuro para eso?

–Tienes razón. Mi visita tiene que tener alguna utilidad. A ver, pensemos –Caro arrugó la nariz y luego pegó un salto diciendo–: Ya sé. ¿Tienes una hoja de papel y algo para escribir?

–Sí, claro –repuso Lina vacilante–. Pero ya te dije que no quiero jugar al *tutti frutti*.

Caro abrió de un tirón el cajón del escritorio.

–Aquí tenemos lo que necesitamos –con una cuartilla y un rotulador grueso de color verde en la mano se dio la vuelta y entonces se sorprendió–. ¿Qué es esto? –preguntó inclinándose hacia delante y levantando el dibujo que hacía un momento Gustav había dejado caer al suelo–. ¿Lo has hecho tú?

–Hummm –avergonzada, Lina bajó la mirada.

–No está nada mal. Quizá yo también debería volver a dibujar. Se me había olvidado que se me daba tan bien –sonrió Caro satisfecha–. Le tienes bastante cariño a Fritz, ¿no?

–¿Quién? ¿Yo?

–Sí, tú.

–Qué va. Solo es... un buen compañero.

–Cómo no –le dijo Caro guiñándole un ojo–. A mí en todo caso me pareció simpático. Muy simpático.

–Eso era evidente –rezongó Lina.

–Bueno, vamos a dejarlo –Caro arrugó la nariz–. ¿Y quiénes son estos dos?

–¿Quién?

Caro le puso a Lina la hoja delante de las narices y Lina examinó las dos figuras del fondo que no se parecían a nadie de sus conocidos, lo cual la sorprendió.

–No tengo ni idea. Son sencillamente... producto de la libertad creadora.

–Entiendo. ¿Y también se debe a la libertad creadora que en este dibujo tú y Fritz estéis cogidos de la mano?

¿Qué? ¿Era eso verdad? Lina se fijó en el dibujo y se sobresaltó. Caro tenía razón.

–¿Y cuál era esa idea estupenda que se te había ocurrido? –preguntó cambiando de tema rápidamente.

Caro se volvió a tumbar en la cama.

–Vamos a hacer una lista. Digamos una lista de diez puntos que contenga lo que quieres cambiar en las próximas dos semanas para hacer que tu vida te parezca un poco más divertida.

Lina reflexionó durante unos instantes. Era verdad que, de un tiempo a esta parte, su vida no le parecía muy divertida que digamos.

–En realidad, no me va mal.

–Puede que así sea. Pero no es suficiente. De modo que, empieza. Primero... –expectante, Caro mantenía el rotulador verde suspendido en el aire.

Jo. Lina empezó a sudar. No le gustaba que le preguntaran así a quemarropa. Primero, pensó. Primero, primero, primero... Ni idea. ¿Qué iba a decir? Además, de todos modos, ella no podía cambiar nada. Mientras nadie le preguntara por sus verdaderos deseos... Aunque ahora Caro se lo estaba preguntando. Se enderezó.

–El pelma que me da clases particulares de matemáticas se pasa todo el rato jugando con su teléfono móvil –se le escapó.

–¡Ajá! –dijo Caro, pero no anotó nada–. ¿Y?

–Y nada.

–¿Qué quieres hacer para que eso cambie?

–¿Tirar su móvil al retrete? –propuso Lina.

Caro sonrió con malicia.

–No vale. ¿Se te ocurre algo mejor?

–¿Decirles a mis padres que es un tontorrón y que no aprendo nada con él?

–No está mal. Pero ¿te creerán?

Lina pensaba con tanto empeño que se le formó una arruga entre las cejas.

–Vale, tú ganas –dijo por fin suspirando–. Sacaré un 10 en la próxima prueba de matemáticas, o digamos entre un 9 y un 10, y cuando la señora Quejarreta me llame a la pizarra no dejaré que me ponga nerviosa, me mire como me mire. Entonces papá y mamá verán que no necesito profesor particular.

–¡Perfecto! –Caro aplaudió–. Sobre todo teniendo en cuenta que las matemáticas no son un problema para nosotras. Somos increíblemente buenas en mates. Las mates son una maría para nosotras, ¿no es así? Y figúrate, dentro de unos años

incluso ganarás tu dinero con ellas. Porque serás... –antes de poder continuar, volvió a sacudirla el hipo.

Pero Lina se había animado, así que prosiguió:

–¡Apunta, apunta! Segundo: no volveré nunca más a la universidad para niños. Las clases son aburridísimas, prefiero ir a nadar. Eso es, iré a nadar. ¡Apunta!

Caro lo hizo presurosa olvidándose por completo de su hipo.

–Tercero: quiero aprender a tocar la guitarra. No la viola, sino la guitarra. La guitarra eléctrica. Listo. Ahora pon: cuarto.

–No tan rápido –suspiró Caro.

–Cuarto: una vez a la semana comeré lo que me apetezca. Pizza o hamburguesa de queso o tarta de chocolate o ñoquis con queso. Sí, señor. Una vez a la semana. Los otros días comeré sano.

–Pizza –repitió Caro, mientras escribía–. Ñoquis con queso. Bueno, Lina, primero tendrás que convencer a nuestros padres.

–Lo haré –Lina estaba completamente segura de que lo conseguiría, aunque no pudiera explicar por qué.

–Y quinto: de ahora en adelante cogeré siempre el autobús para ir a la escuela, y nadie tendrá que acompañarme a la parada; está a cuatro pasos de aquí. Ya pueden esas pavas tontas de mi clase ignorarme o llamarme Mücke, me da igual.

–Bueno, bueno –Caro le puso una mano en el hombro con intención apaciguadora–. Primero, como has oído, los pavos no son tontos. Segundo, alguna vez podrías ser tú la que se acerque a tus compañeras y les diga algo simpático, ¿qué te parece?

–¡Puaj! –Lina no soportaba que Caro le diera lecciones. Además, ahora no tenía tiempo de pensar en eso porque ya le venía a la mente el punto número seis–. ¡Sigamos! Sexto: me ocuparé de que en el futuro Yuta se gane su dinero extra en otra parte; en cualquier caso, no conmigo. Escribe, escribe. Séptimo: me dejaré crecer el pelo hasta el culo –vale, de acuerdo, no lo conseguiría en las próximas dos semanas, pero al menos podría dar un primer paso. Por algo se empieza, decía siempre su madre–. Octavo: le pediré a mi madre que no me bombardee constantemente con sabidurías –dijo entre risitas. Era una buena idea. Su madre era muy maja, siempre que no la tratara como a esa gente con la que se pasaba el día entero hablando de problemas.

La mano de Caro sobrevoló el papel.

–Noveno: basta ya de yoga. Quiero aprender yudo –también para ella esto fue una novedad. ¿De dónde salía esta idea?, pensó Lina–. Seguro que me servirá más tarde, cuando esté en la policía –murmuró.

Caro guardó silencio.

–Décimo –prosiguió Lina–. Ya no tomaré té verde.

–¡Lina! –exclamó Caro con voz severa.

–¿Qué?

–El tema alimentación ya lo pasamos. ¿No hay algo más importante?

–Hummm... Podría querer tener una araña.

–¡Lina!

–O no tener que ir tan temprano a la cama...

–¡¡¡Lina!!!

–¿O poder ver la tele hasta más tarde?

–¡Cielos, por favor! Déjate de cuentos y suelta ya eso tan importante que se te está olvidando.

–¿Olvidando? No he olvidado nada –Lina sabía perfectamente a qué se refería Caro. Lo sabía pero no tenía ganas de darle vueltas a eso en la cabeza. Al fin y al cabo, ese pelma le había hecho ojitos a otra, y daba igual que esa otra fuera su yo mayor, pues él no lo sabía...

Furiosa, Lina apretó los labios.

–Bien, dilo de una vez –insistió Caro.

Lina sacudió la cabeza.

–Suéltalo ya –Caro golpeteaba impaciente sus labios con el rotulador.

–Vale –cedió Lina vacilante–. En las próximas semanas voy a...

–¿Qué vas a hacer?

–... voy a intentar...

–¿Intentar qué?

–Hacerme su amiga.

–¿Hacerte amiga de quién? –dijo Caro sonriendo.

–Tú sabes exactamente a quién me refiero –Lina le lanzó una mirada refulgente.

–Funciona mejor si dices su nombre; así podré escribirlo.

¡Por Dios, qué pesada era esta tía! Lina respiró hondo varias veces y luego dijo:

–Pues entonces, escribe. Voy a intentar...

–¿No queda mejor si pongo: *haré todo lo que esté de mi parte*?

–No, de ninguna manera –gritó Lina.

–Vale. Entonces un término medio: *¿haré esfuerzos?*

Petarda.

–Haré esfuerzos para que Fritz y yo seamos buenos amigos. Es una frase estúpida.

–A mí no me lo parece. Bien, hemos acabado –Caro le tendió el papel–. Puedes repasarlo de vez en cuando, e ir tachando cada punto que hayas conseguido. Es divertido.

Lina no estaba tan segura. Se imaginaba que las próximas semanas no serían divertidas sino fatigantes. Sobre todo en cuanto al último punto.

Llamaron a la puerta.

–Morr... Quiero decir, Lina –oyó decir a su madre.

Lina dobló rápidamente la hoja de papel y se sentó derecha en la cama.

–Puedes pasar –dijo.

Su madre abrió la puerta.

–¿Os lo habéis pasado bien conversando? –preguntó.

Ambas asintieron con la cabeza.

–Me alegro. Pero se ha hecho tarde, ya va siendo hora de ir a la cama, Lina.

–¿A la cama? –Lina la miró fijamente. Se le había olvidado por completo. Claro. En algún momento tenía que irse a la cama y era obvio que sus padres esperaban que Caro se marchara, pero ¿adónde iba a ir? Lina suspiró para sus adentros–. Sí, claro, enseguida –dijo poniendo la mejor de sus sonrisas.

Capítulo 14



Agathe y Gustav VII estaban sentados en el suelo descansando con las cabezas apoyadas contra la pared. De momento no había nada que hacer. No era necesario intervenir, puesto que Lina y Caro se las arreglaban solas perfectamente.

Incluso cuando la madre llamó a la puerta para recordarle a Lina que era hora de ir a dormir, Gustav permaneció tranquilo. Ya se les ocurrirá algo, se dijo. Estas dos parecen... El ángel buscaba la palabra correcta. ¿Invencibles?

–¿A que sí? –le preguntó a Agathe.

Ella giró cansada la cabeza.

–¿Qué?

–Que juntas parecen invencibles.

–Hummm –Agathe cerró los ojos como si tuviera que ensimismarse durante unos instantes–. Sí, sí que lo parecen –dijo después.

–Lo hemos conseguido. Estoy seguro de que en el cielo también lo verán así. ¿No crees?

–Puede ser.

–Claro que puede ser. Cuento con que pronto recibiremos un nuevo encargo. Porque también nosotros somos un dúo invencible. ¿No te parece?

Agathe volvió a emitir su famosa tosecilla.

–Lo que creo es que tú preguntas demasiado.

Agathe se estremeció cuando Caro y Lina la atravesaron al salir de la habitación.

–¿Crees que debemos seguirlas? –preguntó Gustav.

–NO MÁS PREGUNTAS, POR FAVOR –Agathe lanzó un suspiro–. Estoy cansada, frita. Déjame descansar un poco. Por mí puedes hacer y deshacer como te venga en gana.

Gustav se ofendió. Uno intenta conversar amablemente y mira. A las ángeles no hay quien las entienda, pensó.

–Vale, pues entonces hasta más tarde –elevándose, Gustav planeó tras Caro y Lina, que ya habían llegado al vestíbulo delante de la puerta de casa.

Allí también estaban los padres de Lina.

–Encantada de conocerla –dijo la madre estrechándole la mano a Caro.

–Fue una experiencia muy... muy singular –balbució Caro.

La madre la escudriñó con una mirada escéptica.

–¿De veras?

El padre se colocó delante de su mujer estrechando las manos de Caro entre las suyas. En efecto, le estrechaba ambas manos. Gustav sonrió al ver que tanto a Lina como a Caro se les desorbitaban los ojos.

–Señorita Caro –dijo el padre–. Tiene que prometernos que volverá a visitarnos.

–Eso no va a ser posible –susurró Caro evadiendo su mirada.

–¿Qué quiere decir?

–Quiere decir –intercedió Lina– que se va muy lejos de aquí.

–Eso mismo –asintió Caro con brío.

–¿Ah sí?, ¿y adónde se va?

–Muy, muy lejos... –Lina reflexionaba febrilmente–. Va a dar la vuelta al mundo –dijo por fin.

–Oh, la vuelta al mundo –exclamó su padre decepcionado.

–Sí, y nadie sabe cuándo volverá –Lina se puso en jarras–. Si es que vuelve. Qué le vamos a hacer.

–Sí, es una pena –su padre sacudió la cabeza–. Entonces, adiós y que tenga buen viaje.

Caro tenía ahora mucha prisa por abandonar el umbral. Brevemente, hizo señas con la mano y luego entró en la oscuridad. La madre cerró enérgicamente la puerta. Lina corrió de vuelta a su habitación lanzando un «buenas noches» por encima del hombro, al que nadie contestó. Tampoco le dijeron que antes de dormir debía lavarse los dientes.

Pues sus padres se quedaron mudos en el vestíbulo. La madre examinaba al padre con una mirada fría. Él parecía turbado. Gustav decidió quedarse unos minutos más para escuchar la discusión que, seguro, estaba a punto de comenzar.

Diez minutos más tarde entró en la habitación de Lina. Agathe seguía sentada en el suelo, tan inmóvil como antes.

–No veas la pelea que se armó –exclamó Gustav frotándose las manos.

–¿Quiénes peleaban?

–Los padres de Lina.

–¿De veras? ¿Y por qué?

–La madre estaba celosa de Caro y enojada con su marido porque, según dijo, este le había hecho ojitos a la chica, cosa que él no podía explicarse a sí mismo. Gritaron de lo lindo, pero ya se han reconciliado.

–Estupendo.

–Pero ahora tenemos que ocuparnos de Caro –Gustav daba botes arriba y abajo. En realidad solo lo hacía para demostrar su energía ante la adormilada Agathe.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque está deambulando sola por la ciudad sin saber adónde ir.

Agathe carraspeó.

—Abre los ojos, Gustav.

Aunque él no soportaba que ella le hablara de esa manera, obedeció y abrió bien los ojos. Su mirada recayó entonces sobre la cama. Ahí estaban abrazadas Lina y Caro.

—¡Oh! —exclamó Gustav sorprendido.

—Caro volvió a entrar por la ventana. ¿O acaso creías que Lina la iba a dejar sola ahí fuera?

Gustav ignoró la pregunta. Tampoco tenía ganas de sentarse junto a Agathe. Prefería acomodarse a los pies de Caro. Así podía escuchar mejor lo que las dos decían entre susurros. Pues al parecer no paraban de hablar, ni siquiera hacían una pausa para tomar aire. Charlaban y charlaban, interrumpidas por pequeños accesos de hipo que le daban a Caro cuando Lina formulaba una pregunta sobre su futuro.

¿Ganaré mucho dinero? ¿Tendré hijos? ¿El pelma de Fritz volverá conmigo al museo? ¿Me casaré alguna vez? ¿O acaso no una sino tres veces? ¿Cómo será mi relación con mis padres? ¿Tengo que seguir yendo a la escuela durante mucho tiempo? ¿Regresará la madre de Fritz? Las preguntas salían a borbotones, sin orden ni concierto, pero ni una sola fue respondida.

Agotada y con lágrimas en los ojos, Caro quiso hacer una pausa.

—Al parecer no debo revelarte nada acerca de tu futuro —dijo en voz baja—. O sea que deja de preguntarme, por favor.

—Vale —murmuró Lina, pero no pareció muy conforme—. Me hubiera gustado saber —añadió en voz baja.

—Por cierto, Lina, tengo que volver ya a mi tiempo —le dijo Caro—. Escucha. Mañana volveremos al museo de etnología. Después de la escuela.

—¿Qué dices, pretendes que vaya a la escuela en un día como este?

—Claro, ¿por qué no? Así podré pasearme sola por mi pasado, ver algunos sitios y a la gente de hace diecinueve años. Será interesante. Después iré a buscarte a la escuela... ¿A qué hora sales?

—A la una.

—Bien. Luego vamos al museo, me tumbo en la cama de los antepasados y después...

—¿Y después? —Lina cogió la mano de Caro—. ¿No nos volveremos a ver nunca más?

—No de esta manera —Caro se enjugó con disimulo una lágrima en la comisura del ojo—. Pero a nosotras, en el fondo, nada puede separarnos, ¿verdad?

Lina se sorbió los mocos. Gustav notó que se le hacía un nudo en la garganta.

Hubiera querido sumarse a las dos y llorar con ellas. Caro abrazó a Lina y al poco tiempo se quedaron dormidas.

Capítulo 15



Lina despertó porque le hacía cosquillas un rayo de sol. Notó entonces que sonreía. Hacía mucho tiempo que no sonreía al despertar. ¡Qué sensación más agradable!, pensó, se giró hacia un lado y pegó un grito. No estaba sola.

Al rato lo recordó todo. Observó el rostro de Caro que, un día, sería el suyo, cosa que de momento le resultaba bastante improbable. Aunque al menos no era feo. No, para nada. Le resultaba incluso atractivo, pero también viejísimo. Lina suspiró.

Había sido placentero dormirse en brazos de Caro; eran cálidos, blandos, perfumados y daban mucha seguridad. Se estiró con cautela, se levantó y salió de puntillas de la habitación para ir al lavabo, intentando hacer el menor ruido posible. A Caro le convenía dormir un poco más, pues le esperaba un día muy excitante.

En realidad, a Lina misma también. Primero, en una hora y media más o menos, vería de nuevo a Fritz, y, nada más pensarlo, sintió como si en su tripa familias enteras de arañas empezaran a moverse desordenadamente. Además tendría que despedirse de Caro. Para siempre. Pero en eso, por lo pronto, no quería pensar.

Después de cepillarse los dientes, lavarse y peinarse, volvió descalza a la habitación y examinó la cama, pero Caro se había subido la manta por encima de las orejas y no se veía ni un pelo de ella. Lina echó un vistazo al interior de su armario y decidió darle una alegría; se puso la falda de cuero rojo, una camiseta blanca y zapatillas de deporte blancas. Luego se giró varias veces delante del espejo del armario y pensó que no estaba mal, pero que nada mal. Aunque crujiera un poco, aquella podría llegar a ser su falda favorita, se dijo, y Fritz quedará encandilado.

—¡Despierta! —le espetó a Caro, tendiéndole una toallita húmeda, lo cual le valió un gruñido de enfado de la chica—. Así podrás lavarte al menos la cara. Mira, también te he traído un peine. Iré a desayunar e intentaré distraer a nuestros padres. En diez minutos tienes que estar lista, luego sales de nuevo por la ventana y me esperas en la próxima esquina. ¿Entendido?

—¡Tráeme algo de comer, por favor! —gimió Caro.

Lina corrió hacia la cocina y saludó a sus padres con un alegre «buenos días». Se percató de que, de hecho, todo el tiempo estaba sonriendo y de que, de haber querido, tampoco habría podido evitarlo. Pero le pareció exagerado que sus padres se mostraran tan sorprendidos. ¿De veras había puesto tan mala cara últimamente?

Se tomó el té verde sin protestar y se comió a cucharadas y sin comentarios el yogur de leche de cabra con semillas de trigo que su madre había puesto encima de la mesa guiñando un ojo y como recordatorio de los excesos de la noche anterior.

–Mamá, papá –dijo Lina.



–¿Hummm? –repuso su padre abriendo el periódico.

–Quisiera hablar con vosotros –dijo Lina.

–¿Qué quieres decir? –preguntó su madre poniéndose una cucharada de miel en el té-. Lo hacemos constantemente, ¿no te parece?

Su padre asintió con un murmullo.

–Quiero decir hablar de verdad –dijo Lina apartando el vasito del yogur vacío.

–¡Vaya, hablar de verdad! –su madre la miró algo ofendida–. Comprendo.

–Es que he hecho una lista de todo lo que tiene que cambiar en mi vida y me gustaría hablar con vosotros de eso; pues para hacerlo necesito vuestra ayuda –la última frase la había añadido intencionadamente porque sabía que sus padres nunca se resistirían a ayudarla–. Hoy en la cena, ¿vale?

–Bien –respondió su madre sorprendida.

–¿Papá? –dijo Lina reclamando su atención.

–¿Hummm, qué?

–¿Has oído?

–Por supuesto.

–¿Estás de acuerdo?

–Sí, cómo no –dijo sacando durante unos instantes la cabeza de debajo del periódico–. Por cierto, aquí tienes tu paga del mes que viene. Toma –le entregó dos billetes. Lina inclinó la cabeza. Por poco se le olvida que hoy era primero de mes, pero si había algo de lo que podía estar segura era de que su padre jamás se olvidaba.

Metió los billetes en el bolsillo de la falda.

–Gracias.

–¿Puedes encender la radio, por favor? Enseguida comenzarán las noticias.

Lina suspiró. Era evidente que no iba a ser muy sencillo cambiar algo en este punto, pero igual al final lo lograba.

Se levantó, encendió la radio y exclamó:

–Hoy cogeré el autobús para ir a la escuela, no tenéis que apuraros –rápidamente dio media vuelta sobre sus talones, pero pudo percibir unas miradas atónitas en las caras de sus padres–. ¡Hasta luego! –gritó desde el vestíbulo.

Capítulo 16



Gustav VII estaba preocupado por Agathe. ¿Por qué esa mirada vacía en sus ojos? ¿Acaso no estaban a punto de cumplir con la misión que les habían encomendado? Pero Agathe había dejado de reír, ya no daba botes arriba y abajo, ya no hacía ejercicios de yoga y llevaba la friolera de veinticuatro horas sin emitir tosecillas ni decir «ojo al parche». Incluso el camisón colgaba de su cuerpo, gris y sin gracia, y sus rizos ya no parecían tan ensortijados.

Gustav se preguntaba: ¿será que los ángeles también pueden tener depresiones? ¿Será que simplemente está agotada? ¿Habré cometido algún error? ¿No le habré prestado la suficiente atención? ¿Acaso Agathe tiene miedo al inminente regreso al cielo?

En esos momentos, los dos flotaban tras de Lina y Caro que se habían encontrado en la esquina. Caro engullía con avidez un plátano, mientras Lina hablaba y hablaba como una cotorra. Gustav tenía que pensar en algo porque no podía ser que Agathe siguiera así. Si pudiera hacer algo para animarla de alguna manera..., pero ¿qué?

Al poco tiempo llegaron a la parada del autobús. Lina saludó a algunas chicas de su clase con amabilidad como si esa hubiera sido siempre su costumbre, y Gustav vio cómo Caro le daba un abrazo y le decía entre susurros:

—No lo olvides: a la una voy a buscarte a la escuela. No vayas a dejarme plantada. Te necesito —le dio un empujoncito y, lanzándole una mirada implorante, añadió—: De ninguna manera quiero estar sola cuando vuelva a tumbarme sobre esa cama polvorienta, ¿comprendes? Bien, ahora voy a darme una vuelta por ahí. Y recuerda: muéstrale a la vieja Quejarreta todo tu potencial y no olvides saludar a Fritz de mi parte.

Lina sonrió de oreja a oreja.

—Se alegrará. Hasta más tarde.

—Por cierto, te queda bien esa falda —dijo Caro levantando un pulgar.

—Lo sé. Tú también estás muy guapa. ¡Pásatelo bien!

Gustav vio que el autobús doblaba la esquina. Era hora de decidir a quién iban a seguir, a Caro o a Lina. Le dio un empujoncito a Agathe, que tenía la mirada fija en un punto del horizonte.

–¿Qué te apetece más, Agathe, ir a la escuela con Lina o pasearte por ahí con Caro?

Agathe se encogió de hombros.

–Venga, no te pongas así, puedes elegir. Quizá sea mejor acompañar a Caro; en la escuela ya estuvimos.

–Me importa un pito.

–Jo –suspiró Gustav. Hoy, desde luego, Agathe era un cero a la izquierda–. ¿Qué te pasa? –se plantó delante de ella y la obligó a mirarlo a los ojos.

–Nada, ¿qué me va a pasar?

–No emites tosecillas, no lo sabes todo mejor que nadie, no encuentras genial cada idea que se te ocurre, no pones cara de inocente abriendo mucho los ojos y tu hermosa sonrisa... –se interrumpió. ¿Qué tonterías estaba diciendo?

–Estoy aburrida –Agathe se encogió de hombros–. Las dos se las arreglan perfectamente, y yo no tengo ganas de volver a estar sentada en un banco de la escuela. Pero tampoco quiero ver cómo Caro deambula por los alrededores y suelta lágrimas de la emoción por haber visto de nuevo a algún viejo conocido o por qué sé yo qué cosas.

A Gustav le pareció un poco injusto. Pero, por otro lado, por qué no disfrutar de lleno las últimas horas que les quedaban en la Tierra. Al fin y al cabo se lo habían merecido.

–Ya sé lo que vamos a hacer –exclamó y, sacudiendo a Agathe por los hombros, dijo–: Tengo una idea. Nos vamos a tomar un descanso y... –hizo una pausa para aumentar la curiosidad de Agathe aunque sin éxito–. Vamos a ir al cine. ¿Qué te parece?

Agathe se enderezó.

–¡Por todos los santos! –exclamó–. ¡Gustav, eres estupendo! Al cine. ¡Yupi, yupi! Vale, haremos eso –dijo abrazándose a su cuello.

Y Gustav pensó que solo por eso la idea había valido la pena, aunque la película fuera mala.

Capítulo 17



El corazón de Lina amenazaba con salirse por la boca cuando subió al autobús. ¿Y si Fritz lo había perdido? Podía ser. Como también podía ser que hubiera pescado una tremenda gripe, una gripe de verano. O que después del museo no hubiera encontrado el camino de regreso a casa y deambulara aún perdido por las calles de la ciudad. No, eso era improbable, él no era tonto. Pero podían haberlo secuestrado o... En esas vio brillar sus grandes gafas y de repente se sintió muy tranquila. Entonces le hizo señas para saludarlo.

Luego avanzó hacia la parte trasera del autobús donde se encontraba él, sorprendiéndose, una vez más, de sí misma. Fritz no era precisamente guapo, y encima ella le llevaba una cabeza. Y para qué hablar de esas horribles gafas. ¿No sería más normal que le gustara otro chico de la clase? Leo, por ejemplo. Leo tenía un aspecto estupendo con su melena oscura y larga y sus ojos verdes de mirada desdeñosa.

Pero el tal Leo no sabía nada de arañas, ni nada acerca de la lengua de las jirafas o la velocidad de las escaleras mecánicas o sobre el color que tenía inicialmente la coca-cola o sobre el cuerpo de los cerdos... Su madre siempre decía que bastaba con mirar las cosas bajo la luz apropiada; y si ella miraba a Fritz bajo la luz apropiada, entonces olvidaba de inmediato sus gafas y se sentía tan bien a su lado como el día anterior comiendo crepes. O incluso mejor.

—¿Qué tal tu amiga Caro? —le preguntó Fritz a modo de saludo.

Vale. Comer crepes sí que era mucho más divertido. Encogiéndose de hombros, Lina se dejó caer sobre el sitio de al lado de Fritz poniendo cara de pocos amigos. Pero cuando este sacó el frasco de mermelada de su mochila diciendo: Pelusa quiere saludarte, volvió a sonreír. Además, imposible enfadarse con Fritz porque le gustara Caro; no cabía duda de que era una chica estupenda.

Las cinco horas de clase pasaron volando. Hoy la señora Quejarreta había dejado tranquila a Lina, y ella, en el recreo, había intercambiado como siempre su merienda con Fritz; sentados juntos al sol, hablaron y hablaron, sin que se les agotaran los temas. Aquel hubiera sido un día casi perfecto, uno de los más

hermosos de su vida, si en un lugar recóndito de su cerebro no hubiera estado latente el pensamiento de que pronto tendría que despedirse de Caro para siempre. Si es que la cama de los antepasados funcionaba una segunda vez. De no ser así, Caro se vería obligada a vivir en un tiempo que no era el suyo.

Lina hubiera preferido naturalmente retrasar la despedida porque se sentía muy a gusto desde que había conocido a Caro; era como si por primera vez tuviera ambos pies en la tierra (pies acompañados, por cierto, de bonitas piernas bronceadas como había constatado esa mañana ante la luna del armario girándose de un lado a otro para observarse. Fritz parecía opinar lo mismo, pues muy a menudo volvía los ojos para mirarla).

A Lina le hubiera gustado pasar más tiempo con Caro, pero no hay que olvidar que ella y Caro eran la misma persona. O sea que Lina no podía perder a Caro y, en realidad, tampoco echarla de menos, puesto que siempre iba a estar con ella. Difícil de entender. Lina sopesó la posibilidad de confiar a Fritz su secreto. Era tan inteligente y había leído tanto. A lo mejor podía aportar algo que a ella no se le hubiera ocurrido hasta ahora.

Pero no hoy. Mañana. Pasado mañana. En tres semanas. Tenían todo el tiempo del mundo para compartir. Lina estaba radiante cuando salieron corriendo al patio después de terminar las clases. Ni siquiera le habían puesto deberes, como si todos los ángeles del cielo hubieran decidido que hoy Lina debía tener un día extraordinariamente bueno. Aunque ella en ángeles, claro, no creía.

Caro ya había llegado y les hacía señas. Lina y Fritz corrieron hacia ella, tan cerca el uno del otro que en cualquier momento hubieran podido cogerse las manos. Lina vio que Fritz volvía a ponerse rojo como un tomate, pero no se lo tomó mal. Luego vio de repente que se ponía muy pálido y eso sí le pareció mal, ¿o no era para tanto? Al chico se le dilataban los ojos y sacudía incrédulo la cabeza. ¿Qué estaba pasando?

—¿Estás bien, Fritz? —preguntó Lina con cautela.

Él no reaccionaba. Ahora ya no estaba pálido, estaba blanco como la pared.

—Fritz, ¿qué te pasa?

Él parecía no oírla. Parecía no percibir nada de lo que lo rodeaba. Dirigía la mirada hacia algo. Lina se giró. No, no hacia algo sino hacia alguien. Hacia una mujer guapa vestida con vaqueros y camiseta.

Ahora Fritz se acercaba a ella lentamente. Lina lo siguió. No sabía si le parecería bien que lo hiciera, pero le picaba la curiosidad y, en todo caso, él no protestaba. Fritz se detuvo ante la mujer. Se quitó por un momento las gafas y se las volvió a poner diciendo:

—Hola, mamá.

Asustada, Lina contuvo el aliento. ¿Esta era la madre de Fritz? ¿La madre que vivía con otro hombre y otros niños y por la cual Fritz, su hermano y su padre

habían tenido que mudarse? ¿La mujer por la que Fritz había llegado a su escuela después de las vacaciones de verano?

A Lina le hubiera gustado cantarle las cuarenta. Pero cuál fue su sorpresa cuando vio que en los ojos de Fritz no había ni pizca de enfado. Al contrario. Ahora volvía a quitarse las gafas para secárselos.

La mujer se inclinó hacia delante y estrechó a Fritz con delicadeza entre sus brazos.

–Fritz, cariño. ¡Cuánto tiempo sin verte! Te he echado mucho de menos –le dijo entre susurros.

Lina se disponía a preguntarle a la mujer qué se le había perdido ahí, cuando Fritz mismo formuló la pregunta. Aunque de forma más cortés.

–Ven, en casa lo hablaremos –respondió su madre.

–¿En casa?

–Sí, en casa. He cometido un error bastante tonto, Fritz. Y pienso enmendarlo. Quiero que volváis.

¿Así como así? Quiso preguntar Lina, pero en ese momento una mano se posó sobre su hombro, probablemente la de Caro.

–Tu padre y yo –continuó su madre– hemos estado hablando mucho en los últimos días, ¿sabes? Y no queríamos deciros nada ni a ti ni a tu hermano hasta que no hubiéramos tomado una decisión. Ahora nos hemos reconciliado, de modo que regresaréis.

Fritz se apoyaba alternativamente primero en un pie y luego en el otro. Después preguntó:

–¿Dónde están los otros?

–Se han ido.

Conque se han ido, así como así, pensó Lina.

–Ven, vamos a casa –dijo su madre.

–¿Ahora mismo? –preguntó Fritz incrédulo.

–Sí, todo está arreglado. Los de la mudanza ya están en vuestro piso, aunque no hay mucho que llevar. Yo quise venir personalmente a buscarte para ir juntos a casa. ¿Te alegras?

Fritz movió su cabeza, con mucha imaginación se podría interpretar que asentía. Lina se encorvó un poco como si alguien le hubiera propinado un puñetazo en el estómago.

Fritz carraspeó.

–¿Y la escuela? –preguntó alargando las palabras.

–Puedes volver a tu escuela de antes, mañana mismo. Ya está todo arreglado –su madre le acariciaba la mejilla–. Seguro que te encantará volver a ver a tus amigos.

–Claro –dijo Fritz.

Y a Lina el mundo se le vino abajo.

Hasta hacía unos instantes el sol había brillado con más intensidad de la que jamás habría imaginado. El cielo era más azul que nunca. ¿Y ahora? ¿Fritz tenía que volver a su antigua escuela? ¿Y vivir en algún sitio lejano, quién sabe dónde? Lina sabía lo que eso significaba, lo mismo había pasado con Helen, su mejor amiga. Dio un paso atrás. La mujer cogió la mano de Fritz.

–Espera –dijo Fritz girándose hacia Lina. Intercambiaron una mirada de consternación.

¿Qué iba a decir ella ahora? ¿Qué podía decir para que la Tierra siguiera girando y el sol volviera a brillar y él no saliera de su vida tan campante como se había paseado por ella los últimos tres días? Tres días, tras los cuales no podía imaginarse no haberlo conocido. ¿Para que luego, a la primera de cambio, se presentara una madre y lo echase todo a perder?

Lina no podía moverse. Abría la boca, pero no le salían las palabras. Estaba como paralizada. Tenía a Fritz delante y miraba sus ojos azules, mientras él miraba los suyos marrones, que seguro que le decían todo lo que él tenía que saber: ¡quédate! ¿Acaso no era capaz de leerlo en sus ojos?

–Bueno, pues –dijo Fritz.

Lina asintió con la cabeza.

–Tengo que irme.

Lina volvió a asentir.

–Bueno, que te vaya bien.

¡Di algo, di algo, por favor, di algo! Pero Fritz dio media vuelta y echó a andar. Lina se quedó mirándolo, memorizó su mochila roja como si para ella recordarla fuera importante y se preguntó por qué sentía los hombros tan pesados; a decir verdad, cada vez más pesados. Ahora incluso sentía un dolor punzante e intenso. De pronto notó que Caro se aferraba a sus hombros.

–No lo permitas –le susurraba a Lina al oído–. No dejes que se vaya así, sin más. Ni siquiera sabes dónde vive. Lina, por favor.

Lina sacudió la cabeza.

Entonces Caro se giró, la agarró por la barbilla y la miró fijamente a los ojos.

–Lina, tu futuro entero puede depender de que en este momento no lo dejes marchar.

–Pero ¿por qué?

–No te lo puedo explicar, porque volvería a tener hipo, pero tienes que correr tras él.

–Qué va, da igual –en absoluto daba igual–. Además, mi futuro ya está decidido. Tú lo conoces.

Entonces Caro la cogió de la camiseta.

–Escucha, niña. Yo no sé mucho de viajes en el tiempo, como te puedes imaginar.

A lo mejor todo sucede como yo lo conozco, pero ¿qué pasa si no es así? ¿Qué pasa si todo es diferente? ¿Cómo vamos a saberlo?

Caro empezó a zarandear a Lina.

–Igual estás a punto de destruir mi futuro, tu futuro, ¿comprendes? Si no vas tras él, puede que vuelva a mi tiempo, pero quizá a un piso vacío, o a otro completamente diferente.

–¿Qué dices? ¿Qué tiene que ver Fritz con mi futuro? –preguntó Lina con tozudez.

–No discutas. Confía en mí por una vez. Jolines, Lina, si no confías en mí, ¿en quién si no?

Lina hubiera querido reflexionar unos instantes sobre eso, pero alguien gritaba su nombre a sus espaldas.

–¡Lina!

Lina se giró y vio que Yuta se le acercaba caminando deprisa sobre sus altos tacones.

–Menos mal que te alcanzo antes de que te vayas –dijo jadeante al tiempo que saludaba a Caro con una breve inclinación de cabeza–. Solo venía a recoger mi dinero.

–¿Qué dinero? –preguntó Lina sorprendida.

–El de ayer. ¿Ya se te olvidó? Te dije que quería que me pagaran la hora completa –Yuta se puso en jarras.

Lina no daba crédito a sus oídos. ¿Acaso esta aspirante a pedagoga con granos en la cara no tenía otra cosa mejor que hacer que correr a pedir dinero, cuando había cosas mucho más importantes por las que de veras valía la pena correr?

Lina respiró hondo porque quería gritarle a Yuta algo a la cara, no importaba qué. A lo mejor gritar servía para hacer desaparecer ese estúpido dolor que le oprimía el pecho.

Pero en ese momento vio que Caro rebuscaba en el bolsillo de su falda y sacaba dos billetes arrugados que agitó en las narices de Yuta.

–¿Basta con esto?

Los ojos de Yuta brillaron.

–Sí, claro. A decir verdad, incluso es un poco más...

–Cómprate con ello una nueva tirita –le dijo Lina con voz fría–. Pero que no te vuelva a ver en la vida. De hoy en adelante no necesito canguro. Adiós.

Yuta apretó los ojos.

–De eso tendré que hablar con tu madre, pues hasta ahora ha considerado importante que sea una estudiante de pedagogía la que se encargue de su hija...

Caro la cogió de los hombros.

–Se acabó. Nos apañamos sin ti. A partir de ahora me encargo yo de Lina. Adiós –hizo girar a Yuta sobre sus talones y le dio un empujoncito para que siguiera su

camino. Ofendida, Yuta se marchó bamboleándose sobre sus tacones—. Bien, y ahora tú –exclamó Caro agarrando del brazo a Lina–. ¡CORRE TRAS ÉL DE UNA VEZ POR TODAS!

Lina vio cómo la madre de Fritz abría la puerta del coche. De repente se le aceleró el pulso. Y entonces echó a correr. Apenas si sentía el peso de su mochila. No sabía lo que iba a decir, solo sabía que de ninguna manera podía dejar que subiera a ese coche y se marchara como si tal cosa. Fuera como fuera su futuro, Fritz debía..., tenía que formar parte de él.

–¡Fritz! –gritó Lina–. ¡Espera!

Él se disponía a subir y no parecía oírla. Un puño oprimía el corazón de Lina constriñéndolo cada vez más.

–No, por favor –gimió y luego gritó a todo pulmón–: ¡Fritz!

Fritz se giró. Ella se detuvo justo delante de él, pero respiraba tan agitadamente que no atinaba a decir una palabra y solo lo miraba con grandes ojos. Transcurrió una eternidad. Al menos eso creyó ella.

–Date la vuelta –le ordenó Fritz.

¿Que haga qué?, pensó Lina, pero, como no se le ocurrió nada mejor que obedecer, lo hizo. Oyó cómo él rebuscaba en su mochila y sacaba algo. Durante unos instantes no pasó nada, hasta que finalmente Fritz dijo:

–Puedes volverte otra vez –le dijo tendiéndole un trozo de papel–. Esta es mi dirección. Y mi teléfono. ¿Me llamarás?

–Hummm..., pues claro.

–Y otra cosa... Colocó su propia mochila en el borde de la acera y escarbó en su interior. Cuando volvió a incorporarse tenía una cara muy seria. En sus manos sostenía el frasco de mermelada que, acto seguido, le ofreció. A Lina se le cortó la respiración.

–Y cuando me llames, cuéntame cómo le va a Pelusa.

–¿Quieres regalarme a Pelusa? –preguntó Lina atónita.

Fritz se encogió de hombros. Luego subió al coche y este arrancó.



Capítulo 18



Gustav estaba muy satisfecho. Él y Agathe estaban sentados en un cine oscuro mirando la primera película de su vida de ángeles. Y lograrlo no había sido fácil.

Primero tuvieron que constatar que, por lo visto, a las ocho y media de la mañana no había un cine abierto en todo el planeta Tierra; problema menor, sin embargo, pues para quien era capaz de viajar diecinueve años hacia el futuro superar cuatro horas era pan comido. De manera que a las doce y media en punto entraban flotando por la puerta de la única sala de cine que proyectaba una película a esas horas. Eran casi los únicos espectadores, solo había unas cuantas personas más desperdigadas por la sala y provistas de cucuruchos de palomitas. Luego empezó la película. Iba de unos monos que sabían hablar, montar a caballo y leer.

Gustav le dio suavemente con el codo en el costado.

–¿Sabías que hay monos que saben hablar? –preguntó.

Agathe negó con la cabeza.

–Pero debe de haberlos. Quiero decir, puesto que lo estamos viendo. Interesante.

–Sí, muy interesante.

Al menos habían aprendido algo nuevo. Bien podía decirse que esta salida al cine era... Una medida educativa. Solo por si más tarde en el cielo alguien les hacía algún comentario.

Más tarde en el cielo. Gustav sintió un fuerte mareo. Más tarde en el cielo..., algo en esta frase lo ponía intranquilo. ¿Había olvidado algo importante, había pasado algo por alto? Más tarde en el cielo..., hummm.

Agathe soltó una carcajada y empezó a batir palmas.

–¿Has visto eso, Gustav? –exclamó entusiasmada cogiéndolo del brazo.

Esto estuvo a punto de distraer a Gustav de sus pensamientos, pero luego el ángel volvió a concentrarse. Más tarde en el cielo, pensó de nuevo..., y entonces se sobresaltó tanto que se elevó unos cuantos centímetros por encima de su butaca en el cine.

–¡Chiss, Gustav! –le ordenó Agathe–. Esto se está poniendo muy interesante.

–Me da igual. Agathe, escucha –Gustav temblaba ligeramente–. ¿Quieres hacer el favor de escucharme?

–¿Qué pasa? –Agathe ni siquiera hacía ademán de mirarlo.

–¿Te acuerdas de cuál era exactamente nuestra misión? –preguntó Gustav desalentado.

–¡Qué pregunta!, claro que me acuerdo.

–Me refiero a las palabras exactas que se dijeron.

–¿Qué dices? –por fin giró la cabeza para mirarlo–. ¿Qué quieres decir?

–¿Cuánto tiempo tenemos para cumplir la misión? –si Gustav pudiera sudar, ahora habría empezado a hacerlo.

–Tres días. ¿Por qué lo preguntas?

–¿No dijeron tal vez: tres días exactamente?

–Sí, puede que sí –dijo Agathe volviendo la vista hacia la pantalla.

–Y bien, Agathe, ¿qué significa «exactamente»?

–Oye, ¿estás jugando a las adivinanzas o qué? Quiero ver la película.

–¡Por Dios, Agathe, párate a pensar un momento! Tres días exactamente son setenta y dos horas. Y ahora dime: ¿a qué hora exactamente llegamos a la Tierra?

En la expresión de su cara, Gustav notó que lentamente se le encendía la bombilla.

–El martes.

–Eso es. ¿Y a qué hora?

–Bueno, al mediodía, por la tarde.

–Pero ¿qué hora era?

Agathe lo miró con los ojos bien abiertos.

–Pues no sé. Yo no miré el reloj, ¿y tú?

–Yo tampoco –Gustav suspiró–. Solo puedo hacer un cálculo aproximado. En algún momento entre las cuatro y las cinco aterrizamos en ese museo de etnología. Pero no nos sirve de nada saber que fue EN ALGÚN MOMENTO. ¡Qué tontos, qué tontos, qué tontos! –se subió al respaldo de su butaca–. Eso quiere decir que a las primeras de cambio nos pueden retirar de la Tierra, sin que hayamos podido enviar a Caro al futuro, o sea, a su presente.

–¡Eso es terrible! –Agathe lo miró con cara de desesperación–. Caro se imagina que la cama de los antepasados funciona, cree que lo único que tiene que hacer es tumbarse en ella...

–Cuando la verdad es que aquí no funciona nada sin que tú y yo nos encarguemos de que así sea. Aunque a lo mejor no podemos seguir haciéndolo porque dentro de nada ya no estaremos aquí. Y encima ni siquiera sabemos qué hora es AHORA.

–¿Y qué hacemos perdiendo el tiempo en discusiones? –Agathe voló por encima de las butacas de la sala de cine–. ¡Ven, rápido, al museo de etnología! Tenemos que lograrlo a tiempo, si no...

Intercambiaron una mirada de angustia.

Capítulo 19



Lina estuvo un rato ahí de pie sin hacer nada. Sentía como si el mundo se hubiera detenido durante unos instantes. No oía nada, no decía nada, no pensaba en nada, y la sensación no era desagradable.

–Gracias –susurró de repente alguien a sus espaldas.

Lina se dio la vuelta. Ah, sí, era Caro, naturalmente.

–¿Por qué?

–Pues por haber hecho de tripas corazón. Ahora solo tienes que prometerme que llamarás a Fritz. ¿Lo harás?

Lina estrechó el frasco de mermelada con más fuerza contra su pecho.

–Claro que sí. Tiene que saber cómo le va a Pelusa.

–Exacto. Ay, Lina, estoy tan orgullosa de ti –Caro le dedicó una sonrisa triste–. Y ahora, al museo. Ven, te llevo la mochila.

Se pusieron en marcha. Lina pensaba en la sacudida que había sufrido su vida en los últimos tres días. En un momento dado, sin comerlo ni beberlo, sin abrigar malos presentimientos, de repente resulta que tienes delante de ti a una versión mayor de ti misma. Subes distraída a un autobús y te encuentras allí con tu futuro. O sea, con Fritz. No, seguro que no era exagerado decirlo así, pues aunque, Caro, con su dichoso hipo, nunca había podido revelarle nada concreto al respecto, una cosa al menos había dejado clara y era que Fritz desempeñaría en él un papel importante. Y, a decir verdad, ella no tenía nada en contra. Además, él seguramente crecería. Al menos eso esperaba ella.

–Aquí estamos –Caro miró fijamente el portalón de la entrada–. Ha llegado la hora de la verdad. ¿Te queda dinero? Quiero decir, ¿para la entrada?

Buena pregunta. Lina rebuscó en los bolsillos de su falda y por suerte encontró unas monedas.

La taquillera de los mofletes colorados no pareció reconocerla. Se limitó a deslizar por el mostrador las entradas, dos papelitos de color verde, y volvió a su tarea de resolver un crucigrama. La mirada de Lina recayó sobre el gran reloj del vestíbulo. Las dos menos cuarto. Lina cogió la mano de Caro y dijo:

–Te echaré de menos.

Caro se detuvo unos instantes.

–Yo a ti también.

Agarradas de la mano caminaron por los pasillos. Lina daba pasitos muy cortos para retrasar lo inevitable. Entraron en la sala poco iluminada y se acercaron a la vitrina con los maniquís de tamaño natural. Lina dio un golpecito en el cristal y dijo:

–Eh, vosotros, ¿no os aburrís de estar ahí todo el rato sin hacer nada?

Con estas palabras intentaba distraer la atención del nudo que se le había formado en la garganta y que al tragar saliva se hacía cada vez mayor.

Se colocó detrás de la cama, ese sencillo camastro de madera marrón con las patas talladas. No podía decirse que esta cama africana de los antepasados tuviera un aspecto especialmente llamativo. Lina sacudió la cabeza. Increíble que tuviera un efecto tan espectacular. El nudo en su garganta se hizo tan grande que los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Vamos a hacerlo deprisa y sin dolor, ¿vale? –propuso Caro con ojos implorantes.

–Estoy plenamente de acuerdo.

–Espera, tengo que descargar tu mochila.

–¿No podrías coger y llevártela al futuro? Así yo ya no la tendría –bromeó Lina, y eso que su ánimo no estaba para bromas.

Caro rodeó la cama, luego se sentó con cuidado en ella y cerró los ojos.

–Pero hay una cosa que no entiendo –dijo Lina colocándose a su lado.

–¿Qué es lo que no entiendes?

–En realidad tendrías que poder acordarte de que en tu pasado una mujer aterrizó en esta cama afirmando ser tú, ¿o no?

Caro asintió con la cabeza.

–En eso también he pensado.

–¿Y? ¿Te acuerdas de eso? ¿Viviste esa situación?

Caro se encogió de hombros.

–No estoy segura. Hasta ayer no me había acordado, pero ahora que lo pienso... tengo la sensación de que pudo haber sucedido. Aunque no estoy segura.

–¿Eso quiere decir que me olvidaré de ti? –preguntó Lina desalentada.

–Puede que sí –repuso Caro acariciándole el pelo–. Y quizá sea lo mejor. Tienes tanto porvenir por delante. Tantos años interesantes y excitantes que vivir. De todos modos no tendrás tiempo para acordarte de mí.

–No creo –y ahora Lina ya no pudo reprimir las lágrimas–. No quiero que te vayas.

Caro se restregó los ojos.

–Nos unirá un vínculo indisoluble, hasta el día en que tú seas yo –la cogió por la barbilla y le dijo–: Te quiero mucho.

–Yo también te quiero –dijo Lina entre sollozos y le echó a Caro los brazos al cuello.

–Bueno, ya basta –exclamó Caro finalmente–. Tengo que irme. Ahora solo nos queda rezar. ¡Adiós!

Lina vio cómo Caro se tumbaba boca arriba colocando la cabeza sobre una tablilla de madera, apretaba los ojos y hacía una mueca como esperando grandes dolores.

Lina contó despacio hasta tres. Luego hasta cinco. Hasta once. *Diecisiete...* No sucedía nada.

–No funciona –exclamó desesperada–. No funciona en absoluto.

Caro abrió los ojos y la miró consternada.

Capítulo 20: ¡Fin!

Gustav y Agathe comprendieron enseguida lo que estaba sucediendo. Caro seguía tumbada en la cama con el rostro desencajado y Lina, mientras tanto, de pie frente a ella, contaba en voz baja.

–Jo, en el momento justo –suspiró Agathe.

–Ya lo creo que sí –Gustav estaba sin aliento.

–Por otro lado... –Agathe se golpeó la frente con la mano–. Vaya tarados que somos.

–¿Por qué dices eso?

–Porque nos afanamos, dejamos de ver esa estupenda película, solo para llegar a tiempo a un lugar... ¿Acaso no es redomadamente estúpido?

–¿Por qué va a ser estúpido? –Gustav la examinó sin comprender.

–Hemos caído en la trampa –dijo entre risitas–. Tendríamos que haber visto la película entera y después hubiéramos podido retroceder el tiempo una o dos horas sin ningún problema. ¿Comprendes?

Comprendía, claro que comprendía, aunque le daba un poco de vergüenza no haberse dado cuenta él solo.

–Da igual –afirmó con voz severa–. Lo que importa es que ahora ya estamos aquí y sabemos qué hay que hacer.

Agathe le tendió la mano.

–Lo que tenemos que hacer ahora es un gran esfuerzo de concentración y juntos lograremos reenviar a Caro al futuro sin contratiempos.

–Esperemos que así sea –Gustav le tomó la mano–. Contaremos nosotros también, pero solo hasta tres.

–Uno –exclamó Agathe agitando sus rizos.

–Dos –exclamó Gustav apretando un poco más la mano de Agathe.

–Tres –exclamaron juntos y concentraron todos sus pensamientos en esa meta inmensamente importante.

Se oyó un *ziiing*. Y Gustav supo que lo habían logrado. Cuando miró de nuevo hacia el lugar, Caro, en efecto, había desaparecido. En el aire revoloteaba una pequeña nube de polvo. Lina balbució adiós y empezó a toser.

–¡Estupendo! ¡Misión cumplida! –Agathe le echó a Gustav los brazos al cuello.

Al sentirse tan halagado, Gustav meneó su redonda cabeza mirando fijamente sus zapatillas de deporte.

–Tú tampoco has estado mal, Agathe.
–Eso es cierto –dijo Agathe emitiendo una leve tosecilla.
–¿Qué dices? –preguntó Gustav.
–No he dicho nada.
–Agathe, has tosido. ¿Qué quiere decir eso?
–¿Por qué? Nada –Agathe se puso colorada como un tomate.
–Has hecho alguna travesura, confiesa.
–¿Yooooo? –preguntó Agathe alargando la palabra.
–Venga, dilo ya.
–Bueno, es que pensé... Creí que... –Agathe lo miró fijamente a los ojos-. Pensé que Yuta se merecía un toque de atención por atreverse a pedir dinero en semejante situación. ¡Qué descaró!
Gustav no pudo reprimir una sonrisita.
–¿Y qué has hecho?
–¿Que qué he hecho? Solo me he ocupado de que... No te enfadarás, ¿verdad? –preguntó temerosa.
–¡Vamos, suelta esa lengua! –le dijo Gustav animándola con la cabeza.
–¡Ojo al parche! Me he encargado de que, cada vez que Yuta piense en el dinero, el grano vuelva a relucir y se llene de pus.
–¡No puede ser! –exclamó Gustav lleno de admiración. ¿Por qué no se le había ocurrido a él antes?-. Somos de veras un buen equipo. Quizá podamos trabajar juntos de ahora en adelante.
–Nada que objetar.
Gustav cerró los ojos con fruición. Esta ángela es una maravilla. Y de repente tuvo nostalgia del cielo.

Colofón

Lina abandonó el museo de etnología para salir al sol. Curioso, pensó. Había contado hasta diecisiete sin que sucediera nada y justo en el momento en que Caro abrió los ojos y ella dejó de estar atenta, funcionó. ¡Vaya misterio lo de la cama africana de los antepasados!

Pero daba igual. Lo más importante era que ya no sentía tanto el peso de la mochila. Tamborileó con un dedo en el vidrio del frasco de mermelada y Pelusa se enderezó y la miró con sus ocho ojos.

—También para ti buscaremos un amigo. Debe de ser aburrido pasar todo el rato trepando sola por las paredes de un frasco.

Y luego echó a correr. Así porque sí, porque tuvo ganas de hacerlo. Y porque ardía en deseos de ver comenzar su futuro. Había mucho que hacer. Tenía que decirles a sus padres que quería una bicicleta para poder visitar a Fritz. Tenía que aprender a preparar masa para pizza, hacerse trenzas, tocar la guitarra eléctrica, cuidar de arañas y ser comisaria de policía... Levantó sus largas y bronceadas piernas en el aire y oyó crujir su falda roja. Luego echó la cabeza hacia atrás, le guiñó un ojo a un rayo de sol y empezó a reír.





The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut which is funded by the German Ministry of Foreign Affairs

Título original: *Linas Lachen*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: enero de 2014

The German original was published by Bloomsbury Kinderbücher & Jugendbücher

© 2007 BV Berlin Verlag GmbH, Berlin

© 2007 Katja Henkel. All rights reserved

Ilustraciones de cubierta e interior, Sybille Hein

© De la traducción, María Esperanza Romero, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-96-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
La risa de Lina	6
Primera parte	8
Capítulo 1	9
Capítulo 2	15
Capítulo 3	19
Capítulo 4	21
Capítulo 5	25
Capítulo 6	27
Capítulo 7	31
Capítulo 8	35
Capítulo 9	38
Capítulo 10	41
Capítulo 11	43
Capítulo 12	47
Capítulo 13	50
Capítulo 14	52
Capítulo 15	58
Capítulo 16	60
Capítulo 17	64
Capítulo 18	67
Capítulo 19	69
Segunda parte	72
Capítulo 1	74
Capítulo 2	80
Capítulo 3	83
Capítulo 4	86
Capítulo 5	88
Capítulo 6	91
Capítulo 7	94
Capítulo 8	98
Capítulo 9	102

Capítulo 10	106
Capítulo 11	109
Capítulo 12	116
Capítulo 13	119
Capítulo 14	124
Capítulo 15	128
Capítulo 16	131
Capítulo 17	133
Capítulo 18	140
Capítulo 19	143
Capítulo 20: ¡Fin!	146
Colofón	148
Créditos	149